Oscar Guaramato

CUENTOS EN TONO MENOR

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

Oscar Guaramato Escritor y periodista. Nació en Maracay, Aragua, en 1916. Ejerció el periodismo en publicaciones como *Fantoches* y *El Nacional* y fue secretario general de la Asociación Venezolana de Periodistas entre 1949 y 1956. Fue miembro fundador del grupo literario Contrapunto (1948). Se cuentan entre sus reconocimientos el primer Premio del Concurso de Cuentos El Nacional (1950) y el Premio Nacional de Periodismo. Con sus obras le dio un nuevo impulso a la narrativa contemporánea en Venezuela, entre ellas: *Biografía de un escarabajo* (1949), *Por el río de la calle* (1954), *La niña vegetal y otros cuentos* (1956) y *Cronicario* (1983). Falleció en Caracas en 1987.

« Arturo Michelena
Los Morochos. 1892
Óleo sobre tela. 90 x 71 cm

200 BATALLA DE CARABOBO

158

Cuentos en tono menor

Oscar Guaramato

En homenaje al pueblo venezolano

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico militar y congregado alrededor del liderazgo del **Libertador Simón Bolívar**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e "independencia o nada". Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **Batalla de Carabobo**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **Colección Bicentenario Carabobo** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

La **Comisión Presidencial Bicentenaria de la Batalla y la Victoria de Carabobo** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

Nicolás Maduro Moros
Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Comisión Presidencial Bicentenaria de la Batalla y la Victoria de Carabobo

Delcy Eloína Rodríguez Gómez

Vladimir Padrino López

Aristóbulo Iztúriz Almeida

Jorge Rodríguez Gómez

Freddy Ñáñez Contreras

Ernesto Villegas Poljak

Jorge Márquez Monsalve

Rafael Lacava Evangelista

Jesús Rafael Suárez Chourio

Félix Osorio Guzmán

Pedro Enrique Calzadilla

Cuentos en tono menor

Oscar Guaramato

Índice

11 Prólogo

Biografía de un escarabajo (1949)

27 Biografía de un escarabajo
31 Caballito blanco
37 Piedad
45 El juez
59 Por el río de la calle

Estampas (1953)

61 Sábado
63 Domingo
65 Lunes
67 Martes
69 Miércoles
71 Jueves
73 Viernes
75 Sábado

La niña vegetal y otros cuentos (1956)

79 La niña vegetal
89 Luna llena
97 Dolores

103 Los nudos
111 Vecindad
117 Paredón

De: Cuentos en tono menor (1969)

125 El venado
129 Jesús, José y María
133 La noche es rosa íngrima

De: Cuentos en tono menor (1978)

143 Dulzor
153 Piedras pintadas
163 Rioladeros

De: Cuentos en tono menor (1984)

175 Juan Herbolario

Prólogo

Los años cuarenta son para la narrativa venezolana tiempos de afirmación de tendencias renovadoras, pero también de búsquedas de lenguajes que amplíen las posibilidades del proceso iniciado veinte años atrás con obras de Enrique Bernardo Núñez, Teresa de la Parra, Julio Garmendia, Arturo Uslar Pietri, Guillermo Meneses o Ramón Díaz Sánchez, e incluso con novelas de Gallegos como *Cantaclaro* y *Canaima*. Mientras la poesía de esta época perdió buena parte de su energía en un estéril rescate del soneto, en triste oposición hispanizante a las proposiciones líricas de los integrantes de Viernes, la narrativa contó con un nutrido y homogéneo grupo de cuentistas, quizás no de primera línea, pero sí de suficiente interés como para pensar que la contemporaneidad adquiría en la narrativa pleno vigor. La cuentística de Gustavo Díaz Solís, Humberto Rivas Mijares, Pedro Berroeta, Antonio Márquez Salas, Oswaldo Trejo, Alfredo Armas Alfonzo, Andrés Mariño Palacio, Héctor Mujica y Oscar Guaramato –estos últimos integrantes del grupo Contrapunto– dan fe de ello.

Juan Liscano, en su *Panorama de la literatura venezolana actual*, advierte que "los noveles narradores se planteaban la necesidad de interiorizar el relato, de aprovechar el inconsciente y los sueños, de poetizar pero sin romper con la realidad, manteniendo vinculaciones con el mundo telúrico". Más adelante,

los vincula a ese escurridizo y enojoso término de "realismo mágico". Ese intento de actualizar el aparato narrativo, de optar por temáticas y tratamientos de proyección universal, como forma de dar nuevos aires y salidas al "ideal de nacionalidad", ya fue expresado en su momento en escritos de Andrés Mariño Palacio: "Crear nuevas costumbres de pensamiento, desarraigar los vicios localistas en cuanto toca a las formas de opinar y enfocar el universo material o irreal"[1][2].

La promoción de los años cuarenta, agrupados o no en torno al proyecto del grupo Contrapunto, tienen en común diversos elementos. Por un lado, respiran los desconcertantes aires de la guerra y de su finalización, cuyas noticias se viven de cerca en un mundo que parece cada vez más una aldea al pie de una nueva era; sienten en carne propia la convulsionada y confusa arena política nacional –esa que en algún momento denominó Ángel Rama "el trienio de las mutaciones"–, llena de experiencias de muy diverso signo, desde gobiernos populistas, revoluciones de dudoso talante, juntas patrióticas fruto de alianzas cívico-militares, o dictaduras militares como las que serán características en todo el continente en los años cincuenta; e igualmente les toca ser testigos del surgimiento de una ciudad y un país que tomará los rumbos que conocemos por estos días. Una mezcla de perplejidad, de conciencia de lo transitorio, de desconcierto e ilusión, parece animar los intentos que en el mundo de la cultura emprenden esos jóvenes, y los hace sentirse, con pocas excepciones, parte de una "generación perdida", pero así mismo "unas islas, unos náufragos ansiosos de luz y pan, verdad y sueño"[3].

Por otro lado, especialmente los integrantes del mencionado grupo, se creen depositarios de una aspiración: "implantar una conciencia estética en el arte

[1]_ Juan Liscano, *Panorama de la literatura venezolana actual.* Publicaciones Espartólas, 1973, p. 97.
[2]_ Andrés Mariño Palacio, *Ensayos,* Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes, Biblioteca Popular Venezolana, 1967, p. 121.
[3]_ Mariño Palacio, *Ibid*, p. 79.

nacional"[4]. Para ello disponen de un arsenal de medios y de productos culturales del que ninguna otra promoción había disfrutado hasta entonces: la prensa se actualiza y abre nuevos espacios para la difusión del pensamiento y la literatura; en 1946 se crea la escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela; y puede consumirse literatura de muy diversa procedencia, pues, a la tradicional lectura de autores franceses, españoles y latinoamericanos, ahora se une un conocimiento cada vez más profuso de la literatura de los países anglosajones. Se trata de una promoción que tiene en sus manos la posibilidad de conocer la irregular tradición que ha venido acumulándose en la cultura venezolana contemporánea, a la par que puede leer y discutir con fruición lo más importante de las corrientes occidentales: desde Nerval o Rimbaud, hasta Rilke, Huidobro, Vallejo, Gide, Huxley, Joyce, Mann, Wells, Lawrence, Dos Passos, Faulkner, o los escritores vinculados a la revista argentina Sur –Mallea preferiblemente. Quiere, como ninguna otra, "erradicar de nuestra atmósfera literaria todo lo que sea cursi, todo lo que sea mediocre, todo lo que indique y evidencie humana estupidez"[5]. De hecho, nunca una promoción literaria había sido tan nutrida y tan promisoria como ésta que empieza a escribir y a circular por los cuarenta. Sin embargo, a pesar de ocupar espacios claves de la cultura venezolana en los últimos veinte años, y excepción hecha de la obra de Gerbasi, de importantes logros de la poesía escrita por mujeres –Luz Machado, Ana Enriqueta Terán–, de narradores como Armas Alfonzo, Trejo o Antonia Palacios –cuya continuidad es ciertamente atípica entre sus coetáneos–, o la labor, discutible pero difícil de soslayar, de intelectuales como Liscano o Medina, el saldo no deja de ser decepcionante.

No obstante, en su conjunto es la obra literaria –y en mayor medida los principios estéticos rectores– de esta promoción de los cuarenta, la que cierra el ciclo del criollismo más convencional, la que prolonga y legitima con otros

[4]_ *Ibid,* p. 69
[5]_ *Idem*.

lenguajes las búsquedas de los años del posmodernismo y la vanguardia, vale decir, de la contemporaneidad, y asienta las bases para la irrupción mucho menos recatada de los sesenta.

Por lo que se refiere a la narrativa, lo más destacado y característico de sus tentativas se encuentra, paradójicamente, en dos textos de un escritor que no pertenece a esta promoción, pero que, a mediados de los cuarenta, da un vuelco a su trabajo narrativo –desencantado súbitamente de la vida política y de los mundos literarios construidos en el marco de un criollismo de nuevo cuño– para apropiarse y ejecutar los rotundos enunciados de los más jóvenes. Nos referimos a Guillermo Meneses y a "La mano junto al muro" y *El falso cuaderno de Narciso Espejo*. Pero ya para cuando Meneses publica en los cincuenta estos textos, se han asomado nuevas tendencias en los primeros libros dados a conocer por los jóvenes. Se trata de un cuerpo narrativo sin duda interesante, en el que predomina el material cuentístico, en parte porque es esta naturalmente la expresión primera del narrador, en parte por el auge que tomó este género con el interés despertado por los concursos del semanario *Fantoches* y del diario *El Nacional*. En él se muestra todo el potencial de estos escritores –como dijimos en pocos casos desarrollado–. De esa cuentístico sobresale una línea narrativa cuya temática se inserta en marcos generalmente rurales, pero en los que se privilegia cierta concepción a ni mista de la naturaleza, la exploración en el misterio o en zonas interiores de los personajes, intentando dar un viraje a lo narrativa criollista o al realismo social gracias a la incorporación de nuevos tratamientos y técnicas. En ella se inscriben textos como *Marejada* (1940), *Llueve sobre el mar* (1943) y *Cuentos de dos tiempos* (1950), de Gustavo Díaz Solís, *Ocho Relatos* (1944) y *El Murado* (1948) de Humberto Rivas Mijares, *El hombre y su verde caballo* (1947) y *Las hormigas viajan de noche* (1952) de Antonio Márquez Salas, *Los cielos de la muerte* (1949) de Alfredo Armas Alfonzo o el mismo Oscar Guaramato con su *Biografía de un escarabajo* (1949). La otra línea de interés consiste en aquella que diseña una narrativa de carácter urbano, cercana por momentos a una narrativa de corte existencial, o que

adquiere fisonomías propias de la narrativa fantástica; tal es el caso de algunos relatos de *Marianik* (1945) de Pedro Berroeta, y más claramente de *El límite del hastío* (1946) y *Los alegres desahuciados* (1948) de Andrés Mariño Palacio o de *Los cuatro pies* (1948) de Oswaldo Trejo. Por lo demás son estas mismas las líneas de trabajo que exhibe la narrativa latinoamericana de la época, aunque casi siempre con diferencias notables en los logros artísticos, pues son estos los años en que Asturias, Carpentier, Yáñez, Rulfo o Guimaraes Rosa, en un sentido, y Onetti, Bioy Casares, Marechal, Sábato, Cortázar o Arreola, en otro, producen obras centrales para las letras continentales. En ese horizonte histórico-cultural y literario se produce la cuentística del autor que aquí nos ocupa: Oscar Guaramato.

Oscar Guaramato (1916-1987) es uno de esos casos extraños de la literatura venezolana. Su cuentística es a todas luces escasa e irregular. Su obra literaria se reduce a tres libros y poco más: *Biografía de un escarabajo* (1949), *Por el río de la calle* (1953), *La niña vegetal y otros cuentos* (1956), y los relatos que fueron añadiéndose a las tres ediciones de *Cuentos en tono menor* (1969, 1976, 1984), selección de los textos publicados con anterioridad, además de una novela aparentemente inconclusa que pronto será publicada. Frente a sus cuentos más difundidos ("Biografía de un escarabajo" –premiado por el semanario *Fantoches*– y "La niña vegetal"–mención honorífica de *El Nacional* compartida con Armas Alfonzo–, recogidos numerosas veces en antologías), preferiríamos rescatar tres "estampas" de Por el río de la calle –tituladas posteriormente "La espera", "Traje de etiqueta" y "La otra señorita"–, así como los cuentos "Paredón", "Los nudos", o "Vecindad" –acaso lo más logrado de su producción– del libro de 1956, y "El venado" o "Juan Herbolario", suerte de síntesis o modelo narrativo de sus búsquedas– de los relatos incorporados a las recopilaciones posteriores. Guaramato es de los más leídos, de los más populares –si cabe el término– narradores de su promoción, y sin embargo las reseñas críticas de su obra, pocas y breves, salvo la más ponderada y distanciada de Liscano en su *Panorama,* se limitan a describir rasgos de su cuentística,

al homenaje subjetivo o a la semblanza del autor. Puede que, en parte, esa "popularidad" se deba a la imagen misma que de Guaramato siempre se ha rescatado, la del autodidacta, ajeno al mundo de la intelectualidad, solitario, rodeado de misterios, vital y humano, como si él mismo fuese uno de los personajes de su ficción.

Puede que también obedezca al carácter de su cuentística, en la que el "tono menor" y el "pequeño ser" son claves definitivas. Cierto aire de ingenuidad y ternura; su lirismo de resonancias lorquionas; el acercamiento amoroso a la naturaleza y a personajes marginales generalmente víctimas de la deshumanización –trátese de escarabajos, niñas vegetales, ratones, niños, damnificados, oficinistas o sabios–; la asunción de expresiones propias de lo popular– la humanización de animales, posiblemente tomada de la tradición oral; la confirmación narrativa de cuentos, leyendas o creencias populares en las que el misterio y otro tipo de sabiduría se ponen en juego–; o la presentación de temas muy simples –la justicia, la solidaridad, la defensa de la vida, la fatalidad, la ternura y la violencia–, cuyo interés y eficacia resulta inevitable para un lector no especializado, son elementos a considerar. Una obra como la de Guaramato nos recuerda el caso mucho más patente de uno de sus coetáneos, Aquiles Nazoa, con el que guarda no pocas correspondencias, o del cubano Onelio Jorge Cardozo en cuentos como "Doña Francisca y la muerte".

En otro sentido, estos rasgos señalados para la obra de Guaramato, válidos igualmente para los autores citados, adquieren sentido adicional si se los vincula al contexto particular en el que se producen: el de las guerras españolas y mundial y el de la posguerra. Es este el punto de partida que, por vías oblicuas, impone en la comunidad artística la necesidad de una actualización de sus lenguajes, de ansiar la proyección universal de la escritura, y que en un sector de la intelectualidad se traduce directamente en la representación temática de dos líneas concomitantes: temáticamente en la escenificación del horror fruto del belicismo, de la destrucción de la que es capaz el hombre, o conceptualmente en la presencia manifiesta de una corriente neohumanista que quiere

reencontrar un centro en lo que quede de humano –trátese del mismo ser o de conceptos más difusos e ideales como el del pueblo, infancia o naturaleza–, para rescatar así valores considerados como eternos e indiscutibles. Ambas posibilidades se generan en el seno de aquellos sectores que, antes de responder con una actitud desencantada, optan coyunturalmente por construir una modalidad *sui generis* de literatura comprometida. En Venezuela, representantes de esta vertiente temático-ideológica son poemarios como los escritos en esos años por Angel Miguel Queremel, Jacinto Fombona Pachano, Andrés Eloy Blanco, José Ramón Heredia o Carlos Augusto León y Nazoa, y en la narrativa los cuentos de Díaz Solís y Guaramato, y tal vez los primeros libros de Pedro Berroeta.

Aunque sostenga mayores vínculos con algunos poetas que con los narradores de su promoción, la cuentística de Guaramato tiene una correspondencia clara con la narrativa de Gustavo Díaz Solís. Así lo advierte Julio Miranda al asociar temáticas y tratamientos[6]. Por su parte, cuando Liscano habla de Díaz Solís, los rasgos que le atribuye a su cuentística pueden intercambiarse con los presentes en la de Guaramato: "tratará de poetizar, de distanciar la toma de contacto con la realidad, de atenuar la tipicidad de los personajes, de suscitar cierto ambiente de misteriosa acechanza, de contar otras cosas que las referentes al drama agrario, y desde la perspectiva de los animales, verá el mundo de los hombres"[7]. Sin embargo, existen diferencias estilísticas, tonales y proposicionales de cierta importancia entre ambos cuentistas. Más allá de las correspondencias posibles, una mayor sobriedad narrativa, una más firme exploración en mundos interiores o un acercamiento más definido al ámbito del misterio, a lo fantástico, hacen de la cuentística de Díaz Solís –junto a la de Armas Alfonzo o Trejo– uno de los intentos de mayor alcance en el conjunto de la narrativa de la época.

---

[6]_ Liscano, *ob. cit.,* p. 97

[7]_ Julio Miranda, *Proceso a la narrativa venezolana,* Ediciones de la Biblioteca, Universidad Central de Venezuela, 1975, pp. 131-132.

Si algo llama de inmediato la atención en la lectura de los cuentos de Oscar Guaramato, es su intento de recurrir a una prosa que busca conciliar, por un lado, la economía y la efectividad narrativa, mediante la utilización de frases breves, el desarrollo de descripciones que en un corto espacio diseñan un ambiente, construyen un clima o asoman las claves de las soluciones narrativas, y el despojamiento de la anécdota de elementos innecesarios, presentando contundente y abruptamente los elementos de la acción para acentuar el efecto tanto del clima construido como del sentido que ha ido estructurándose en el relato; y por otro, la voluntad de crear una sobrerrealidad a partir del uso mismo del lenguaje que establece el narrador. Tal vez el mejor ejemplo de ello sea "El venado", cuento en el que la búsqueda de mundos poéticos se integra cabalmente al mundo de lo narrado, para alejar así el peligro de lo que puede lucir como impostura, incoherencia tonal o exceso contraproducente. En muchos de sus cuentos, el lenguaje del narrador se cifra en la apelación al símil o a la imagen metafórica –que afectan tanto a sustantivos como a verbos y cuyas raíces se encuentran en la poesía española de este siglo, de Jiménez a García Lorca–, a las construcciones paralelísticas simples o a la presencia de ritornellos que construyen cierto tono encantatorio. Así, desde su "Biografía de un escarabajo" hasta "Rioladeros", encontramos con notable frecuencia formulaciones como: "bajo la luna en su corcel frío"; "escarabajo –quieto carbón bruñido–"; "el amanecer burilaba ases de oro»; «había estambres de sol posados en sus cabellos»; «pañetes de menta y azafrán"; "Noche de tinta y almohadón de grillo. (...) Noche de triturado carbón y ala de cuervo (…). Noche de cabellera de guaricha. (...) Noche de metal ahumado"; "el alba –espumoso sayal, calzas de hierba– suelta al aire sus húmedos pañuelos"; o "chupa las palabras en un siseo de fuelle podrido".

La mayor parte de este tipo de construcciones lingüísticas se presentan en el relato en función, no solo de la confección de la historia narrativa, sino de uno de los presupuestos básicos de la cuentística de Guaramato: la presentación –mitificante– de la naturaleza y lo natural humano como valores eternos

y superiores de la realidad, ajenos al mundo de lo artificial, degradado y cruel, que coexiste y a menudo parece predominar en esa misma realidad. En otro sentido, ese tipo de prosa narrativa tiene la virtud de incorporarse al intento de superar el criollismo convencional sin necesariamente romper con él; su punto de arranque se encuentra en la inédita imaginería de Canícula/Giros de mi hélice de Frías/Himiob, en la narrativa inicial de Meneses, en algunos relatos de Uslar Pietri –"La lluvia" es un buen ejemplo–, o posteriormente en algunos textos de Díaz Solís, Márquez Salas o Armas Alfonzo. Incluso, en los relatos incorporados a las ediciones de *Cuentos en tono menor,* Guaramato intenta desarrollar un lenguaje narrativo cercano al plasmado por Meneses en "La mano junto al muro" –en "La noche es rosa íngrima"– o al González León de «Madame Clotilde» –en "Rioladeros"–; pero se trata de casos aislados y fallidos. Por ello, lo más atractivo de su cuentística resultan ser aquellos relatos en los que prevalece la asunción de la clave y el tono realista en el lenguaje de los narradores –exepción hecha de «El venado»–, aun cuando no estén exentos en algún caso de elementos fantasiosos o mágicos; entre ellos podemos contar tres o cuatro estampas de Por el río de la calle –tituladas posteriormente "La espera", "La otra señorita" y "Traje de etiqueta"–, "Los nudos", "Vecindad" y "Paredón" de La niña vegetal y otros cuentos, o "Juan Herbolario".

Por lo que respecta a técnicas o procedimientos narrativos la cuentística de Oscar Guaramato centra sus proposiciones en el hecho mismo de relatar, sin mayores complejidades, de la manera más simple y directa posible. Con pocas salvedades, el narrador se limita a construir un clima y a contar la historia. No obstante hay alguna tentativa de acercamiento al monólogo interior en "Dolores" –realistamente justificado por el delirio–; un perspectivismo germinal en "Rioladeros"; tímidos saltos temporales en "Los nudos"; desajustes de espacios, tiempos y focos narrativos un tanto más audaces en "La noche es rosa íngrima"; y algunos relatos narrados por un personaje –planteamiento especialmente eficaz en "Paredón", donde el personaje evoca su pasado poco antes de su fusilamiento, y en "Vecindad", donde el hecho de que el jefe de

una familia de ratones vea y cuente escenas de su vida y de la familia humana con la que cohabitan–, permiten poner de relieve el efecto de extrañeza y la crueldad del grupo humano.

Pero es en el mundo de lo narrado, concretamente en diversos personajes, y sobre todo en las proposiciones signicativas, donde reside el mayor interés de los cuentos de Guaramato, donde el tiempo en que fueron escritos los cuentos y sus lectores del presente se encuentran con mayor plenitud.

*

La mayor parte de los mundos construidos en la cuentística de Guaramato, salvo las estampas o pasajes narrativos que integran Por el río de la calle y otros relatos, se organizan en torno a polaridades básicas abiertamente enfrentadas que se resuelven en diversos sentidos en la historia narrativa, para confluir en una dirección común en el plano de los signif icados globales. Ejes semánticos binarios como muerte/vida, naturaleza/artificio, humano/inhumano, sueño/realidad, desgracia/solidaridad, opresión/liberación, espera/desencuentro, amor/guerra, deseo/impotencia, y otros similares, estructuran una cantidad nada desdeñable de relatos. Ejemplos sobran. En "Biografía de un escarabajo" vemos cómo la voluntad de vida de un escarabajo contrasta con la voluntad de destrucción presente en los seres humanos; el aborto decretado por la pareja del relato y la gratuita muerte del pequeño animal se imponen. En "Caballito blanco", vemos cómo el radiante sueño de la infancia –el caballo soñado y la apacible compañía materna– es quebrado por la inesperada aparición de la realidad –la presencia del padre, su deseo de alejarlo de la madre y la inminente huida–, de tal forma que sólo es posible la existencia de ese sueño en el recuerdo. En "Piedad" contrasta la desgracia de la inundación con la solidaridad que se revela en la comunidad de damnificados. En "El juez", el conocimiento que del mundo de lo mágico-telúrico tienen los negros de una plantación en la que habitan la opresión y la injusticia, permite tomar revancha contra el mundo opresor de la legalidad, representado en la figura del juez. Y así, en "La niña vegetal", a la castrante religiosidad reinante se opone la magia que libera

y propicia el encuentro sexual; a la baja ambición humana y al paso arrasador del progreso, la idea de una naturaleza eterna –dada en lo conversión del samán en cuna–. En "Vecindad" contrasta el amor filial de los ratones con la desidia de la pareja de humanos que induce a la muerte del hijo. En "Paredón" el recuerdo del amor de Rosalín se eleva como la última imagen del protagonista, un teniente español de las filas republicanas, ante la inminencia de su fusilamiento. En "La noche es rosa íngrima" la impotencia del paralítico –"fruta podrida"– es el testigo silente del amor sensual de la enfermera y el muchacho de la chaqueta negra. En "Rioladeros" las expectativas de la comunidad de marginales –la compañía del grupo de extraños que acampan a la otra orilla del río, el amor que busca Aminta– se esfuman de la noche a la mañana; las esperanzas son "espejismos", un castillo de barajas. En "Piedras pintadas", el juego inocente y amoroso de dos adolescentes, presidido por la imaginación y la libertad, es recompensado por la realidad al encontrar la muerte a manos de la policía. Y finalmente –por no aturdir–, en "Juan Herbolario", último de los cuentos recogidos en libros, el sabio curandero muere por las balas que desde las filas de la guerrilla y del ejército disparan los hermanos de la enferma a quien Juan Herbolario acababa de curar.

A esta estructuración de los relatos a partir de la tensión dada por opuestos que se enfrentan y producen soluciones predominantemente infaustas, escapan algunos cuentos. De estos, unos escapan engañosamente. Es el caso de los breves textos que integran *Por el río de la calle*; pues si bien en ellos, tomados aisladamente, es difícil registrar la presencia de fuerzas opuestas, en su conjunto ofrecen la imagen de una mirada dúplice; así, las escenas que presentan la muerte por envenenamiento del perro –objeto pasajero del amor de un consuetudinario transeúnte–, la mortal espera del parroquiano o la irónica muerte de José Flores, encuentran contrapeso en el elogio a la ternura que se desprende de las escenas referidas al vendedor de pájaros, al mendigo, a la mujer bajo la lluvia o al hombre que recuerda limpiamente su primer amor –la maestra rural–.

La otra excepción la constituyen aquellos relatos que se insertan en una de las vertientes más interesantes de la cuetística de Guaramato: la del acercamiento a elementos propios de la cultura popular rural. En este caso nos referimos específicamente a las correspondencias que guardan textos como "Luna llena", "Los nudos", "El venado" o "Dulzor" –antecedidos en esta orientación por "El juez"–, con tratamientos frecuentes en relatos populares de terror y misterio, fantásticos en este sentido. En ellos la clave narrativa se encuentra en la recreación, con un aparato discursivo más sofisticado, de elementos naturales –mágicos desde nuestra perspectiva– de ese sector cultural: el mundo de sus creencias. Así, la luna o el venado se convierten en agentes malignos propiciatorios de la desgracia; entrelazar con un hilo los dedos del pie de la víctima impide la huida del asesino; un bebedizo resta potencia al hombre y lo ata a su mujer. El narrador no hace otra cosa que desarrollar la trama en torno a esas creencias y refrendar implícitamente sus soluciones y sus poderes en el mundo de la realidad. Con este planteamiento Guaramato se distancia del criollismo tradicional, en tanto no introduce miradas ajenas a ese mundo, ni intenta, desde afuera, explicar el misterio producido; antes bien, lo acompaña y lo deja actuar.

En otro sentido, por el diseño estructural de sus relatos y, aún más, por las soluciones narrativas –casi siempre emparentadas con la idea de la muerte– podría pensarse que, como en Quiroga, las diversas formas del mal son las verdaderas protagonistas de sus cuentos. Podría pensarse, incluso, que el maestro argentino es uno de los ocultos paradigmas que presiden buena parte de la narrativa breve de Guaramato. Esta relación, además de encontrar apoyo en la idea del mal, el misterio y la muerte, casi obsesivas en el venezolano, bien podría sustentarse de igual manera en la personificación de animales o en la presencia abrumadora de lo naturaleza. También lo encontraría en el manejo de cierta macabra ironía narrativa, presente en Guaramato en relatos como "La espera", "Traje de etiqueta", "Dolores", "Jesús, José y María" e, incluso, en "Juan Herbolario". Pero, aunque esta posibilidad de lectura nos resultase

particularmente atractiva, no creemos que en ella encuentren centro suficiente las proposiciones significativas de Guaramato. Por el contrario, Guaramato ha optado por las fuerzas de la bondad, por la posibilidad optimista y liberadora, frente al destructivo acoso del mal; por la ternura que mana sin cesar del mundo natural frente a la violencia que parece enseñorearse en la realidad cotidiana.

Es así como frente a la presencia inhóspita de la ciudad, la desgracia impuesta por el hombre o por lo inevitable –llámese inundación, padre, indiferencia, ambición desmedida, odio, guerra, muerte–, se yerguen las fuerzas benignas y permanentes de la naturaleza –el amor y su recuerdo, el árbol, el candor, la generosidad, el misterio, la poesía que pretende explayarse en la escritura–. Sus agentes son los personajes que prevalecen en las narraciones de Guaramato: los pequeños seres y las cosas sencillas –Nazoa de nuevo, que, a pesar de no encontrar residencia estable en el mundo de la realidad, llegan a sobreviviría y superarla en el mundo de la ficción. Claves resultan entonces, ante esa realidad nefasta –metáfora si se quiere de los años de la guerra o de los convulsionados sesenta–, personajes como la niña vegetal, como la familia de ratones de "Vecindad", como los adolescentes de "Piedras pintadas", o el curandero filántropo Juan Herbolario; pasajes discursivos como "buscar esas cosas simples que se pueden amar y perder en un instante" –de la estampa de Por el río de la calle–, «su nacimiento había ocurrido así, prodigiosamente simple» –de "La niña vegetal"– o la descripción referida al árbol bajo cuya sombra reposan los restos de Juan Herbolario; así como su definitiva apuesta por los personajes física, social o culturalmente más desvalidos, más débiles.

En esas figuras y proposiciones, en su visión en última instancia filantrópica, en su inclinación por la bondad, radica la fuerza y la vigencia de la narrativa de Guaramato; esencialmente para ese lector que puede hacer suyo, sin rubores, el candor de ese neohumanismo hijo de la posguerra, cercano al realismo social y al relato popular, pero al mismo tiempo alejado del panfleto político

o del costumbrismo localista, proclive al mundo de lo mágico, lo natural, lo pequeño y lo simple como respuestas.

Javier Lasarte Varcárcel

Bibliografía directa

Biografía de un escarabajo, *Cuadernos Literarios de la Asociación de Escritores*, N.° 63, 1949.

Por el río de la calle. Estampas, Cuadernos Literarios de la Asociación de Escritores, N.° 80, 1953.

La niña vegetal y otros cuentos, Tipografía La Nación, 1956.

Cuentos en tono menor. Monte Ávila Editores, 1969 y 1978; Editorial Ateneo de Caracas, 1984.

Indirecta

Díaz Sedas, Pedro: "El universo del relato en Oscar Guaramato", en *Imagen*. N.° 100-31, junio, 1987, pp. 26-27.

Liscano, Juan: *Panorama de la literatura venezolana actual*, Publicaciones Españolas, 1973.

Márquez Rodríguez, Alexis: "Una cuentística campesina", en *El Nacional*, O5-VII-87, p. C-3.

Miranda, Julio: *Proceso a la narrativa venezolana*, Ediciones de la Biblioteca, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1975.

Biografía de un escarabajo
(1949)

Biografía de un escarabajo

El escarabajo dio los últimos toques a la bola de estiércol, alisó una que otra mínima hilacha saliente del fresco amasijo e inició con ella su regreso al albergue.

Se le veía salvar los obstáculos con sumo cuidado, aferradas las tenazas delanteras a la carga, húmeda aún, por sobre hojas y pedruscos, rumbo a la cueva que se abría dos metros más allá del verdoso montón de estiércol.

Rastreaba la brisa un olor a orégano.

Bajo el arco de una raíz seca afinaba sus crótalos una serpiente oscura.

Hacía un calor de horno en el interior de la cueva, y la blanda arenilla del piso mostraba las huellas que dejaran los dentados brazos del cargador, cuando salió de nuevo por otra ración.

A veces, el marchar torpe atropellaba las plantas que empezaban a nacer en el estercolero; un manojo de hierba de un palmo escaso, en mitad de su ruta, significaba un calculado rodeo y un volver a enfilar hacia las verdes tortas olorosas.

Esto, cuando el campo mostraba relativa soledad, pues vivía en terrenos sombreados por un gran árbol y con frecuencia venían hasta allí gentes y caballos. Sabía que los intrusos pisaban con gran fuerza y aplastaban sin misericordia retoños nacientes y pequeños seres.

Quizás resultaban más temibles los hombres.

Los caballos se contentaban con relinchar y hacer temblar la tierra bajo el peso de sus cascos, y se marchaban luego, dejando el campo esterado de buena comida. Pero los hombres llegaban silenciosamente, tomaban un pequeño escarabajo y ¡clic!, lo destripaban entre sus largos dedos; o bien, como si jugasen, desprendían patas y élitros con lenta crueldad, hasta dejar el cuerpo como una nuez arrugada.

Eran ellos quienes apagaban el clamor de las cigarras y dispersaban con saña la ronda matinal de las libélulas.

De ahí que conociese el sonido de las pisadas cercanas y adoptada aquella inmovilidad de hueco cascarón de ébano, plegadas las patas bajo la cabeza, quietos los artejos, momificado de temor su cuerpecillo ante la presencia de los grandes seres.

Aquella mañana, cuando fabricaba su segunda bola de inmundicia, presintió el desagradable encuentro. Primero la serpiente, desapareciendo entre las sepultadas raíces del árbol, y luego las voces golpeando el alto viento: una de oscuros contornos de agua subterránea, otra delgada, como canción de lluvia.

Arriba se agitó la voz oscura:

Esta será la única solución, Maritza.

—¡Terrible solución!

Cerca del escarabajo –quieto carbón bruñido– se había encendido la llama musical de un grillo.

Ahora volvía la voz de hilo de lluvia.

—Anoche lo sentí moverse. Desearía ser como las labradoras para tenerlo libremente y cuidarlo...

Y el viento ennegrecido:

—Somos diferentes, Maritza, tú lo sabes; tenemos nuestras normas sociales, nuestros deberes que cumplir...

—Y... ¿entonces?

La voz caía en gotas temblorosas.

—¡El aborto, Maritza, es la única solución!

—¡Abortar!

La blanca voz parecía diluirse en el tamiz del aire.

Parpadeaba aún la llama musical del grillo cuando pisadas y sombras se alejaron.

Toda la noche trabajó el escarabajo. Había que separar aquellas rudas adherencias estercoráceas y fabricar un fino material, el más blando y fresco, la cuna pereiforme para el hijo.

De sus patas salió al fin, moldeada y pulida como una gran perla de arcilla, el edredón cremoso para el huevo.

Cuando la obra estuvo concluida, selló con tierra la madriguera y escaló la salida hacia el amanecer.

Olía a sol.

Sobre el musgo se alargó la sombra del hombre.

La voz, hoja seca, cayó después.

—Aquí lo podemos enterrar, Maritza.

Empezó a cavar fuertemente. El hierro sacudía la tierra y desgarraba delgadas raíces. Cada golpe era un temblar de hierbas y un débil gemir de tallos triturados.

La otra voz se hacía blanda, se empequeñecía como un ovillo sedoso:

—¡De prisa, que alguien puede vernos!

Junto a ellos, jadeante, rondaba el viento.

Transcurrió una lunación.

Vistió la nube su cendal de invierno, y, por la ruta vertical del aire, bajó la bruma en su corcel de frío.

Sobre la tierra, redondeado como una gran ubre verde, madura de lluvia, el árbol.

Y sobre el árbol, el sol, que era un terroso gavilán dormido.

Fueron días difíciles para el escarabajo.

El agua que humillaba las campánulas había licuado todo el estiércol diseminado en las cercanías de la madriguera, y existía la amenaza de morir ahogado cuando la corriente ponía su cristalino parpadear al ojo de las cuevas. Ahora venían cantando pequeños y turbios arroyuelos por los antiguos senderos de las bestias.

Rechoncho, mojado de barro, salió una mañana.

Caminaba a reculones, agobiado por el peso de la pera arcillosa donde el hijo ya agitaba su impaciencia de bañarse en luz.

Solo las hormigas lo vieron marchar.

Penosamente había logrado escalar la cuesta mohosa de aquella piedra, cuando sintió la voz, la negra voz del hombre.

—Lo ves, Maritza: una alfombra verde lo cubre todo...

—¡Sí, todo, hasta nuestro error!

El escarabajo paralizó sus movimientos.

Y la voz oscura, la oscura voz del hombre:

—Una imprudencia, solamente. Olvidémosla.

Si yo hubiese sido labradora y pobre...

—Basta ya: pronto nos casaremos... Ese día te regalaré un collar de oro, sus cuentas serán tan grandes como...

El hombre miraba a su alrededor buscando algo para establecer comparación y luego se inclinó para terminar la frase:

—...¡como este escarabajo!

Lo tenía sobre la palma de la mano, halagando su sonrisa breve.

Ella trenzó por un instante su canción de lluvia:

—Bota eso y bésame, ¿quieres?

—Fue entonces cuando el escarabajo se sintió caer.

Más tarde, hormigas hambrientas cargaron con sus miembros destrozados.

¡Qué gran red de caminos distintos le ofrecía la tierra a su regreso!

Caballito blanco

Para aquella época contaba siete o nueve años.

No preciso exactamente mi edad ni mi tamaño, pero cierto es que en ese constante evadirse de lo real a lo fantástico, en ese soñar despierto tan común en la niñez, que, muchas veces, da corporeidad a situaciones ilusas e insufla contornos reales a sutiles fantasías, yo, lo confieso, ansiaba ser dueño de un gran caballo blanco...

Sería, o era, un brioso caballo de plateadas crines y larga cola de sedoso brillo, con belfos tiernos de corazón de pan y alzado cuerpo de limpia porcelana y dentadura de carne de jazmín.

Me veía cabalgándolo altanero por valles y ciudades, donde las gentes aplaudían mi audacia de pequeño caballero y admiraban el brillo de mis polainas de charol.

Yo me tendía, cara al cielo, sobre la tierra caliente y gris, y hacía nacer gusanillos de sueños que buceaban golosos la pulpa blanda de mi mente, y entonces me era dado conducir, desde lejanos y extraños territorios, apretados y ariscos rebaños de ganado, o, al compás de marchas militares, guiar, por la calle principal de una luminosa y desconocida ciudad, un bizarro batallón de infantería.

Siempre era el héroe, el príncipe invencible de las grandes azañas. Las multitudes me adoraban y temían.

No sé si en estas gloriosas situaciones mi rostro expresaba fiereza de capitán pirata, o la dulzura de un santo-niño conquistador de reinos.

Vagamente recuerdo que mi caprichosa personalidad estaba sujeta a mutaciones periódicas: a veces era un cacique combatiendo blancos intrusos, ansiosos de mi oro, o el blanco audaz que dispersaba tribus y se hacía dueño de fabulosas riquezas.

Fácilmente pasaba de rey poderoso a esclavo vengador; de amigo a enemigo de mi propia ficción.

Eran horas y horas de estar tendido sobre la tierra gris, abiertos los ojos a la lejanía azulosa, abandonado el cuerpo como un cascarón vacío, y la imaginación errante por senderos de humo, caminando a tientas, silenciosamente.

Con frecuencia volvía en mí cuando ya el atardecer arremansaba sombras para mecer el sueño de los pájaros.

Mi madre y yo vivíamos en una casa espaciosa, de húmedos y oscuros cuartos enladrillados. Una pequeña reja, plomiza y roída por los años, le daba entrada, y en el espacio que mediaba entre ésta y aquella crecían rojos rosales, limoneros enanos, y había un manto de yedra opaca que dibujaba diminutos arabescos en los claros cuarteles del jardincillo; luego, la boca negra de una galería, los cuartos con pesadas puertas color de almagre, la cocina que era un breve túnel manchado de ceniza y hollín, y, al final, el patio punteado de matojos, que tenía en el centro, como gala, un delgado naranjo que jamás dio frutos. Allí, a la sombra del árbol estéril, venía en mi busca el ensueño, y entonces me iba en mi caballo blanco, marcando dorados rumbos por tierras de la aventura.

Mi caballo no tenía nombre como otros caballos.

Tampoco moraba en residencia terrenal.

Pacía tras las nubes distantes, tras las jorobas de los cerros rasados por sombras de alas fugaces; me lo figuraba triscando rosas de azúcar, o galopando incansable sobre senderos de almendras, en un prado de lirios agridulces cruzado por arroyuelos de miel.

¡Mi caballo vivía más allá del relámpago y la estrella!

Así lo soñé una noche. Trotaba alegremente y parecía reír, pues, al mirarme, su relincho fue un claro cascabel de gozo. Tenía una larga crin de hilos de luna y la cola espejeante, como un chorro de leche que se quedara sin caer, flameando tras las ancas vigorosas; y finos cascos de nácar, y pequeñas y erectas orejas, con mucho de caracol y de azucenas. Se me fue correteando por los caminos del cielo y yo le llamaba a gritos, pero él corría, corría... y la polvareda algodonosa de su huida formó una nube densa que me ocultó su imagen.

Entonces vino hasta mí la voz de mi madre. Le inquietaba eso de que yo gritase mientras dormía. Yo abrí los ojos. Otro día empezaba a nacer y mi madre aún cosía junto a mi lecho. La máquina de mano mordisqueaba la tela gomosa y el espolear menudo de la aguja hilaba un seco galope por los altos caminos de la madrugada.

Mi madre jugó un instante con mis cabellos, luego cubrióme con una frazada y me ordenó dormir. Y volví a encontrarme con mi amigo, pero, al seguir el ritmo de su paso, noté que no era igual: tenía como entumecidas las patas y, al moverlas, sonaban secamente, como gruñidos de engranajes sin aceite, como frases a media voz, surgiendo atropelladas entre unos dientes negros y oxidados. Pensé llamarlo, o lo llamé a gritos, pero entonces cesaron los sonidos y lentamente se fueron desdibujando los contornos albos, hasta quedar apenas un pequeño y delgado resplandor.

Desperté angustiado.

Sobre el piso del cuarto el amanecer burilaba haces de oro.

Recostada sobre la máquina de coser; mi madre dormía profundamente.

Había estambres de sol posados en sus cabellos.

En aquella época –contaba siete o nueve años–, un acontecimiento inesperado cambió de pronto el rumbo de mi vida.

Un día mi madre me compró zapatos nuevos y un pantalón de lana.

Ya sus manos me habían hecho una camisa azul de suaves transparencias.

Una tarde me hizo vestir apresuradamente y después me llevó por calles y parques hasta una casa grande, y ahí me presentó a un hombre alto, de gestos elegantes y severo rostro, desde donde miraban afilados dos grandes ojos azules; tenía el pelo amarillo, como la barba de las mazorcas tiernas. Y también un velludo lunar en la mejilla.

Tuve deseos de decirle:

—¡Hola, verruguita!

Tal como me llamaban los chicos de la escuela; pero mi madre me llevó hasta él, y el hombre, tomándome del brazo, me miró un momento, y al cabo dijo, sonriendo apenas:

—Así era yo cuando tenía su edad...

Yo consulté en los ojos de mi madre sin saber qué hacer y entonces ella musitó a mi oído:

—Pídele la bendición: ¡es tu papá!

No dije nada. Un galopar de sangre asordaba mis sienes y las palabras no pudieron salir.

Cuánto desprecio y repugnancia sentí por aquel hombre desde el instante mismo en que le conocí.

Era el culpable de ser yo como era: horriblemente rubio y con aquella fea verruga en la mejilla.

—El te llevará a Trinidad —dijo mi madre, al regresar a casa—.

—¿Para qué? —pregunté—.

—Allí estudiarás... —murmuró ella en un suspiro—.

—¿Dónde es Trinidad? —indagué—.

—Es una isla extranjera, inglesa...

—¿Nos iremos en un barco?

—Sí: irán en un lindo barco...

—¡No quiero ir a Trinidad! —dije—.

Y rompí a sollozar. Ella me tomó en sus brazos y fuertemente me oprimió contra su pecho. Sentí caer, tibias, sus lágrimas sobre mi cuello, mientras decía:

—Debes ir...

Esa noche huí.

Desde entonces no he visto a mi madre.

Siempre está en mis recuerdos la intacta presencia de sus manos, y a veces, en sueños, he sentido en mi rostro su blanda caricia y es como si un caballo de algodón me lamiera en silencio la frente.

Piedad

Cuando se hincharon las arterias tributarias y el Orinoco comenzó a crecer, un potro negro de muerte se puso a ensayar galopes por los caminos del llano.

Primero fue el mundo en naufragio de las cosas mínimas, de los insectos y los hongos; de las semillas germinantes a ras de tierra y la brizna naciente bajo la hoja seca; de la cueva de crótalos segada y del batallar del lagartijo –morador solitario de la concha del árbol–, ahogándose en el cristal de un charquito barrenado de sol.

Primero fue la huida de las chenchenas y el emigrar nocturno de los aguaita-caminos y el apresurado marchar de las perdices por los breñales; pero, cuando empezó a flotar el estiércol y se deslizaron a la deriva chamizas y cortezas, cáscaras y hojas, el ganado hizo rumbo a las altas mesetas, mugiendo sordamente para alertar al mautaje en rezaga.

¡Detrás quedaban los pastos anegados!

Detrás, creciendo en rumor amenazante, el agua en los rastrojos formaba lagunas temblorosas...

No pasaba de ser Punta Negra una manchita geográfica sobre la llanura inmensa. Un tajo apenas por donde un camino entra, vuélvese calle unos instantes y luego resurge allá, pidiendo rutas y multiplicando atajos. Un paradero de recuas que es sitio convergente de muchos callejones, por donde a diario

afluyen rebaños empolvados, ganaderos bonchones y peones festivos. Un caserío incoloro con ínfulas municipales, con su calle ancha de nombre procero, encajada en dos líneas paralelas de casitas chatas, y una capilla al extremo norte, barnizada de gris por las lluvias y el tiempo, con su campana verdosa colgante del tingladillo y, bajo la sombra del calizo alero, chivos y borricos, aletargados, rumiando un sueño de sombras.

Es Punta Negra lugar de obligado descanso y término medio de jornada. A menudo llénase su calle de ruidos al llegar de rebaños asoleados, o bestias de carga tras la copla –estandarte del peón caminero.

Hace muchos años que nació este pueblo.

La paciente tenacidad de unos frailes misioneros fue el equilibrio de las primeras paredes y el punto inicial en la formación de la comunidad.

Paja seca y terrones amasados por otros hombres hicieron lo demás y fueron burilando de contornos el poblado.

Los frailes trazaron planos, amontonaron guijarros, talaron árboles y cargaron de lugares distantes largas piedras azules sobre los hombros.

Un día nació una calle. Otro, una ranchería, como una mano abierta a los viajeros.

Una noche, el más anciano de los misioneros citó a los habitantes en un solar lunado y planteó la construcción de la capilla.

Lentos, muy lentos, pasaron los años. Algunos frailes murieron.

En tanto, el pueblo se fue coloreando de tejados y conucos. Pero tendido sobre la llanura inmensa, no pasó de ser una manchita apenas; el tajo accidental por donde un camino entra y sale presuroso a llevar a otros pueblos rebaños y cantares.

Pero había algo más: un río.

¡Manso cargador de piraguas, ancho camino azul de indios callados, aquel tributario se metía como un lanzazo por el costado derecho del Orinoco y el Dios gigante de las aguas lo llevaba en sus hombros hasta el mar!

Anoche llegó un grupo de hombres y mujeres; traían líos de ropas sobre las cabezas y a horcajadas los niños lloriqueantes; copadas las bestias de cacharros y petacas de mimbre, y, al calor sofocado de las voces, las noticias de una gran creciente que venía detrás, saltando vigorosa por los bajos, bramando como un toro herido en los esteros.

Hicieron campamento en un caney derruido y allí se quedaron; sin quejas ni abatimientos fatalistas, sin grandes comentarios. Solo, de vez en vez, la palabra optimista en franco desafío ante la mala hora; que ya pasaría el ramalazo adverso y regresarían las aguas a su cauce, y el hombre a su rancho, y la errante manada al comedero.

Pero en los días siguientes llegaron más hombres, más mujeres y niños que huían de la crecida, como antes huyeron de la guerra, de la sequía o de la peste.

Ante los que llegaban, las preguntas tenían un complemento breve, suerte de coletilla traída a bien para informar al viejera relator:

—Dicen que llueve sin respiro por las nacientes del Orinoco, y que en las noches casi encandila el fogonazo del relámpago en la sierra...

Y entonces se estrenaba la voz recién venida:

—Y aguacerito blanco, serenito, ¡sin pizca de sol!

—Y que por esos llanos de arriba las cabezas ahogadas pasan de cientos...

—Y que el mal se aguachinó y los arrozales se perdieron, y que la gente está yéndose de toos esos pueblos ribereños...

El sonido de las palabras se va apagando, pero queda prendida en las miradas la imagen presentida del desastre. Es sabido que el Padre Orinoco empuja sus aguas por campos y pueblos, que sepulta íntegros los sembrados y que pronto las fiebres malignas harán plantar muchas cruces en los cementerios.

Sin embargo, alguno dice:

—No hay que morirse antes del día... A lo mejor, ni llegan las aguas hasta aquí...

Pero una madrugada, por la calle mayor de Punta Negra, llegó también la voz del gran río, laminando la parduzca tierra con su cinta de agua caminante.

Había que abandonar el pueblo.

Había que irse a otros lugares más seguros para escapar cuanto antes de la crecida, salvando lo que apenas se tuviese a manos y dejando a su suerte casas y ganados. Porque es terrible la ira del gran río y hondas las huellas que señalaron su llegada por hatos y villorios.

Sordamente venían los tentáculos líquidos, avanzando por la sabana abierta.

Red gigante de turbios hilillos, bajo el monte ralo, que fue cubriendo la ruta de las hormigas y desmembrando la raíz de los yerbajos.

Agua mala, reptante, emponzoñada de muerte.

Los altos picos, que antes apuntalaron el azul, lucían ahora plumosos festones que, al descender, dejaran las nubes exprimidas, y sobre colinas y montañas, allá, en el confín, había un gran manto alto, tendido, hora tras hora, día tras día...

Ya un halo presagioso rizaba el blando cabecear de los afluentes, y el Padre Orinoco, señor de selvas y raudales, creciendo, ¡creciendo!

Lenguas de agua borraron el ocre y el rosa desvaído de los paredones. Oíase a veces el gluglú del agua astillada filtrándose por los intersticios de las puertas; otras, el chorro en gárgaras, entrando por la hendidura de una pared, y la mancha turbia, aporreada de dar tumbos por la llanura, buscando a tientas los rincones donde se ponía a bosquejar remansos débiles.

Un momento antes del derrumbe definitivo, se veían los maderos sosteniendo la armazón de cañas y bejucos, semejando los ranchos así como esqueletos vacilantes, quebrados y friolentos. Pero era una visión fugaz; después, cimbreábase el lateral como una espiga tierna, goteaban algunos terrones, crujía por un instante la argamaza, tras el filo de la grieta que en zig-zag bajaba, y el agua era entonces sonora y plomiza al paso de las cosas sumergidas.

Solo quedaba la sombra del crujir ahogado, subiendo en la espiral de un remolino, y el nacarado aflorar de las burbujas.

Todavía las mujeres miraban hacia atrás, pero, como la huida empezó al amanecer, solo cabía en los ojos cielo y sabana sin fin.

Apareados iban los hombres, roncas las voces al tremolar de gritos, pero vivos y fuertes los pasos, que al camino robábanle distancias. El marchar de las carretas formaba un largo cordón sonoro.

Se hablaban cosas sin sentido; huecas y tontas las palabras, sin ademanes que acentuaran los adjetivos. Una ausencia de expresiones en los rostros borraba el colorido de las frases.

De pronto se arremansó la caravana. Un lento ondular y el cordón se detuvo.

El hombre que punteaba la primera carreta alzó los brazos ante la mula para que dejase de andar, al mismo tiempo que preguntaba al compañero que venía detrás:

—¿Pasa algo?

La pregunta se fue eslabonando, carreta a carreta, hasta llegar.

Después venía rebotando la respuesta:

—Nada: una mujer muriéndose con tabardillo...

—¿Quién es?

—Nicasia, la hija de Pancho Páez, la que dio a luz antenoche...

El hombre, manoteando su contrariedad:

—¡Qué buena broma, carrizo!

Rodearon el carro. Sobre la collera, la bestia tenía sueltas las riendas. La mujer, que a la salida venía guiando, las había abandonado para echarse dentro, contorsionada y delirante, al lado de su niño dormido.

Alguien haló al animal:

—¡Arre, mula, arre!

La carreta se despegó del cordón, situándose a un lado del camino; la bestia quiso morder la hierba, sacudió las crines revueltas y tintinearon ruidosas las cadenas asidas a los timones; en el interior del carro se abrió como un grito el llorar asustado del niño.

—Bueno, ¿qué hacemos?

—Agua hervida con hojas de pericoso, quita el mal —dijo una voz—.

—Pero no podemos detenernos —contestó el puntero—, el agua viene apurando.

O se le da una cortada para que salga sangre, bastante sangre, como a los caballos...

El que habló último interrogaba con un nervioso parpadeo al carretero impaciente:

—Así como a los caballos, una buena cortada...

En seguida, otro que interrumpía, juntando el ademán a las palabras:

—Aquí está el cuchillo, ¿quién lo hace?

El grupo se encendió en murmullo, hasta que habló un arriero, alto y cetrino, de mirada cortante y voz áspera:

—Yo me atrevo; ¡déme el cuchillo! —agregando—: pero tienen que sacá al muchachito de ahí...

Uno fue al carro, hurgó los trapos tirados junto a la mujer y después incorporóse con el chiquillo en brazos, pero este seguía llorando, moviendo las manilas apretadas de susto, y el hombre atolondrado la miraba sin saber qué hacer.

El arriero empuñó el cuchillo, se acercó silencioso a la carreta, palpó la pierna huesosa de la mujer, midiendo rápido el largo de la herida, y alzó la mano:

—¡En el nombre de Dios!

Fue en ese instante cuando el niño volvió de nuevo a desgajarse en llanto. El cuchillo sesgóse, vuelto un haz de brillos, y el arriero, girando sobre sus talones, furioso:

—Con esos chillidos no se puede, ¿oyeron? ¡De milagro no manqué a la mujer!

El que llevaba cargado al chiquitín miraba azorado alrededor. Sentíase como culpable de algo. Tímidamente balbuceó:

—¿Tendrá alguna cosa? Los niños no lloran por vicio, solo por un dolor, o cuando tienen hambre, ¿será hambre?

—Que lo cargue una mujer pá que se aquiete —propuso el puntero—.

Al momento de hablar iba escrudiñando fisonomías; detuvo la mirada ante el rostro fresco y moreno de una muchacha; dio una palmada:

—Anda, ¡cárgalo tú!

Bella era la moza; tenía unas crenchas largas y negras, y unos ojos reilones y grandes, y sonrió triunfal al niño que llegaba a su regazo, trenzado de lágrimas y gritos.

Volvió el arriero a inclinarse sobre la mujer enferma, dio un corte rápido en la pierna afiebrada y la hoja del cuchillo se tiñó en fuego chispeado de corales.

—¡Ya está!

La voz áspera cobró de pronto relieves milagreros y bailaron las dos palabras, como abejorros de sonidos, a lo largo del grupo esperanzado.

—¡Ya está!

—¡No morirá Nicasia!

Caliente salía la sangre de la herida, empapando los pies cerosos de la mujer acostada.

—Ahora podemos seguir —ordenó el carretero de la punta—.

—¿Y el carajito?

Hubo que vocear varias veces. Al fin surgió del grupo de carretas la moza con el niño en los brazos. En el rostro moreno de la virgen florecía la ternura de las madres buenas. Salido del corpiño estaba aún el seno pequeñín, donde el niño chupó golosamente el zumo agridulce de una mentira piadosa...

El juez

¡Crac!...

Y el remo quedó roto por la mitad, inútil.

Nos vimos las caras; éramos cinco en el cayuco; los dos bogas, el patrón, el juez de parroquia, y yo, su secretario.

Si nos hubiésemos ido por la tierra, a estas horas ya estaríamos llegando a Cayurí; el todo era remontar la sierra, seguir aquella pica angosta y caer al pueblo; desde lo alto se veían las casitas como manchas-pardas y las callejuelas, parecidas a rayas de tiza torpemente trazadas.

Pero el mar acercaba la distancia, y el juez decidió que debíamos salir al amanecer, en el cayuco de Juan Pablo. Porque Juan Pablo conocía el mar como sus manos, y sorteaba el peligro de las olas malignas con maniobras seguras, y sabía donde estaban las rocas traicioneras que aparecen de pronto para volcar cayucos confiados; y para los vientos contrarios, él tenía siempre una sonrisa ancha.

Salimos cuando clareaba el alba. Hacía frío. Ibamos silenciosos, fumando para ahuyentar el sueño. Los remos caían iguales sobre la superficie verdosa. Sin duda, llevábamos buena marcha. A cada golpe de remo los hombres respiraban fuerte y contraían los músculos recios. Con el amanecer nos volvimos locuaces. Reímos. El patrón contó los incidentes del último lance de pesque-

ría; los bogas hablaron de mujeres, y el juez relató brevemente el suceso de Cayurí: cómo mataron al hombre, la noche antes, y la condena que pensaba imponer a los culpables. Ya me veía yo, atareado, tomando declaración a los testigos, abultando estos los hechos, caprichosamente, y el Juez, nervioso, diciéndome a cada instante:

—¿Tomó ese dato, ciudadano secretario?

Invariablemente, yo no contestaba a sus preguntas. Me fastidiaba con sus interrupciones. Él lo sabía, pero gustaba darse aires de hombre importante. Condenaba con una solemnidad sacerdotal:

—"En nombre de Dios Todopoderoso y de conformidad con el artículo tal, de la Ley tal, yo, Benito Mendoza, Juez de esta Parroquia, condeno al reo Juan Robles a treinta días de calabozo por haber apaleado a su mujer...".

Después visitaba al preso; le aconsejaba, terminando siempre con las mismas frases:

—Yo soy su amigo, ¿sabe?, pero la ley, aunque es un poco dura, hay que cumplirla...

Y le regalaba uno o dos tabacos. El preso quedaba agradecido y don Benito sin preocupaciones.

Anoche el teléfono oficial repicó largo tiempo en la Jefatura; cuando atendieron, una voz lejana nos dijo que en Cayurí, en un duelo a machete limpio, habían matado a un hombre y herido a varios. El comisario solo esperaba la llegada del Juez para proceder a enviar amarrados a los comprometidos en el asunto.

Ahora el sol caía a chorros sobre nosotros, y los negros parecían bruñidos muñecos de azabache, que el sudor hacía brillar a cada movimiento. Yo sentía sed, y unas ganas locas de desnudarme y lanzarme al agua. Y estábamos a media mar, a dos horas escasas del puerto, cuando...

¡Crac!..

El remo quedó roto por la mitad, inútil.

El juez tartamudeó:

—Y... ¿y ahora?

—Ahora tamos cojos –gruñó Juan Pablo–.

—Pero usted nos llevará a tierra... –tercié yo, algo inquieto–.

—Sí, de eso pierda cuidado, pero vamos a ve' la manera.

Al negro del accidente:

—¡Chacá el piazo e'remo ese!

Por sobre mi cabeza pasó el trozo largo de madera, chorreando agua.

El cayuco se inclinaba de un lado y de otro, con peligro de volcarse, mientras nosotros tratábamos de guardar el equilibrio a cada golpe de ola.

A mi espalda habló Juan Pablo:

—Lo malo es que entre poco tendremos sureste: miren allá, cómo empieza a amagar el blanquizar de los brisotes... Yo creo –y miraba al juez–, que debemos recalá a San Jorge, el puerto más cercano, y ver si hallamos quien nos preste un remo. Mientras tanto pasará este mal viento del ¡ca... chimbo!

Aceptamos lo que proponía el patrón. Y ya era tiempo; cuando enfilamos hacia la playa el viento silbaba con furia en los peñascos, y eran olas enormes en lo que se había convertido el blanquizar de los brisotes.

Caminamos descalzos sobre la arena húmeda, y, a la sombra de unos árboles de raíces abultadas, distrajimos aquel cansancio de plomo que se nos había metido en las pupilas.

Después, un caminito zigzageante nos llevó a San Jorge.

Dos callejuelas cortas, bordeadas de ranchos semiderruidos. Niños negros, barrigones, jugando en el pantano infecto, que se nos quedaron mirando en el pueblo. Hombres y mujeres sentados a las puertas de los ranchos, bajo el sol calcinante del mediodía: torpes las miradas cansadas, huesudos los rostros negros, y lento, muy lento el desgranar de las palabras. Parecían cuerpos vacíos, sin alma, esperando a la puerta del rancho algo que nunca vendría. Tuve la impresión de que no sabían reír, de que estaban muertos.

Cruzamos ideas. Había que conseguir algo de comer, y de pronto, porque teníamos un hambre atroz. Nos dispersamos a diligenciar cada uno por un lado. Yo entré a un rancho. Llamé:

—¡Epa!, ¿dónde está la gente de aquí? —mientras golpeaba las tablas de la puerta—.

—¡Ya va! —respondió una voz de mujer desde adentro.

La habitación miserable estaba separada por un tabique de fardos deshilachados; adentro crujió un catre y oí rezongar en voz baja. Hedía a orina derramada. En la pared llena de costras colgaba un santo de cartón, con cara de tuberculoso; lo sostenía una repisa de hojalata, con una vela encendida, ya para consumirse.

Me impacientaba en aquella espera, cuando apareció la mujer: alta, negra, flaca. Traía la pregunta en los labios:

—¿Qué quiere el blanco?

—Verá usted. Ibamos para Cayurí, pero un remo se nos partió; entramos a este puerto a ver si lo conseguimos; por lo pronto buscamos algo para almorzar, ¿qué me puede vender?

Hablé atropelladamente, mientras hacía sonar el dinero en el bolsillo.

La mujer miraba al sucio, ausente. Tuve que repetir la pregunta y sobresaltóse, como si despertase en mitad de un sueño profundo. Movió la cabeza:

—Nada...

—¿Y dónde conseguiré huevos, leche, plátanos..? Alguna cosa...

Me cortó las palabras con un gesto vago:

—Quién sabe...

Sentí una cólera sorda contra el juez, contra el pueblo, contra aquella mujer que estaba frente a mí mirando al suelo, y le grité con insolencia:

—Pero, ¿ustedes no comen?

Ella me miró con una sonrisa honda, triste, resignada:

—A veces comemos, blanco, pero otras, otras las pasamos en ayunas. No ve que no hay trabajo y los amos no quieren prestar plata...

La mujer hablaba quedo, como si recitara una vieja oración. Saqué un paquete de cigarrillos y la invité a fumar; alargó una mano temblona y vi las uñas largas, azulosas de sucio, pellizcar la cajetilla. Le ofrecí fuego. A la primera bocanada de humo siguió un acceso de tos.

—¿Y los amos? ¿Quiénes son los amos?

—Guá, los dueños de la hacienda, los musiús, los que viven en la casa grande —Y hacía gestos, enseñando con dirección al monte—. Yo cojo cacao, pero el trabajo terminó hace meses, y los amos no quieren prestar; dicen que la fiebre se lleva mucha gente, gente que les debe, y que no quieren seguir perdiendo: Blanco nunca quiere a negro, eso es verdá...

El sol me quemaba la espalda. Tuve que abrirmne la camisa sobre el pecho: sudaba; pero ya no sentía hambre, ni me importaba en lo más mínimo el muerto de Cayurí.

Ella me invitó:

—¡Pase!

Entré. Me ofreció un taburete y fue a acurrucarse en un rincón, con la cara sobre las rodillas, los brazos en forma de anillo sosteniendo las piernas, largas como patas de catre. Mascaba las palabras, y, a grandes rasgos me contó su vida, una vida oscura, turbia, como un charco.

—Fortuna que ahí enfrente tenemos el mar, y los hombres, cuando hay buen tiempo, pescan algo; es casi lo único que comemos; pescado; pescado asado, porque no hay aceite de coco para freírlo. Sin embargo, la hacienda tiene cacao, cañas, cocos. Nosotros trabajamos mucho para fundarla, cuando esto no era sino un peladero y yo una niña apenas. Un coco vale menos de un centavo; ahora se pierden, podridos, porque la máquina se rompió; pero nadie los puede tocar; es un delito, y al que lo haga lo mandan amarrado para la capital, o lo meten al servicio militar. Hace un año que, por eso, mandaron pa'rriba al que era mi hombre. Se lo llevó una comisión: no ha vuelto. Ellos nunca vuelven. Ya le decía yo, que blanco nunca quiere a negro... son malos, muy malos.

Y después de una pausa larga, pesada, incómoda:

—O será también que cada uno nace con su destino escrito, y negro es negro, hasta que se muera...

Fumábamos. Siento hablar a la mujer con su voz cansada, rota. La madre murió una noche, hace años. La mató una fiebre infecciosa. Ella rezó, rezó mucho, pero aunque sobraron oraciones, faltaron medicinas, y la madre murió una noche. Quedó sola, íngrima y sola. Y fue repasando hombres. Uno de ellos, el último, el que se llevó la comisión el año pasado, le dejó un hijo.

—Vive casi de milagro. Yo no tenía leche y él aprendió a comer de todo lo que yo comía. Tiene tres años, pero aún no camina... Tá como esrrengao, el pobre.

Por un boquete abierto entre las cañas de la pared se divisa un trozo de mar lejano, y el sol reverberante, sobre la tierra tapizada de abrojos; más lejos, a la izquierda, el paisaje es verde, fresco. Seguramente por ese lado debe estar la casa de la hacienda, donde viven los blancos extranjeros, los amos.

Las palabras de esta mujer se me han ido clavando en el pecho como espinas de fuego.

Yo tengo mucho de este pueblo triste. Mis pies conocen muchos caminos de esta tierra ancha. He sido estudiante y peón, agricultor y vagabundo. Sé de las noches sin techo y de los días sin pan. Desde muy niño me enfrenté a la vida, sin temerle, y he despilfarrado mi juventud a manos llenas, sin tenerme lástima. Pequeño, no tuve la alegría del juguete barato en la ingenua mentira de las navidades. La soledad, el valerme por mí mismo, me volvió precoz. Y conocí mucho, a pesar de haber vivido tan poco. No sé cómo rodé en mis andanzas hasta esta costa venezolana que no conocía, y me quedé varado, como un barco viejo, a la orilla de este mar inmenso. Soy secretario del juez de parroquia, don Benito Mendoza, un hombre petulante y cínico que gusta de mandar gentes a la cárcel con el mismo placer conque se fuma un tabaco. Hoy, bajo este sol de fuego, en este rancho pobre, las palabras de esta mujer

me han conmovido y me he identificado con ella como con un hermano que estuviera ausente.

Largo rato hace que hablo a la mujer, y me oye atenta, inmóvil en su rincón. Vierto frases llanas, simplificando las cosas. Son muchos los pobres sobre la tierra. Muchísimos. Forman la clase obrera. Los otros son los capitalistas, los burgueses, los amos. Pero nosotros somos más, formamos la columna vertebral de la humanidad. Y en nuestras manos está el hacer un mundo mejor, más justo, más humano. Y le digo que por eso, por esa obra que saldrá de nuestras manos, deben estar unidos todos los proletarios del mundo.

El tiempo se desliza rápido.

Por el boquete abierto en la pared, un arrebol, rojo como sangre derramada, me anuncia que pronto caerá la tarde. Ya debe haber cesado el sureste. Me levanto.

—Bueno... tengo que buscar mi gente—. Y salgo.

Pero, corazón adentro, se me ha sembrado una esperanza nueva: la mujer me regaló una sonrisa, y yo le he dejado vagando en los ojos una alegría de verdades recién nacidas.

Recorro el pueblo en pocos minutos. Un hombre me dice que los forasteros compañeros míos no encontraron nada de comer en el pueblo y decidieron ir a la casa de la hacienda. ¡Allí sí hay de todo!

Y me lo repite el juez, cuando nos encontramos:

—Allí sí hay de todo, ciudadano secretario: hasta radio y refrigeradora. ¡Qué banquete nos dimos! Lamento que no estuviera presente.

—Me quedé en el pueblo y... almorcé —mentí en lo último.

—¡Comió en el pueblo!... ¡Qué asco! —y lanzaba escupitajos, inflando los carrillos en forma grotesca—. Usted es un hombre de raros caprichos, ciudadano secretario; quizá, un poco neurasténico; yo le aconsejo que se tome en estos casos, para asentar los nervios, un buen vaso de ron; verá cómo se le quita, pero, eso sí, que ron sea bueno, como el de la hacienda...

Los tres negros caminan delante de nosotros. Juan Pablo lleva sobre el hombro un remo nuevo. Un perro sarnoso nos sigue a corta distancia. Es el mismo paisaje desolado, bañado ahora por el rojo atardecer: tierra seca, cubierta de abrojos achicharrados por el sol; hombres y mujeres tirados con abandono a las puertas de los ranchos, como ratas enfermas.

Uno me alarga la mano gruesa:

—Blanco, déme algo...

El juez me pregunta, al tiempo que caminamos:

—¿Usted ha leído la historia cristiana?

Le digo que sí, pero que hace tanto tiempo...

—Casi no recuerdo, ¿a qué se refiere usted?

—Al Diluvio...

—¡Ah!..

Seguimos andando. Pronto, el caminito zigzagueante que nos trajo nos llevará a la playa. Detrás de aquellas rocas oscuras, el mar golpea sin descanso; por las grietas, afiladas como cuchillos de bronce, el agua sabe dibujar flores de espuma.

—... Era ya mucha la maldad sobre la tierra, los hombres olvidaron la senda del bien y se fueron por caminos de perdición y de vicio. Adoraban falsos dioses y...

—Y vino el Diluvio... —le interrumpí—.

—Exactamente; pero ahorremos detalles... En el Arca iban los tres hijos de Noé: Sem, Cam y Jafet. El agua subió a más de quince codos sobre la cima de los montes más elevados, y el Arca flotaba segura, porque tenía la bendición de Dios, Nuestro Señor...

—¡Conozco el pasaje!

—Mucho mejor, porque ya terminaré. ¿Usted recuerda que fue Noé quien primero cultivó la uva?

—Así dicen.

—... ¿Y que un día, inocente, probó su jugo, embriagándose?

—Sí.

—¿Y que Cam, al verlo en tal estado, se burló de él, mientras sus otros hermanos, llenos de pena, cubrieron al padre, contándole después lo sucedido?..

—Pero, ¿adonde va a parar con estas citas? —Ya me sentía molesto—.

—Bueno, Dios, por boca de Noé maldijo entonces a Canaán, hijo de Cam, y a toda su descendencia...

—¡Y qué!

—...Y fueron enviados a poblar el mundo, y a Cam le tocó la parte que se llamó África, y toda su descendencia fue negra...

—¿Y después?

—El después lo estamos viendo; Bartolomé de las Casas, queriendo aliviar de trabajos a los indios, gestionó para que trajeran negros del África y el comercio de esclavos se estableció entonces.

—Hasta que un Monagas los libertó —gruñí—.

—Usted es un poco lírico, ciudadano secretario. La abolición de la esclavitud no pasó de ser un decreto bellísimo, y no, vea esto:

Y me mostraba la calle, las casas, los hombres, los niños.

—¿Pueden ser estos, hombres libres? No. No pasan de ser los mismos esclavos de siempre, hijos de Cam, ¡raza maldita por los siglos de los siglos!

Habíamos llegado a la salida del pueblo. Yo recordaba a la mujer flaca y sus frases amargas:

—"Blanco nunca quiere a negro, es la verdá...".

De pronto detuve al juez; lo agarré por el brazo y no paré frente a mí; me miraba con sus ojos hinchados, como un cerdo ahíto.

—Y usted es cristiano, ¿verdad?

—¡Hombre!, qué pregunta, ciudadano secretario...

Pero intervinieron los negros que caminaban delante, separándonos. Sentía que la sangre caliente me golpeaba en las sienes. Estuve a punto de abofetear al juez. Le busqué camorra, deseaba echarle en cara, desde hacía mucho tiempo, ¡tanta porquería!

—Las cosas no son así —me decía Juan Pablo, aparte—; todo tiene su día y su hora: —y después, confidencial— nosotros oímos lo que venía hablando y también lo que habló con los musiús. No vamos ya a Cayurí. El que mató al hombre es caporal de San Jorge. Anoche mismo lo soltaron; el juez habló por teléfono y arregló la cosa; los blancos le dieron real... Yo sé, o mejor dicho, nosotros sabemos que usted odia al juez, pero hay que esperar el día y la hora, que llegará...

Dirigiéndose al juez, que se acercaba:

—Ya le pasó. Fue el sol, que lo volvió loco.

—Sí, fue el sol; ahora me siento bien —dije—.

El juez me miró a la cara, riendo con una risilla falsa y desconfiada. Recomendóme solícito:

—Póngase el sombrero y abotónese la camisa: un mal aire puede ocasionar una pulmonía.

Pasado un momento:

—Fume...

—No; he fumado mucho hoy, gracias.

No hablamos más.

Llegábamos a la playa. Los negros comentaban algo en voz baja, mientras miraban atentos la claridad mortecina del mar. Rato hacía que el sol se había ocultado, pero en el cielo gris quedaban todavía resplandores rojizos, como grandes heridas sangrantes. Dentro de poco caerá la noche. Sin embargo, los negros no han aparejado el cayuco para nuestra marcha.

Presiento algo. He sorprendido miradas huidizas apuñalearle los hombros al juez. Juan Pablo se acerca.

—Como que vamos a tené que dormí en San Jorge. Se está poniendo un temporal feo, que nos puede agarrar allá fuera. Yo me aventuraría... pero no soy responsable si pasa algo. Al menos que nos vayamos por tierra. Es más seguro.

Yo no acertaba a explicarme aquello. El mar estaba tranquilo, el cielo limpio, teníamos un remo nuevo; pero Juan Pablo me miraba de un modo extraño. Pregunté, sin embargo:

—¿Y el cayuco?

—Lo dejaremos aquí; nadie se lo llevará.

—¿Creen ustedes que por tierra?... —empezó a decir el juez—.

—Por tierra es más seguro; dentro de tres horas estaremos en casa —afirmó Críspulo, el boga—.

Yo me encogí de hombros.

—Bueno, vámonos por tierra.

Y el juez también se decidió:

—Sí, hombre, por tierra, no hay más remedio...

La noche bañó de sombras árboles y rocas, empezaron a titilar chispas de estrellas y por el Sur, delgada, muy delgada, apareció la luna.

Juan Pablo caminaba delante, yo el segundo, a mi espalda sentía la respiración gruesa del negro Críspulo, detrás el otro boga, y el juez de último, caminando a tientas, como un sonámbulo. Fila india. En este orden nos colocó Juan Pablo. Se empeñó en que yo fuera detrás de él, y que juez hiciera cola. Escalábamos la sierra, sin hablar, con la respiración sofocada, sudorosos, apartando con las manos las ramas para abrirnos paso. Entre la noche negra, nuestros pasos sonaban estrepitosamente, silenciando grillos, aplastando alimañas, triturando hojas, y, ¡qué inmenso me parecía el cielo! Seguíamos la línea del telégrafo. Yo encendí un cigarrillo, pero enseguida sentí la voz de Juan Pablo, enérgica:

—No fume, blanco, ¡bote el cigarro!

—¿Por qué?

—¡Bote el cigarro le digo!

Había un tono de amenaza en su voz.

Obedecí. La noche se pobló de ruidos. Ahora bajábamos. Solo éramos cinco sombras en el enigma de la noche negra.

—¿No sería bueno descansar un poco?

Era el juez, suplicante. A la pregunta la ahogaba el cansancio.

Cerca de mí, invisible casi, Juan Pablo contestó silbante:

—¡No podemos!

Nadie preguntó el por qué.

Resbalábamos al bajar la pendiente. Nos sobresaltaba el ruido de los terrones desprendidos; hubo un momento en que di un paso en falso y rodé como un fardo, arañando desesperadamente la tierra dura, hasta que me detuvo una espalda ancha y húmeda.

Pensé en el juez. Miré un instante hacia atrás y vi avanzar dos bultos, escudriñé más, y un tanto distanciado lo observé, arrastrándose casi; un punto rojo le iluminó la cara, era el tabaco encendido, apretado entre los dientes.

De repente, hicimos alto. Chocamos unos contra otros. Juan Pablo se había parado, deteniéndonos.

—¡Un momento!

La orden nos dejó en suspenso por unos segundos. El negro parecía oír algo y descifraba el sonido entre los miles que tenía la noche.

—¿Qué hay? —preguntó Críspulo—.

—Algo muy malo —contestó la sombra-guía—.

—¡Culebras! ¡Oigan!.. ¿Ustedes no oyen sonar los cascabeles?

Ni un soplo de brisa entre la noche negra, y el cuerno delgado de una luna opaca en mitad del cielo, y aquel incendio de ruidos secos que rebotó en la sierra.

—¡Cascabeles!

Descendíamos pisando suave. Oyendo con todo el cuerpo.

—Hay que rezar la oración —dijo una voz—.

—¿Quién la sabe?

—Yo —punteó Juan Pablo—; pongan los dedos en cruz, así, como si fueran a jugar...

Juntamos los dedos, y la oración negra se desgranó en la sombra: medrosa, extraña, simple:

En los pies tengo una vela y en la cabeza una cruz,
cuatro voces repetían a un tiempo:
Líbranos de las culebras
San Pablo. Amén. Jesús...

Ya habíamos dejado la sierra; nuestros pies pisaban ahora tierra plana, arenosa; seguíamos un cauce seco que agrandaba las voces, encajonando los sonidos como un órgano.

Sobre pajas caminando
yo voy culebras pisando...

El murmullo crecía sobre las ramazones oscuras:

¡San Pablo nos va amparando!

Se escondió la luna. Somos cinco sombras y un solo temor deslizándose. Juan Pablo alza los dedos apretados a la altura de la frente:

En los pies tengo una vela y en la cabeza una cruz...

Fila india. Noche negra. Sudor. Y aquel cauce interminable.

San Pablo, Amén. Jesús...

—¡Ay!, mi madre...
La noche se desgarró en la angustia del grito largo. Acudimos en desorden.

—¡Al juez lo mordió una bicha!

—¡Prendan un fósforo! —ordenó alguien—.

En el hueco de mi mano la llama parpadeó, haciendo bailar las sombras.

La luz me encandiló al principio, después vi al grupo de negros inclinado sobre el juez, y a este con los ojos enormemente abiertos, sin hablar, con la mano tendida al examen de Juan Pablo, jadeante la respiración, temblorosos los labios resecos. A los pies, el tabaco estrujado, humeante.

Críspulo me explicó:

—La picá es seria: fíjese: ya tiene la mano hinché —y mirando al suelo—, él tuvo la culpa, las culebras, de noche, andan cazando animalitos del monte, cocuyos, esos bichitos... usté sabe, y él venía fumando... ¡Desde que prendió el tabaco estaba muerto!

—Sí: ya no tiene remedio —habló al fin Juan Pablo—: vea... sangre, sangre espumosa manándole de las encías. Esto terminará pronto.

Yo me aparté del grupo. No quería verle la cara al juez. No quería verlo morir. Sé que la agonía de un hombre envenenado es terrible.

Momentos después lo escuché revolcarse, llamando a alguien; oí que nombraba a una mujer; daba manotazos sobre la tierra como si luchase con un animal. Unas frases ahogadas fue lo último:

—¡Malditos... hijos de Ca...naán!

Los negros me llamaron:

—¡Blanco!

—¿Qué?.. Esto terminó, ¿verdad?

—Sí: nos lo vamos a llevá antes que se entiese; dentro de poco llegaremos al pueblo —la raya de una sonrisa brilló un instante en el rostro de Juan Pablo—: puede fumar, si quiere... Las bichas no le harán nada... ¡San Pablo nos va amparando!

Luego, un silencio pesado, frío, incómodo, y ante nosotros, como un velo, la noche negra, impenetrable, misteriosa...

Por el río de la calle

Estampas **(1953)**

Sábado

Desearía que su casa tuviese solo una ventana. Pero tiene dos: una que da a la plaza; otra que mira al Callejón de las Espuelas. Y mi ansiedad es como un péndulo entre las dos ventanas.

I

El transeúnte es espectador y personaje del drama ciudadano. Tiene para sí lugar activo en el discurrir callejero y, a menudo, su haber encaja en la comedia que pasa ante sus ojos. Puede sentirse dueño de la risa de las floristas, amo del aire que empuja las ventanas, protector del mendigo, hermano del pulpero. Puede mirar, como algo suyo, el alborozo del hijo del vecino, los desplantes del beodo del bar, la paz del barrendero, el pregón del vendedor de diarios.

A veces para variar, cambia la ruta diaria y llega al conocimiento de simples situaciones: la vieja casona demolida, la nueva venta de frutas, el rostro alegre de la tendera española, el carro negro que adquirió el doctor.

Fue así como uno de tantos limadores de aceras hízose amigo de un cachorrillo de pocos meses. Gustaba verle corretear sobre el césped, o ir a saltitos de la verja al portal. Y cuando pasaba frente a la casa donde aquel vivía, sus ojos exploraban la fronda de los crotos, escurría su mirar bajo los contornos del estanque, caía en un parpadear sobre los arabescos del uvero, en busca del lomo manchado de blanco y gris o el rabillo, como palma sedosa, saludando. Convirtióse en amigo cordial de aquél, durante muchos días. Y hubo de creerle algo suyo, tal como las palomas del parque, la ceja del alero, o la campana rota del templo parroquial.

En alguna oportunidad detuvo su andar y logró acariciarle el hociquito suave. Pero vio tras las cortinas la mirada curiosa del dueño, el cual, seguramente, pensaría que era ratero diurno, o uno de esos raros hombres que suelen hablar a los muros heridos o contar sus problemas a los árboles; y optó por halagarle, a distancia, con los ojos.

Y un día pasó el envenenador. No amaba a los niños ni a los animales. Percibió la mota blanca y gris y lanzó al jardín la carne envenenada. El perrito murió. Fue en el curso de la mañana, cuando la casa era como húmeda esponja de soledad. Agonizó a la sombra de un rosal y allí lo encontraron, al sol la panza blanca y una espiga morada en el costado.

A la hora meridiana lo encontró el transeúnte. Lo miró fijamente, como se mira a los jarrones rotos, a las flores quemadas; luego, continuó la marcha. Tras las cortinas, el dueño de la casa lo veía hacer, curiosamente. Y pensó hablarle, al día siguiente, al pasar; contarle los pormenores del suceso.

Pero el transeúnte cambió la ruta. Tal vez para olvidar aquella pequeña muerte. Quizás para buscar esas cosas simples que se pueden amar y perder en un instante.

Domingo

Ella volvía de misa. Desde lejos saludó, y su rostro se agitó de brillos. Hacía sol. Yo me descubrí y entré al templo.

II

Tiene mucho de mago silencioso, mucho de piache caribe este flacucho vendedor de pájaros. Al verle así, a la orilla de la acera, al lado de sus jaulas bulliciosas, podría uno imaginar la estampa desvaída de un brujo de leyenda, conocedor de raros sortilegios, ahogando su aburrimiento tras la huella del sol de cada día.

Ya el rostro cetrino ha logrado domar las emociones, y en los dedos largos apenas se refleja el rezagado paso de la sangre.

Ya el cabello ha tomado el gris opaco de las hojas secas, y es todo un hondo enigma su huidizo mirar.

Quizás este hombre conozca el instante de rasgarse la crisálida o el minuto cuando se cuajan los colores en el costado tibio del paují. Tal vez sepa el exacto momento de despertar el lagartijo bajo el toldo de la yerba, o la hora de llegar los pequeños arcángeles a depositar en las corolas su ración de aromas.

Quizás, por ello, el hombre se ha convertido en carcelero de la música y del iris.

Furtivamente, con el amanecer, va por las arboledas y deja sus trampas sobre las altas ramas. El sabe dónde están los árboles cantores. El sabe dónde está la sinfonía del río. El sabe que el gonzal gusta la roja carne del cundeamor. Que el azulejo es vecino del peral. Que el arrendajo explora diariamente la madurez morena de los nísperos.

Por allí habrá de encontrar más tarde al aturdido bengalí; al canario doblado como una mota de oro; a la tristeza ovillada de la torcaz; al chirulí menudo, vuelto un solo temblor. Y luego, sobre cestas de legumbres y manojos de calas, otro día bajará con ellos a la ciudad.

No pregona sus especies el vendedor de pájaros. Rumia sus pensamientos al margen callejero y concede a cada uno de los apresados la libertad de cantar a su modo y lamentar el sino de su cautiverio. El sabe que en sus jaulas se apretuja el color que no podrá captar la gracia del artista. Que en las pequeñas celdas de madera ha atrapado el compendio de todos los paisajes. Que junto a él se ha derramado un grifo musical cuyos acordes no podrían repetirse en cuerdas o metales. Que es suyo el don de ser carcelero de esos presos que llevan a Dios entre las alas.

Ahí está: silencioso como un piache caribe, grave como un rey. Indiferente ante la algarabía de los mercachifles o los reclamos de los sirvientes en los comercios cercanos.

Al hombre de rostro cetrino poco le importa la vulgaridad circundante. El tiene para sí todo un mundo de pájaros. Todo un inmenso ámbito de trinos. Todo un vivo tapiz multicolor.

Lunes

El barrio donde ella vive tiene una calle empedrada. Las huellas de mis zapatos conocen el color de cada piedra.

III

Esta allí, a la sombra del viejo templo, al margen del ajetreado ir y venir de los demás, como un sucio guiñapo que la resaca del tiempo abandonó.

Antes, cuando la resignación no había puesto mordaza a sus palabras, invocaba a su Dios y en su nombre rogaba una limosna. Hoy solo se cuida de alargar la mano que sostiene el sombrero, y deja apenas vagar en la mirada el remedo del ruego.

A la puerta del templo, el mendigo sin nombre mira pasar la vida. Por sus venas corre aún, maltrecho, el cálido, gusano de la sangre; huronea por los ramales de las manos, trepa hasta el palpitar del corazón y vuelve a caer y se dispersa en uno y mil gusanillos caminantes, hacia las aguas mansas del costado, hacia la limitación oscura de las uñas.

Cuando supo que era un derrotado, cuando se vio tembloroso de vejez, como leño podrido en el río de la calle, buscó en la mirada de los que pasaban un rasgo de piedad, y musitó al oído de los pocos, con todas las variantes de su voz, retazos de su angustia. Pero nadie quiso ayudarle. Le miraban con temor, como si en él anduviese retratada la resultante de su propia maldad. Como si él fuese el espejo de lo que cada uno de ellos podría ser. Y pasaban a su lado sin detenerse, tarados de egoísmo, celosos por conservar su puesto, su rango social; sin volver ni una vez la cara. Crueles.

Un día, abatido, sentóse en el umbral del templo. El sol le había asaeteado duramente y el polvo le dejó un sabor a raíz sobre las manos. Polvo y sol festoneaban de rojo sus pupilas. Polvo y sol pusieron alfileres de fuego a sus pies. Por eso buscó el refugio de las gradas y allí quedó dormido. Cuando despertó, ya el sol había marchado de las copas de los árboles. A su lado pasaba, presurosa, la vida de la ciudad. Ante él, el dilema: morir de hambre o vivir a medias. Torpemente empezó a rogar:

—Una limosnita, por el amor de Dios...

Alguien le arrojó una moneda. Él la tomó entre sus manos, acariciando en ella la promesa de pan. Fatigado repetía las palabras. Transcurrieron las horas. Empezaron a bajar las sombras de los árboles. Cayó otra moneda.

Esa noche pudo comer. Y el nuevo amanecer lo encontró vuelto mendigo a la puerta del templo parroquial.

Ahora es un silencioso guiñapo. La barba áspera forma sortijas plateadas sobre su pecho. Tiene cara de santo, el derrotado. Apenas, por los ramales de las manos, camina el gusanillo de la sangre y llega hasta los recodos del costado y oscila con el palpitar del corazón y se le arremansa en los ojos, en espera de que éstos terminen por cerrarse para así descansar de tanto ir y venir.

Ya no le inquieta eso de buscar sitio para dormir. Todas las noches estrena frazadas de luceros y el silencio de la ciudad mece su sueño.

Martes

Hoy no la vi

IV[8]

El parroquiano era un tipo calvo, enjuto, pequeño, sigiloso. Llegaba a eso de las siete y ocupaba la misma silla en el mismo ángulo de la mesa, situada ésta al extremo del bar. Pedía una ginebra, invariablemente. Y la copa, al paso de las horas, volvía a ser llenada una y otra vez. Se estaba mirando los dedos o tamborileando sobre la servilleta hasta que el teléfono –negra cigarra aferrada al pecho del pilar– empezaba a sonar. Entonces abandonaba el penumbroso rincón, cruzaba presuroso el salón hediondo a humo y anís, y atendía anhelante. Parecía emerger de un oscuro mar y sosegarse de toda inquietud sólo al tactear esa cosa pequeña y sorpresiva en el casco negro del auricular.

De allá regresaba apesadumbrado, aplastado por el fracaso del equívoco. Y llegaba a nuestra mesa y preguntaba si alguno de nosotros era el señor Rodríguez, el señor Pérez, o el señor Martínez. O transmitía el recado al mesero, para que éste vocease el nombre solicitado.

El parroquiano, sin embargo, esperaba, tenaz. Noche a noche le veíamos llegar y repetir la escena. Imaginamos que el hombrecillo esperaba una llamada de larga distancia, un mensaje importante del cual habría de depender su porvenir. Esto fue al comienzo. Después, cada uno hizo su novela. Era

[8]_ Incorporado a *Cuentos en tono menor* con el título "La espera".

un soplón de la policía, atisbando palabras y gestos comprometedores. Era comerciante en drogas heroicas, contrabandista de armas, tratante de blancas. O conspirador, jefe de alguna facción terrorista, cuyo comando se encontraba centrado en la mesa del rincón, en espera de un mensaje telefónico para entrar en combate.

Más tarde le tomamos cariño. Solía saludar levemente al presentarse. Y tuvimos para él toda la simpatía que se le tiene al gato del café, al perro del lotero, al canario de las barberías.

Pasó marzo, luminoso y breve. Y una noche llegó cantando por las calles la brisa niña de abril. Recuerdo que hube de someterme a una intervención quirúrgica y dejé de asistir a la tertulia por espacio de muchos días. Y otra noche –mayo y sus siete cabrillas correteaban en el cielo– regresé, entre aplausos y bromas del círculo juerguista. Mis ojos buscaron al hombrecillo enjuto, sin encontrarle. Se había marchado, seguramente, fuera de la capital. Pregunté a los otros y me dijeron que ello había sucedido después de una borrachera, días atrás, cuando ordenó que le sirvieran una botella de ginebra y se dio a tomar desesperadamente. Constituyóse esa vez en motivo de burla para toda la clientela. Terminó la botella y pidió otra, y otra. Era estribillo de su embriaguez una estrofa de amor de Omar Khayán.

Al fin cayó rendido, sobre la misma silla, junto a la misma mesa que siempre acostumbraba ocupar.

cuando la madrugada empezó a gotear horas friolentas sobre los tejados, los meseros lo sacaron fuera, y un carro policial se lo llevó.

Y fue aquella misma noche cuando el teléfono repicó insistentemente, y una voz de mujer, una y otra vez, preguntó si en el bar se encontraba un señor pequeño, calvo, posiblemente vestido de gris...

Nunca más he vuelto a ver al hombrecillo.

Miércoles

Me miraba a los ojos y reía. Después me tomó de la mano y anduvimos paseando hasta el anochecer. Más tarde, a solas, yo también reía, sin saber por qué.

V

Hace quince años era una linda mujer. Sabía reír con esa risa frutal de las chicas sin preocupaciones y anhelaba ser dueña de una casita blanca, con un jardín poblado de alzados jazmineros y una fuente en el centro, bulliciosa, donde habrían de posarse, a mediodía, las palomas plomizas de la quinta vecina.

A veces recuerda la noche cuando aquel jovenzuelo amigo suyo le dijo que la amaba. Y el otro, que sabía escribir románticas esquelas y le llevaba serenatas al filo de la madrugada. Y el otro.

Pese a que el recuerdo viene a ser como naranja exprimida ante sus ojos, ella bucea las aguas de los tiempos idos y sabe que fue feliz.

Piensa que lo último sucedió por arte de brujería. El hombre hablaba con dulces acentos y procedía con desgana, invitando a la confidencia, a la entrega silenciosa. Quince años tenía cuando el hombre se marchó, burlándola. Al año siguiente nació el hijo. Y ella huyó de su pueblo natal. Desde esa época, los días cobraron el sabor agridulce de las frutas sin madurar. Después, la ciudad y sus mentiras, los rostros de los nuevos hombres, quemantes, y la calle abierta, llamándola.

Pasaron quince años más, y como era mujer de la calle, en la calle quedó, como naranja exprimida. Sin embargo, aún cree poder agradar a los noctívagos. Presume que el tiempo se ha detenido subre su piel y que sus senos aún

lucen airosos y en sus ojos brilla aquel mirar inquieto de quince años atrás. Y ensaya gestos teatrales al paso de los hombres. Y sueña. Habla de un millonario que le ofreció matrimonio. De otro que le escribe versos y se emborracha al recordarla. Y dice tener cuarenta trajes de baile y doce abrigos de piel, y un aderezo de brillantes y un collar de esmeraldas, y un enorme rubí.

Vive en un barrio de los suburbios. A la medianoche, en compañía de un vagabundo beodo, se le ve regresar.

Siempre cuenta su historia.. Su vieja historia. Muestra una foto de su juventud, las esquelas amarillentas de algún novio que tuvo, el recorte de un diario donde se habla de un cumpleaños y se menciona su nombre.

Al fin, del interior de un cofre de madera, sus manos sacarán un escarpín azul.

—Era de mi hijo, ¿sabes?

Y, mientras lo acaricia, el hombre borracho entornará los ojos y buscará a tientas la almohada, tal como la mujer trata de asir el hilo del recuerdo, entre las brumas de quince años atrás.

Jueves

Junto al muro de su casa hay un jardín. A veces, ella y el jardinero hablan. Es viejo el jardinero. Pero su corazón es joven cuando le cuenta cosas. No le odio. Ni le amo.

VI

La mujer sube por la calle empinada. Atraviesa penosamente la cortina de lluvia, desflecándola con el aletear de sus manos.

Hoy, la lluvia sacude sus húmedos pañales para cubrir la huella de los perros, y ha dejado caer, a trechos, una que otra corteza de nube madurada, para hacer más densa la siesta vertical de los murciélagos. Y ha golpeado con furia los postigos y ha puesto un tembloroso brillar sobre la piel de los espejos, al costado verdoso de los tiestos anochecidos de sed.

Por la calle empinada, la silueta de la mujer se desdibuja al penetrar el frío cortinaje, adelgazándose a momentos, empequeñeciéndose su figura como si anduviese tras los borrosos planos de un vitral.

Al principio trató de atenuar la humedad, cubriéndose con un trozo de diario; pero hubo de dejarlo, vuelto trizas por el albo latiguear, al borde de la acera.

Por el interior de las casas la lluvia corre como un pavorreal alborozado, salvando a saltitos los pretiles. A veces se escurre bajo el polvo del portal y entra al zaguán al igual que un sigiloso lagartijo. O gargarea, rumbo a la grieta del último escalón, en busca de los oscuros recodos donde aún no se ha estrenado el terciopelo de los escorpiones.

El constante gotear ha ido quebrantando la hilada trabazón de los encajes, mimetizando los pliegues del vestido y desnudando contornos bajo la tenue

claridad. La mujer ha hecho un alto en el camino. La lluvia ha despeinado su cabello, pero ella no parece incomodarse. Tranquilamente se ha sacado los zapatos y continúa su marcha, calle arriba. Tal vez, desde una recatada romanilla, algunos ojos la estarán mirando. Quizás, en la mansión cercana, alguna solterona de apelillada virginidad sienta en su pecho nacer llama de envidia. Pero la mujer camina hacia su meta, bajo lluvia, sin importarle nada las cosas circundantes. No tenía dinero para tomar un vehículo. No podía entrar a un café y pedir una copa. No podía esperar que se cerrasen los grifos de las nubes, para ir a casa. Por eso, con los pies descalzos, conquistó la calle y se ha ido alejando, sola, bajo la lluvia.

Por la boca de las alcantarillas, el agua cae con ruido de monedas. O lleva, jubilosamente, una tira de papel ondulante, hacia los pequeños raudales del canal esquinero.

La mujer ha llegado al final de la calle. Se le ve desde lejos, coronando la altura, como una caprichosa muñequita de humo, allá, lejana, bajo la lluvia.

Después habrá de ahogarse algún escarabajo. Más tarde empezará el cabecear de las quebradas. Y, a una hora cualquiera, saldrá el sol.

Pero, mañana, la mujer que no tenía dinero, lucirá un traje limpio, el mismo que hoy llevaba, lavado buenamente por la mano de Dios.

Viernes

Ha llovido mucho esta mañana. Ella ama la lluvia. Como la sé contenta, también yo miro con amor la calle humedecida.

VII[9]

La maestra rural fue trasladada a otro pueblo. Nos comunicó la noticia momentos después de haber cantado un nuevo himno, cuando estábamos frente a ella, atentos a sus manos guiadoras del compás. Habló brevemente. Explicó que desde el lunes tendríamos otra maestra, que ella pasaría a regentar otra escuela, perdida en la mañana de un remoto caserío, y recomendó a todos que fuésemos amables con la nueva preceptora, por cuanto nosotros constituiríamos su prueba de fuego, su primer experimento de recién graduada.

Era viernes y atardecía sobre las casas.

Pero esto no sucedió ayer, ni anteayer.

Ella era nuestra maestra de primeras letras, hace veinticinco años. Sin embargo, el tiempo transcurrido no impide que recuerde claramente las cosas ocurridas aquel día, lo que hicimos en la calle. Fue allí donde noté que había olvidado mi pizarra y regresé corriendo al salón. Busqué por todas partes y, al no encontrarla, llamé a mi maestra. Salió y vi sus ojos enmohecidos de llanto. Sin decirme nada, me abrazó sollozante. Recuerdo que yo también lloré, que era viernes y que el sol muriente lamía en el patio las hojas de un rosal.

El domingo la acompañé a la estación.

---

[9]_ Titulado posteriormente “La otra señorita”.

Yo cargaba su maleta. Fue un domingo a las once de la mañana. La locomotora tenía un nombre –Gavilán– y resoplaba como un animal cansado. Al fin, un hombre de uniforme gris ordenó a los pasajeros que subieran al tren. Fue entonces cuando ella me estrechó contra su pecho y me besó en la frente. Recuerdo claramente su pañuelo blanco, aleteando a lo lejos, y aquella dulce paz que me quedó en la cara.

La otra señorita tenía pecas y fumaba.

El lunes siguiente se encargó de la escuela. El mismo día que encontré mi perdida pizarra.

Yo no la oía. Pensaba en mi otra maestra. Veía su cabello de oro viejo, sus ojos llorosos, sus labios de frambuesa.

Tal vez fue esto lo que me impulsó a escribir en mi pizarra: *Señorita, yo la quiero mucho.* Lo hice con una letra grande, redonda, y firmé al pie.

Repentinamente una pregunta flotó en la sala. Yo no la oí. No hubiera oído nada, a no ser por el codo de un compañero de pupitre que me hizo volver en mí. La señorita me miraba ahora, esperando mi respuesta. No contesté. Ella se acercó y me quitó la pizarra de las manos. Recuerdo que era lunes y que hacía mucho calor y que el sol danzaba en el patio, como un conejo rubio.

Yo mismo llevé la nota a mi casa. En ella se decía la causa de mi expulsión de la escuela rural.

Pasé muchos días apenado, vagando solitario por las riberas del río vecino. Y recuerdo, también, que me agarré a trompicones con más de un discípulo que me llamó "picaflor de alero".

Un día cualquiera me enviaron a una escuela de la ciudad.

Pero nunca llegué a referir que lo escrito había sido para mi otra maestra, la del pañuelo blanco, la del cabello de oro viejo, y labios de frambuesa. La del primer beso.

Sábado

Pasé frente a su casa. Estaba abierta una ventana: la que da al Callejón de las Espuelas.

Oí su voz, allá adentro. Ella no me vio. En las piedras de la calle el musgo tendió alfombra verdosa a mis pisadas.

VIII[10]

Su entrada a la fonducha causó un revuelo de miradas. Un efecto teatral. Los parroquianos se le quedaron mirando, con un si es no es de burla en los semblantes. El, majestuoso, se llegó hasta el mostrador y pidió un coñac.

Mientras el otro le servía, se dio a juguetear con la cadena del llavín. Sorbió el contenido de la copa con aristocrática lentitud. Con esa displicencia inveterada de los que no van a parte alguna. El traje era nuevo. Flamante. Lo apreciamos cuando pasó a nuestro lado, rumbo a los urinarios. Al regresar buscaba en los ojos de los demás algo así como una brizna de aprobación. Algo así como un saludo o una invitación. Pero nadie pronunció palabra. Y él se marchó.

Pensamos que sería padrino de bodas. O pareja de baile. O artista. Algo que justificase su regia indumentaria.

Días más tarde lo volvimos a encontrar. Esta vez en un bar de las afueras. Utilizó igual procedimiento, salvo que en esta oportunidad logró captar una sonrisa y de inmediato decidió intimar. El escogido, pasada la sorpresa del encuentro, sumergióse dentro de sí, cautelosamente. "Pero, ¿no estaba usted aquella noche en el club? ¿No? Entonces fue en otro lugar donde le conocí. ¿En el baile de la Cruz Roja? ¿Tampoco? Bueno, en algún sitio le vi. Su rostro

[10]_ Titulado en edición posterior: "Traje de etiqueta".

me es familiar. ¿Un coñac? El coñac entona. Siempre tomo coñac. ¿Otro? No: otro día pagará usted. Yo le invité, amigo mío, de ninguna manera, permítame... Ahora, un cigarrillo, ¿sí? Esta pitillera es de nácar. Regalo de mi novia. Puro nácar. Y tiene arabescos de oro. Pero, no me agrada, ¿sabe? Es sumamente grande para portarla. ¡Pero... si no ha tomado usted el coñac! ¡Mozo, por favor, otro coñac! Es temprano, amigo mío. La noche empieza. No, no señor, este también lo pagaré. ¿Hace frío, verdad? El coñac ahuyenta el frío. Bueno; siento dejarlo, pero he de marchar al centro. Un compromiso con unas amiguitas, ¿sabe? Es un placer haberle tratado, amigo mío. Bueno, adiós".

Se llamaba José Flores. Fue despedido del almacén donde trabajaba. Con el dinero de la indemnización compró el frac. Antes obsequió a sus amigos el escaso vestuario de su pertenencia: dos trajes raídos, un pantalón de lana, tres camisas. Y esa misma noche realizó su primera incursión por la barriada. Saboreó su triunfo en el primer botiquín donde entró por un paquete de cigarrillos. Feliz, miró los ojos asombrados de los clientes y la sonrisa adulante del vendedor, al despedirle.

Así, durante todas las noches. Y pudo vivir, metido en la negrura del traje de etiqueta, su novelín de sueños. Claro, que este estar y hacer condicionábase a la suma que otrora recibiera, la cual, al correr de las noches, volvíase más y más pequeña. Pero el frac deslumbraba a las gentes de los suburbios –su gente– y él gozaba a sus anchas del triunfo callejero. No se ocupó en gestionar nuevo trabajo. Regresaba a la casa de vecindad pasada la madrugada, hediondo a coñac. Dormía las horas del día y se le podía ver, cuando el crepúsculo sembraba candilejas sobre los cerros, lustrando los zapatos de charol, borrando alguna manchita de cal caída sobre la seda de las solapas, o alisando de prisa el corbatín. Luego salía al encuentro de las primeras sombras.

Lo mataron a mitad de una calle sucia, un domingo, a las tres de la mañana. El móvil del crimen, según parte policial, fue el robo. Supieron, vagamente, que se llamaba José Flores. Y, como no tenía otro traje, le enterraron vestido de etiqueta.

La niña vegetal y otros cuentos
(1956)

La niña vegetal

Su vida, su pequeña vida, dormía en un alvéolo de menta y azafrán. Y hubo una noche en que el estambre se rasgó sin ruido y él brotó a la superficie, tembloroso, como una verde pupila de reptil.

Al amanecer, estaba allí, sobre la tierra, sosteniendo a duras penas su mamila de sol.

A su lado fluía el olor ácido de la hojarasca humedecida. Cercanos, los pedruzcos azules hacían vibrar su corazón de grillo, y más allá, amarillos, morados, pardos, brotaban de un ribazo los hongos gordezuelos.

Los saltamontes y las ramas vieron cómo la brisa rastrera empezó a doblar su débil tallo, empeñada en que él afincara bajo el musgo blanco los rosados y lisos hilillos de sus pies.

Como su nacimiento había ocurrido así, prodigiosamente simple, hubo de conservar todo ese día sus pañales de menta y azafrán.

*

Una vez, un jaguar asustado estuvo a punto de tritularle. Sintió la opresión áspera de la garra y se vio aplastado, vuelto un ovillo entre sus propias hojas, manchada en sangre verde la breve vestidura. Pero no murió. Sin embargo, pa-

saron muchos soles para que recobrase su posición vertical, y le nació aquella prematura joroba, que años más tarde lucía su bifurcado follaje.

Después fue el luchar contra la voracidad de los lagartos; el achicarse ante el alud sin contén, turbio de muerte; el soportar los días de color de cal y la brisa caliente lamiéndole el costado.

Después, la verde cabellera, creciéndole...

Pero antes hubo de resistir el empuje de los vientos y las sacudidas de las tempestades.

Antes sintió el mordisco de la sed y vio amarillear sus hojas y adelgazar sus ramas afiebradas.

Antes conoció de cerca la furia del fuego, que hacía hervir en rojo crepitar la savia de los otros y convertía en dispersos y negros pedazos los troncos centenarios.

Antes, mucho antes de sentirse altanero gigante en el paisaje, su suerte osciló entre el ser desmembrado y volverse vara de pescador o ahumado sostén de techumbre, o quedar en carne de fogata y al final solo una ruta gris al paso de las lluvias.

Pero no murió.

¿Muere acaso el árbol?

La mano bondadosa del invierno puso nidos y flores en sus brazos. El viento –pastor de nubarrones– dio fuerza y crecimiento a sus raíces, y la tierra exprimió para él lo más jugoso y fresco de su entraña.

Ahora podía detener la brisa entre sus ramas fuertes, y mirar cara a cara a la montaña, y balancear su enorme copa sobre las cosas empequeñecidas que estaban a sus pies.

Su piel tenía el color del cuerno del venado, y adentro sentía palpitar, duro y amargo, el corazón.

*

Había un hombre llamado Juan Martínez. Llegó a su vera. Le gustó la sombra fresca. La soledad. Y construyó su choza. Después consiguió una mujer color de tierra y olorosa a floresta que le dio hijos.

Empezaron por el conuco. Más tarde, los hijos de los hijos del primero, cultivaron café. Los otros modernizaron la casa y agregaron el "de León" al apellido. Los que vinieron después establecieron los límites de la propiedad. Una de aquellas escrituras rezaba: "Que partiendo del samán situado junto al río, tres leguas al Sur...".

Así nacieron la hacienda y el abolengo de los Martínez de León. En sus venas se apretaba el mestizaje y se perdía el origen de la sangre que por ellas corría, tal como en la corteza de los árboles se confunden las épocas y se mezcla el tatuaje de todos los eneros.

No obstante, Don Sebastián, el abuelo, amaba los sembrados y los ríos, y, a la hora de morir, rodeado de sus hijos y de los hijos de estos, recomendóles en un temblor de voz:

—Si os veis en trance de vender la hacienda, conservad, para vuestros descendientes, esta casa y ese árbol.

Se lo llevaron con el atardecer, a la hora en que el sol, a lo lejos, volvía cenizas un clavel morado.

También el coronel Francisco Martínez de León cumplió el mandato familiar. La única salida que encontró para saldar sus deudas fue aquella de hipotecar la hacienda, y posteriormente, su venta a una compañía urbanizadora. Pero conservó la casa y un área espaciosa que centraba el árbol. Y cuando a su vez le tocó partir definitivamente, llamó a sus dos únicos hijos y les hizo igual recomendación.

—Ustedes seguirán cobrando mi pensión militar. Es poco dinero, pero con ello vivirán hasta que se abran caminos por sí solos. Eso, y la casa, es todo cuanto dejo.

¿Cuántas cigarras lloraron aquel día sobre la sien del árbol?

*

Era como una blonda catedral. Y Elba junto a su sombra compañera. Y sus manos crearon para su goce banderines y flores de papel, lecho de hojas para el sueño de sus cocuyos y escondrijos de pétalos y tallos para la boda de sus mariposas.

Muchas veces, él hubo de convertirse en toldo para su casa de muñecas. O rasgar para ella los colores más puros de sus pájaros. O vestir su verde más nuevo. O lucir en su pecho de gigante, cuando abril llegaba, grandes orquídeas blancas.

Eran tres años de encierro. Tres años de negro raso. Dos, por su padre, el coronel; uno por el hermano menor, mujeriego y borracho, que pagó con la vida una apuesta a los dados, ganada, por cierto, pero con malas artes.

Eran tres años de ventanas ciegas y un mar de soledad sin litorales.

Una noche de su vigésimo abril, díjole la tía, cortando el sonsonete del rosario:

—Elba, mijita, ¿tú no piensas casarte? Verás que estoy cada vez más achacosa y más alejada de este mundo. Que si no fuera por ti, lo único que me ata a esta casa, tiempo haría ya de mi reclusión en el ancianato de las monjitas.

—Pero, tía, ¡si aún no tengo novio!

—Ya vendrá, hija mía, ya vendrá.

Ella lo presintió al domingo siguiente, a la salida de la misa de diez. El hombre olía a savia y, al pasar a su lado, musitó:

—¡Te sienta muy bien el negro, Elba Martínez de León!

*

Y al otro domingo:

—¿Te acompaño?

La voz del hombre –miel de naranjas sobre sus manos– la perseguía ahora por la calle empedrada, junto al sol y el aire y su sonrisa.

*

Era la hora-sueño de la abeja.

Ya la noche exprimía sus oscuros racimos y la sombra goteaba, espesa, sobre el árbol.

Duendes sin pies ni manos, viscosos, aglobados, batían en la penumbra cadenas y cencerros.

Tres brujas conversaban en las ramas del árbol.

—Ahora que la niña duerme, le daremos zumo de manzanas ardiente.

—Nada le hará el zumo de vuestra manzana. ¿No le veis los ojos, verdes, vegetales?

—Rociaremos pelos de macho cabrío entre sus dos senos.

—Y echaremos hiel de víbora en su sexo, para que grite por las madrugadas...

—¡Callaos, que la niña duerme!

—Y le dejaremos por almohada un tulipán de fuego...

—¡Callaos, que despierta el árbol!

—Y en su sangre pondremos cien arañas negras, para que devoren su rosal de sueños!

—¡Callaos, que la luna viene!

Tres escobas verdes peinaron la crin del aire.

Entonces llegó la cuarta voz:

–¡Elba, por Dios, despierta!

Y la tía le ayudó a levantarse de la raíz donde se había acostado.

*

Y otro domingo. Y otra vez la voz:

—¡Qué blanca te ves, qué blanca, Elba Martínez de León!

El hombre caminaba a su lado cuando doblaron la esquina.

—Todas las tardes paso frente a tu casa, solo por verte, lejana, al pie del árbol. Todas las tardes...

Ella nada dijo. El hombre siguió a su lado, hasta cuando ella empujó la verja y entró.

Se adivinaba que en los yerbazales el verano encendía sus últimos candiles.

*

Era la hora tersa de los crótalos.

Ya la noche había inflado su velamen de sombras y oscuras carabelas anclaban en el aire.

Bajo el árbol –lebrel dormido, lirio seco– el silencio.

Sobre el árbol, tres escobas de añil y tres brujas hablando:

—Yo traje para la niña un clavel amargo.

—Yo, una uva salada, como una lágrima.

—Yo, un pañuelo de nardos para su grito.

¿Sería verde o azul la aureola del espino?

Entonces llegó la cuarta voz:

—Y he rondado tu casa, todas las noches.

El hombre olía a savia, y besaba dulcemente.

Ella era, apenas, un blando tulipán entre sus brazos.

Más allá del territorio de la hormiga, se oía crujir el sexo de los árboles.

*

La tía miraba los incensarios y pensaba que el humo era una libélula gris.

—¿Estaba bañada en sangre?

—Sí, padre.

—¿Y hablaba con alguien a quien sus ojos no pudieron ver?

—Sí, padre.

—En los casos raros que planteó mi grey, jamás presentóse dilema como este. ¿Vio sangre, en verdad?

—Sí, padre. Tengo allá guardada su enagua de seda, manchada en el centro, que, si bien miramos, habría de cubrirle partes que el pudor impide decir.

—Siete padrenuestros, siete avemarías, es la penitencia. ¡Ah!, y cortad el árbol, que ha sido el causante de todos los males que a la casa afligen.

En bandeja de plata estaban los ojos glaucos de Santa Lucía. Pero la tía pensaba que estos no eran ojos, sino mariposas dormidas, o pequeños caracoles donde nacía la luz de los vitrales.

Y esa noche –como solía hacerlo en las pasadas, desde la primera, cuando ocurrió el extraño caso– no dejó el cirio encendido al pie del árbol. Cumplida la penitencia, solo faltaba conseguir los hombres y las hachas.

Con la mañana estaban allí. Dejaron sobre el musgo los rollos de cuerdas y las pesadas herramientas y se sentaron al borde de la sombra. Uno de ellos mordisqueaba un tallo de hierba. El otro se hurgaba los dientes con la punta de su navaja.

—Yo he visto la luz, grande, azulosa..

—Es señal de entierro, y, por lo azul, es oro lo que hay.

—Y la luz caminaba.

—Es oro enterrado: ¡monedas y joyas!

—¡Bien! —el hombre arrojó lejos de sí el tallo triturado, y miró a lo alto—. ¿Empezamos? Primero hemos de cortar las ramas más gruesas, luego bajar y descubrir las raíces y aserrar el tronco...

El otro dobló la navaja y sonrió:

—Podríamos cavar antes y buscar lo que la llama anuncia.

—¿Y si la vieja pregunta?

—Le diremos que es parte de nuestro oficio.

El sol mordía la cola de las nubes altas.

A medida que el acerado picotear se hacía más hondo, la tierra mostraba una nueva franja húmeda, porosa, negra.

Las horas cabriolaban en el cristal del día.

Los hombres examinaban las concavidades abiertas y volvían al hollar sin tino y al sudar sin cuento, mientras el árbol soltaba de la tierra, una a una, sus fuertes ataduras.

—¿Nada?

—Nada.

Y otra raíz, desnuda, ante sus ojos.

Al fin se marcharon, defraudados. Llevaban sobre los hombros las herramientas, las cuerdas arrolladas. Y el atardecer.

Era la hora tibia de los búhos.

La noche había traído sus negros algodones y la brisa del sur sus ánforas de plata.

Bajo el árbol –manzana herida, ala rota–, la tierra.

Sobre el árbol, tres escobas de añil y tres brujas llorando. –A la medianoche, cuando la luna llegue, se irá el árbol. –Mañana empezará su vida horizontal, ¡su segunda vida! –A la medianoche vendrán los cuatro vientos: el que empuja veleros por las sendas del mar; el que vive en los bosques y tiene pies de musgo; el que afila en los páramos sus espuelas de frío, y el que se esconde en los caminos solos para robarle el sol a los caballos...

—... ¡y entre los cuatro lo acostarán sobre la tierra!

—¡Callaos, que la niña llega!

—Y la luna vendrá a la media noche, con su lucero y su brazal de lluvia...

—... y sus leves sandalias de albahaca.

—¡Callaos, que la niña sueña!

¿Sería gris o azul la madrugada?

Entonces llegó la cuarta voz:

—¡Elba, por Dios, despierta!

Por los altos senderos de la noche llegaban en tropel los cuatro vientos.

*

El sol durmió en las barbas del mendigo. En los caminos aleteó el invierno. Un buey de pana abandonó el molino.

El árbol no murió.

Tuvo alero frutal la golondrina, mantel de arroz el palomar en bruma y azahares de sal tuvo la ola.

El árbol no murió.

Volvió a su barraca el alfarero, y al telar la hilandera, y al tranquilo pacer tornó el ganado.

El árbol no murió.

Un día, un claro día, regresó a la casa. Nueve lunas había madurado el calendario y Elba Martínez de León —de menta y azafrán recién vestida— parió una niña.

Él entró tímidamente en la sala familiar, y ella, al mirarle su nuevo traje rosa, exclamó:

—Dios mío, ¡qué bella cuna!

Luna llena

La goleta fondeó cerca del bajo, a pocos metros de la costa. Desde lo alto del frondoso chiray, el negro Crisanto Cruz percibió el sonido de la cadena del ancla al deslizarse vertiginosamente hacia el fondo verdoso y turbio.

Calma completa en el mar. El oleaje viene a quebrarse casi sin ruido y se extiende manso, blanquecino, sobre la arena menuda de la playa. Viento noroeste sopló durante el día, incesantemente, pero ahora, bruma de media noche, apenas se mecen los cocoteros con una leve oscilación.

–Airosa la goleta —murmuró el negro Crisanto Cruz.

Ya no miraba al mar. Achicando los ojos escrutó la espesura, tratando de ver más allá de los mogotes espinosos, más allá de los manglares tranquilos. Escupió con fuerza y el mo- vimiento hizo temblar las ramas del chiray. Pendulaban los pies, grandes, cuarteados como trozos de cemento. Tras el salivazo dejó caer la contrariedad de una imprecación:

—¡Maldita luna! A buen seguro, compai váquiro no porta por aquí esta noche. Y con las ganas que le tiene mi morocha...

A lo lejos, en quién sabe qué rancho del pueblo, un gallo partió la noche con el puñal de su canto.

*

La goleta "Temeraria" salió anteayer de La Guaira, con destino a Margarita e intermedios. En el puerto de salida cogió poca carga. Las facturas acusan harina de trigo, azúcar y maíz. Pero la "Temeraria", con su capitán Jacinto Marcano, margariteño, a pesar de ser una goleta liviana que sabe correr los vientos, no llegará a Margarita como regularmente acostumbra. No es que haya habido accidente a bordo, pues la maquinaria es nueva y marcha bien; y, de la marinería, ya hasta la saciedad se sabe el dicho de que el margariteño tiene "de gente figura y voz, todo lo demás es peje". En cuanto a la carga, tres veces mayor tonelaje ha transportado a Margarita la goleta "Temeraria", y con mar picado y viento adverso y golpe tras golpe castigando la borda y las velas acostadas a veces sobre la superficie que apenas dejaban tiempo, al enderezarse, para articular un apresurado:

—Virgen del Valle, ¡sálvanos!

Que es una buena goleta, ni qué repetirlo. Esto lo sabe todo comerciante de la costa, y pueden estar seguros remitente y destinatario que la carga llegará a su destino sin dañarse, aunque, claro está, con unos pocos días de retraso.

Buen viento ha hinchado las velas desde que salieron de La Guaira, pero la "Temeraria" solo ha hecho un recorrido que otras veces ha sido cosa de unas doce horas. Es verdad que anoche el capitán mandó cambiar el rumbo y la goleta enfiló hacia afuera y un "tres-puños" hizo señales con luces rojas y fueron trasbordados cuarenta bultos de sederías. Pero luego volvieron a la ruta.

Ahora está fondeada cerca del bajo, a pocos metros de la costa, airosa en su rítmico cabeceo, blanco el velamen, en espera del rumbo que marque el bauprés.

La noche gotea luceros sobre el mar. Luna llena, color de leche, suspendida allá en lo alto. Grande. Fría. Temprano había nubes plomizas ensuciando el cielo. Ya son grandes copos de algodón.

El capitán Jacinto Marcano, masculla:

—¡Maldita luna!

Fuma su pipa a grandes bocanadas y deja vagar la vista sobre el mar tranquilo y la línea blanca y angustiosamente larga de la playa. Otras veces, hasta la había llamado a grandes voces. Pocos eran los hechos importantes de su vida de marino –no conocía otra– donde la luna no estuviese presente. Una noche como esta... Era en los tiempos de sus primeras salidas como patrón de barco. Noche de Viernes Santo, por cierto. En verdad, la culpa fue de la luna y de los ojos negros de Omaira Paz. Los Paz eran opuestos a estas relaciones. Por eso él planeó la fuga desde dos meses antes y ya en el último viaje tenía comprado todo el ajuar del desposorio. Muchas noches sin sueño costó la impaciencia de la llegada al entonces joven patrón Jacinto Marcano. Pero había luna llena y fue sorprendido cuando llevaba a la novia por el corral de la casa. El hermano de Omaira le disparó dos tiros a quemarropa. Hubo puñetazos a granel, discusiones acaloradas con el comisario, y aquel final, cuando él mandó a bordo por las cestas de champaña y el pueblo entero se volvió una sola fiesta. Después, el encontrarse tirado sobre cubierta, la cabeza como un nidal de grillos y un amargor de cobre en el paladar. Y la mano de ella, sobre su frente: "¿Qué pasó?".

—"¿No te acuerdas? Anoche nos casamos"... Entonces se acercó el segundo de a bordo y preguntó: —"¿Qué rumbo?" Él solo le miraba los grandes ojos negros. —"No al cuartel de policía, como anoche, sino a Margarita, para que vean en la isla la flor más bella de Chuao...".

Baila el humo de la pipa. Van pasando los recuerdos, mojados con luz de luna. Cerca de la goleta, un cardumen de camaiguanas zigzaguea, ondulando reflejos fantásticos al compás de las olas.

Habla la sombra que está junto al timón:

—¿Qué hacemos, capitán? La canoa no viene y son cuarenta bultos. No se les podrá ocultar a las gentes del resguardo mañana, al tocar puerto.

Vuelve a ser el que introduce sederías de contrabando por la costa, el escurridizo capitán Marcano. Sin apartar la mirada del mar ha roto el interrogante:

—Hay que enterrar los bultos en la playa.
El humo de la pipa dibuja un pulpo azul.

*

Cabecean las melenas hirsutas de los cocoteros. Simulan largas sombras de gigantes borrachos. El negro Crisanto Cruz siente sueño. Una noche perdida inútilmente velando un váquiro. Aquel frío pegajoso. La luna. Nunca le gustó la luna. Hace volver locos a los hombres. Es cómplice de maleficios. En los montes hay plantas sensibles a su hechizo. En creciente, por el camino que sube a la montaña, los hombres que saben misteriosas oraciones se pueden convertir en tigres, o en troncos de árboles que lloran. La turiara silba, presagiando males a quien la oye. El cardosanto boquea como un niño moribundo y la guanasna anida al pie negras serpientes, que azuza tras las mujeres en cinta. Y, con flores de pomarrosa y corazones tostados de zamuros, las muchachas solteras preparan bebedizos para amarrar pretendientes reacios. Y si en el pueblo se oye el graznido del chaure, es seguro el mampulorio a la noche siguiente, porque el chaure tiene contados los niños que han de morir en el paso de luna y los anuncia, signando cruces sobre los ranchos de palma. Es mala la luna llena. El negro Crisanto Cruz la teme. Esta noche le ahuyentó al váquiro. Fue ella. Él lo sabe. Si está sentado todavía sobre la rama del chiray es porque ha visto movimiento de gente, allá en la goleta. Pero el negro Crisanto Cruz siente sueño. Sueño y miedo. Figuras pálidas se desdibujan en la embarcación anclada. A un costado, bamboleante, el botecito de alijo. Una mancha alargada de sombra que a veces carece de contornos precisos y otros surge, como un pez muerto, al costado del barco. Las figuras pálidas suspenden sobre la borda bultos negros, como ataúdes. Recalan retazos de brisas que pasaron lejos, pero a los oídos del negro Crisanto Cruz no llega ni siquiera un grito, una maldición, una media palabra de los hombres atareados. Él sabe que los marinos cantan cuando hay noches

con luna. Sabe también que todo marino grita, aunque sea solamente para espantar el tedio. Pero estos...

—¡Jum! —rezonga.

Ha estado a punto de soltar la escopeta; una hoja húmeda la rozó la nuca. Pero, ¿fue una hoja de chiray? Ha sentido como la lengua babosa de un sapo. ¿Y si el chiray cerrase de repente los brazos, estrangulándolo?

Shsss...

El ruido salió de los manglares.. Aleve alfiler de hielo. Filosa espina de sal. ¿Será chillar de bruja? ¿Saliva de mandinga? El ruido corta el aire.

Shsss...

Late el corazón como un pájaro herido. Por las venas abultadas, ramificándose, erizándole la piel, camina un temblor de miedo entre gusanos de frío.

¿Y eso? Desde un mogote oscuro que bordea una parte de los manglares, dos ojos rabiosos, rojos como brasas, le están mirando. Las llamitas redondas permanecen fijas, amenazantes. Roncos caracoles, ululantes sonidos, muerden la faz de la noche.

Un latir hormigueante en todo el cuerpo. Sudor. Luna. Mar. Montes. Manglares. Un torbellino verde-azul. El ala de una nube. Largos brazos bejucosos que nacieron de pronto al chiray. Una lengua babosa lamiéndole la nuca. Fauces negras. Sapos viscosos mordiéndole la punta de los pies. ¡El chaure! ¡El chaure!

Giran las sombras llorantes. ¿Gruñen? ¿Rezan? Una voltereta. Un grito. A los dos cañones de la escopeta nacieron lenguas de fuego y voces iguales para nombrar la muerte. Humo. El estampido rebotó sordamente, subió por los arrecifes de la costa, pasó vibrante por encima de la maraña de los montes y descendió al fin, dando tumbos, y la resaca apagó los últimos sonidos dispersos. Olor a pólvora quemada, a tierra removida, a sangre. La herida, en el pecho del negro Crisanto Cruz, era como una enorme rosa de montaña. Allí la sombra larga, quieta, salpicada de coágulos; los ojos sin brillo, abiertos a la luna; la bemba morada, contraída como concha reseca de caracol. Y una mano que volvió ganchos los dedos cuando quiso asir la vida en el vacío.

En los manglares, los cangrejos azules, erizando las aguas tranquilas, shsss... shsss... Suavemente. Como algas removidas por un pez de cristal.

*

Al otro lado hay un camino que se precipita cerro abajo. Una encrucijada. Chaguaramos panzudos. Manzanillos retorcidos. Uveros plomizos. Luna.

Al otro lado, junto al camino, dos hombres velan, acucllados. Las pupilas abarcan pedazos de mar y de ensenada, riscos y troncos rugosos.

—¿Oíste?

Pausa. Denso el silencio. Está inmóvil la luna sobre una rama de uvero.

—Si fuera tiempo de carites, diría que era la mina de algún pescador.

—Puede ser también la caída de un árbol podrido.

—Quizás.

El contrabando no ha llegado a tierra. Las mulas están nerviosas, ventean. Hace un momento, un váquiro asustado estuvo a punto de dispersar el arreo. Los hombres rumian suposiciones absurdas. Las manos acarician los cuchillos largos. Uno se levanta,

—Voy hasta la playa, a ver qué pasa. La luna llena, sobre el mar, bailando.

Acá está la playa, ancha, azulosa.

Una canoa. Dentro, acuñado, el sueño de un hombre. La resaca lamiendo la proa. Una gaviota tempranera cruza, a lo lejos. Pisadas que se hunden en la arena menuda. Distantes. Lentas, Cautelosas, Se acercan. Un gemir de caracoles aplastados. Ha llegado la sombra, después la voz:

—¡Compadre! ¡Compadre! La "Temeraria" llegó... ¡Mírela! Y usté dormío...

El otro saltó como un pez, empujó la canoa y remó hacia la goleta.

Los pasos retornan sobre las huellas recientes, Al llegar a la encrucijada, el hombre dijo al compañero:

—Vamos.

Atrás quedó el silencio, trizado entre los surcos de los cascos.

*

Ha amanecido.

Un alcatraz ronda, se eleva, cae.

—¿Listos?

—¡Listos!

El bauprés señaló el rumbo.

El capitán piensa. Fuma y piensa. El botecito estaba cargado. Los otros cavaban la gran fosa para los bultos. Aquel grito agudo. La detonación. El viejo dormido y despertado no sabe por quién. El arreo que se espantó.

—Las cosas que hace la luna —dice.

Es un amanecer violeta.

El alcatraz se eleva, explora, cae como un fruto esponjoso en los brazos del mar.

Atrás quedó el Cabo Codera. La goleta "Temeraria", dos palos, dos motores y media carga (harina de trigo, azúcar y maíz), puso proa a Margarita.

Brisa fresca riela el mar.

Alguien canta, allá adentro.

Alto, sobre el planear del alcatraz, el sol.

Dolores

Pero... ¿y los otros? ¿Y Francisco, el italiano, y Moisés? ¿Les diría?

Estimó fugazmente el valor del hallazgo. El premio que la selva daba a sus cinco años de buscador de diamantes. Era como una naranja. Como una oscura naranja.

Cinco años que eran como cinco vidas superpuestas. Como si el destino se empeñase en verle morir o nacer al cabo de cada año. Y sumaban cinco. Por ello apretaba tembloroso la piedra, lustrosa ya por el roce de la piel mojada de sudor.

Ellos aceptaron su compañía sin establecer condiciones. Sin hacer preguntas. Sin insistir en aquello de "¿Cómo te llamas?", "¿De dónde vienes?", "¿Cuánto aportarás?". Pero él era amigo de las confidencias y en más de una ocasión habló de lo suyo. De la mujer. Y cuando la nombraba. Cuando decía: "Dolores", la voz tornábase vacilante y los ojos se empañaban de dulce humedad.

Relató su historia un día, al acampar en una playa del Caroní. Ella iba los viernes. Todos los viernes. Dejaba sobre el sofá los guantes y el pequeño reloj. A veces, también, la blusa y los zarcillos. Y se quedaba quietecita, en medio de la habitación, como una estatua. Entonces él se acercaba para desvestirla. Ella estaba con los ojos cerrados. Era linda así. Él terminaba de quitarle las piezas y daba una palmada. Ella simulaba despertar. En la cama se despojaba de las medias.

Muchas veces había contado esto. La forma como hubo de falsificar los cheques de la compañía textil. La requisitoria. La huida al interior y la carta que escribió a Dolores: "Tienes lo que anhelaste: tu casa con jardín y tu automóvil. Voy a Guayana. Buscaré diamantes y regresaré. Nos iremos lejos".

En el monte la recordaba. Siempre los viernes. Todos los viernes. La selva hace olvidar el nombre de los días, pero él sabía cuándo era viernes y esa noche desaparecía entre los árboles y regresaba al amanecer, ojeroso, pálido, triste. Los compañeros, Francisco, el italiano, y Moisés, sonreían al verle llegar. Sabían que era onanista, como ellos, y sonreían.

Y, ¿ahora? Ahí tenía la piedra, redonda, oscura, como una naranja podrida. El precio de cinco años duros, comiendo morrocoy salado y casabe mohoso. Ahí la piedra, redonda, como una naranja. Pero un poquito más allá de la costra estaba el brillo enceguecedor, el blanco-azul celaje; y la voz de la ciudad, llamándole.

Cuando llegaron a la ensenada, Moisés dijo: "Probemos aquí". Moisés conocía el secreto de la selva, el color de la arena que arrastra las pepitas amarillas, el manto de las aguas donde se ocultan los diamantes. En pocas horas montóse el campamento.

Pasaron las semanas. El constante zambullir los volvió brillosos, blandos de piel. Dormían cerca de la hoguera. El humo que alejaba las nubes de mosquitos también podía atraer la ronda de los tigres, o el merodear de los indios que hurtaban machetes y provisiones. Uno velaba. Los días pasaron y llegó aquel que le puso la piedra entre las manos, redonda de frío, como esas naranjas caídas en las madrugadas.

¿Les diría?

No. Mejor marcharse. Pretextar abatimiento. Hablar de la mala suerte que le había precedido por caños y raudales. De sus cinco años de selva, sin recompensa. Marchar de mañana. De Angostura a Caracas. En Caracas estaba Dolores. ¿Quién dormiría ahora con Dolores? Después, a España, a Francia. Al pasar por Italia visitaría la casa de Francisco. Francisco hablaba de su madre,

de sus hermanos, de su miseria. Los turistas llegaban a Capri y decían: "Qué hermoso es el paisaje", O suspiraban: "Quién pudiera quedarse", Pero Francisco tuvo que salir a América. Cruzar el mar. Mendigar por las calles de Caracas, hasta el día cuando oyó hablar de las colinas de oro, de los ríos que dormían en lecho de diamantes.

Él, ante la madre anciana y los hermanos, diría: "Soy amigo de Francisco y he traído dinero para ustedes". Y esa noche, al rescoldo del *focolare,* murmurarían contentos: "Hombre bueno este hombre".

Distinto al caso de Moisés. Moisés deseaba una vaquería. Cien vacas y veinte toros. Muchos toros para tan pocas vacas. Mucho real. Diez vacas sí. Diez vacas y un toro. En Upata las podía comprar. Mandaría las reses y un papelito: Es un obsequio de tu amigo. Quizás, al saberlo, mascullara su nombre con una maldición, o se quedara silencioso, pensando. Pero él estaría lejos. Después de cinco años. Cinco años sin zapatos. Cinco años comiendo loro y morrocoy. Cinco años sin ver a Dolores. ¿Cuántos viernes caben en cinco años?

Pero él estaría lejos. En Francia. Llegaba con Dolores a un café de París y ordenaba: "Mozo: ¡champán!". O pasaban frente a una casa de modas y Dolores miraba un traje y él llamaba a la empleada: "Reserve ese traje para la señora". Y haría enviar flores a su habitación todos los días. ¿Todos los días? Todos los viernes. Y ella, feliz, comentando: "Cinco años de sacrificios, por mí". Luego iría al centro del cuarto, entornaría los ojos y permanecería allí, quietecita, como una estatua. Entonces, para él, la blancura madura de sus senos y el anillo de amor de su cintura.

Estaría lejos. En París o en Nueva York. Dolores hablaba inglés. Actuaría como intérprete ante los joyeros americanos. "¿Cuánto ofrecen?". Los peritos examinarían la piedra, asombrados de su tamaño. "¿Es suya?". "Sí, mía". Y los joyeros, exclamando: "¡Qué suerte!". Y él, en la voz de Dolores: "¿Medio millón?, no, señores, sería botarla. Son cinco años, ¿saben?, cinco años de infierno. ¡Adiós!"...

El hijo nacería en tierra castellana, en una casa grande, de puertas claveteadas y pardos olivares. Nada de nodriza. Él cuidaría la dieta de Dolores. "No debes comer tantas castañas, Dolores". "La sopa de habichuelas es pesada, Dolores". Si ella tomaba miel durante el embarazo, el hijo tendría cabello rubio.

Pero... ¿y los otros? ¿Y Francisco, el italiano, y Moisés? Son cinco años de amistad, ¿no es cierto? Cinco años juntos, remontando ríos, picoteando canteras, sufriendo hambres, resistiendo soles y lluvias. Cinco años, compañero...

¿Mal amigo? ¡Nunca! Jamás podrían decirlo. Ni pensarlo. Hagamos la partición. En tres partes iguales. Y cada uno con sus macundales, por su camino, hacia la ciudad. Moisés tiene una hachuela. Pero antes, esconder la piedra. Bajo aquella raíz estaría bien. Y estas hojas encima. Y este palito seco, en cruz. Ahora, al campamento. Por el morichal existe un caminito. Allá está Moisés. ¿Qué estarán asando? Huele a venado chiquito. Ahí viene Francisco con las chamizas. No es venado. ¿Venado de ese color? Es váquiro. Sabroso que es el váquiro. Lástima que se acabó la sal. No mires a Moisés, ¿comprendes? Si lo miras descubrirá todo. La hachuela está dentro del saco. No, dentro del saco no. Está junto al guayare de Francisco. La sacaron para abrir el cuerpo del váquiro. ¿No la ves, manchada de sangre? Tómala descuidadamente, sin hablar. Ajá. No camines tan rápido. A paso lento, como si fueras a cazar loros. Así. Sigue derechito, hacia el morichal. Ya estamos llegando. La raíz y las hojas. Y el palito seco, en cruz. Debes ponerla dentro de esa grieta, ¿oíste?, sobre ese peñón. Rodéala de ramas verdes, para que no resbale. Eso es. Un golpe. Uno. Fuerte. Debes dar en el centro. ¡Fuerte!

*

Guá, ¿y cuándo llegó Moisés? ¿Vería el chispazo? El golpe hizo brotar un chispazo colorado. Saltaron juntas, piedra y chispa. Sonó así: ¡linnn!... Y se perdió. ¿Y Francisco, también? Parece un chivato con la barba sucia. Barba de ceniza. Barba de chivo viejo. Está soplando las brasas del fogón, de nuestro

focolare. Francisco, barba de humo. Humo de palma. Palma de moriche. Ujú. ¿Cuándo sería? No sentí cuando me trajeron. Pero estoy en el campamento. Francisco runrunea junto al fogón. Moisés está hablando. Dice: "Todos los viernes sucede lo mismo". Francisco deja de soplar las brasas. El humo lame su barba. Pasa el dorso de su mano sucia bajo la nariz y murmura: "Pero este viernes fue más largo que todos". Me miran. Miran mi rostro, mis piernas, mis brazos. Es la voz de Moisés: "Hace tres días vino por la hachuela y ha sido hoy cuando le hemos encontrado entre los bejucos, las manos desgarradas por las espinas y hablando de naranjas".

—El humo se ha tragado la barba de Francisco. Leña verde tiene que dar ese humo picante. Primero fue la barba de Francisco. Ahora borra los ojos de Moisés, la cara de Moisés, las manos de Moisés. Todo es gris sobre gris. Gris. ¿Tres días? Entonces hoy es lunes. ¿Lunes de cuál semana, de cuál mes?

La selva ha ennegrecido sus verdes abejorros. Allá, sobre una loma, nació el primer lucero.

Moisés comenta: "Fue su último viernes".

Pero solo Francisco le oye. El otro ha ido lejos. Marchó hacia una ribera de oscuros naranjales.

Lejos...

Los nudos

Sollozaba el aire.

Adelante revolaban los pájaros nocturnos. Rasaban el velo caluroso, como oscuros pedruzcos. A veces, el raudo volar acompañábase de tímidos graznidos.

—¿Falta mucho camino por andar?

—No sé. Pero deberíamos estar llegando a las queseras de Pancho Flores.

—¡Pija!, hace como una hora que caminamos...

—Ujú.

Apenas llevaban las cantimploras, sonantes de agua, unos cuantos cigarros y la navaja del negro Siringo. *Siringo repingo, cabeza de mingo,* como decía el capitán. *Siringo mandinga,* como le llamó, desde el día de su llegada, el cabo Cardiel.

*

Esta madrugada de la fuga. Siringo estaba de guardia de campo. Primero fue Andrés en deslizarse, pegado a las paredes, como una parda culebra. Debía llegar hasta el muro de cemento, treparlo sin ser visto y dejarse caer blandamente al otro lado, sobre las cepas de gamelote, y permanecer allí, acurrucado, en espera del compañero. El compañero era el cabo Cardiel. Este simularía malestar y saldría hacia la letrina. Ya en el interior, procedería a quitarse el

uniforme verde y lanzarlo al hoyo, junto con el cinturón de cuero y las botas de montar. Bajo el pantalón de reglamento llevaría otro de dril amarilloso, sin ribetes ni ojales a los lados. También, plegadas, las alpargatas negras.

Cuando el cabo Cardiel, así trocado, salvaba la puerta de la letrina, oyó la voz de Siringo:

—Buena la noche pa'cazá picure, ¿verdá, mi cabo?

Cardiel rezongó una respuesta. El negro insistió: —Noche bien buena pa'robá gallina, ¿verdá?

No era fácil, dada la oscuridad del patio, que el negro descubriera el cambio de indumentaria. Pero se acercaba, zorrunamente, haciendo gemir la arena bajo sus plantas. Cardiel percibía su olor penetrante. Olor a cují, a sábila.

—Déme una candelita, mi cabo...

Sonreía tras las sombras. Cardiel vislumbró la boca entreabierta y los dientes sucios al pedirle fuego. Rebuscó en los bolsillos y alargó la mano al negro. Siringo tanteó el aire, confiado, y luego solo hubo un jadeante remolino, la puerta de la letrina que se cerraba violentamente y el negro al fin cayendo, más negro que nunca, abiertos los ojos opacados de muerte.

Entonces Cardiel salió al patio y aspiró la brisa de la madrugada. Llevaba en sus manos la navaja del negro y el hilillo del último estertor.

Dos horas después, el diálogo los detuvo en el umbral del alba.

Al golpe de diana descubrirían al muerto. Y el capitán daría orden a la comisión de salir a buscarlos. Y ellos sin dar aún con las queseras de Pancho Flores. Y la oscuridad enredando el ovillo de las trochas.

Andrés monologaba: "Hoy me toca ir al pueblo. Recoger las camisas blancas del capitán y los zapatos que mandó remontar. Hoy tengo que curar la matadura de la yegua y limpiar los pesebres. La yegua extraña la silla, ¡claro!, con esa llaga viva en el lomo...".

*

Lo reclutaron el día de San Ramón. De Zaraza lo pasaron a El Sombrero, de ahí el pelotón cuyo campamento se ubicaba a mitad de sabana. Nunca pasó de soldado raso. Relevaron muchas veces el contingente. El quedó. En el último grupo llegaron el Cabo Cardiel y el negro Siringo. Cardiel era de Villa de Cura, Siringo venía de Barlovento. Decían que había matado a un hombre. O dos. Que por burlar la justicia buscó el refugio del cuartel. Y, también, que era poseedor de raras facultades. Oía un galopar lejano y podía afirmar: "Es un caballo zaino". O un relincho, en la oscuridad, y comentar: "¡Briosa que está la yegua mora!". O manipular entre leños encendidos, solo para rescatar una moneda que antes había signado con la punta de su navaja. Por eso Cardiel le llamaba *Siringo mandinga.*

*

Ya habrá sonado la diana. Luego la formación. El numerarse. Después, la novedad: —"Mi capitán: ¡mataron a Siringo"! —"Mi capitán: el cabo Cardiel y el raso Andrés Linares no están en el campamento". Y las voces ordenando a la comisión: —"Ustedes por el norte, ustedes por el sur".

Pero, si llegaban a las queseras de Pancho Flores, conseguirían caballos, y la comisión, al regresar, solo tendría una palabra fatigosa para el capitán: "Nada".

A lo lejos correteaban los potrillos del sol.

—Huele a humo —murmuró Cardiel.

El otro olfateó el aire mañanero, y dijo:

—Es olor a bosta quemada. ¡Por aquí! —y señaló el rumbo.

Pancho Flores tenía más de tres mil cabezas de ganado. Al amanecer, los ordeñadores quemaban bosta en los corrales para alejar la plaga.

*

Lo encontraron con la boca abierta, junto a la puerta abierta de la letrina. En el cuello y en los brazos le rebrillaban los grandes surcos rojos. Lo llevaron hasta el medio del patio y el sargento fue a informar al capitán.

—Mi capitán: ¡mataron a Siringo!

El capitán se estaba afeitando. Salió al patio con el rostro enjabonado, miró el cuerpo tendido y dijo:

—¡Formación!

Al decirlo, una burbuja blanca le abotonó los labios.

—¡Numerarse!

El aire endurecía la máscara jabonosa y el capitán fue a su cuarto por agua. El sargento le llevó allí la noticia.

—Mi capitán, el cabo Cardiel y el raso Andrés Linares no están en el campamento.

El capitán pensó: "Cardiel tiene permiso hoy. Ayer me dijo que iría al pueblo, vive con una india de La Madricera. Regresará a la noche, a las nueve. Linares fue a traerme la ropa. Vendrá medio borracho, a la noche, a las ocho. Pero, de todos modos...".

Le quedaban algunos pelitos rebeldes en la barbilla y los borró con dos pasadas de hoja.

—¡Sargento!

—A la orden, mi capitán.

—Que compongan al muerto.

Lo llevaron casi a rastras al interior. Quitaron de una mesa las sillas de montar y las peinillas, y allí lo pusieron. Un distinguido le hizo el "acomodo". Le ató con hilaza los pulgares. Sobre el abdomen fofo, las manos, como en paciente espera. Le ató con hilaza los dedos gordos de los pies. Los pies, terrosos, como gemelos sapos negros. Cuando hubo terminado de anudar, pidió al grupo que le miraba hacer, una moneda.

—Una peseta de a dos.

El sargento fue hasta el capitán.

—Que necesitan una peseta de a dos.

El capitán hurgó por ahí, refunfuñando.

—Ya me empieza a costar plata el muerto. Tome.

Le introdujeron en la boca una cucharilla. Le suspendieron la lengua con un palito y sobre la carne viscosa, apoyada en la hilera de dientes manchados por el tabaco, colocaron la moneda. Así lo dejaron. Entre los dientes sucios quedó el reflejo. Como una sonrisa.

*

Todo esto lo contó el resero cuando llegó, al atardecer, al hato de Pancho Flores. Amarrado el muerto, el matador no podría escapar. Quedaba atado a las manos frías; preso los rumbos entre los pies del otro; entumecidos los tendones para el llamado de las rutas; sordo el impulso de huida entre los nudos de muerte. Solo quedaba la resignación, como una negra mariposa, vagando por los ramajes de la sangre, y el hosco mirar. El mirar encarcelado entre las rejas del aire.

La comisión no había llegado aún a las queseras de Pancho Flores. Pero Pancho Flores no quería ceder las bestias, aunque era dueño de tres mil reses.

Caían las horas, con el anochecer. El raso Linares remolineaba en torno al cabo Cardiel. Caminaba, mirándolo. Pateaba los terrones y las hojas podridas, al rondar, y le miraba. Al fin habló.

—Cabo: voy hasta allá.

—¿Al campamento?

—Sí. Hoy tengo que llevarle la ropa al capitán. Y los zapatos. Por eso...

No le miraba ahora. Trazó con la suela de su alpargata una medialuna sobre la tierra negra y dejó ir sus ojos por la curva del surco.

—Te van a pelar, por desertor.

Él levantó los hombros, como diciendo: ¿Y qué?

Fue el mismo gesto que tuvo para el centinela cuando, cercano ya el toque de silencio, entró al campamento. Fingió estar borracho. Daba traspiés y maldecía. El centinela rió.

—¿Borracho otra vez? Pela segura...

Él sacudió los hombros: ¿Y qué?

Le contaron lo de Siringo y se dio a gimotear:

—El pobre negro, cará, ¿dónde lo tienen?

Al entrar tropezó con las monturas. Con pasos imprecisos, retrocedió, y dando tumbos llegó hasta la mesa. El negro parecía sonreír. Le habían rociado cal sobre las heridas. Un agrio olor a fango reptaba en los rincones. Un soldado entró en busca de unos estribos. El raso sentía aletear las moscas junto a su cara. Las mismas que chupaban con avidez los labios y la nariz húmeda de Siringo. Entró otro soldado. La noche improvisaba grotescos catafalcos.

—Dame un cigarro.

Lo tomó de un manotazo, a la par del fósforo encendido. Aspiró ruidosamente. Al salir, el otro dijo:

—Por ahí te anda buscando el capitán.

Palpó nerviosamente los pies de Siringo. A ciegas pudo asir los nudos de la hilaza. Bailó en la oscuridad la brasa del cigarro y pronto sintió el hedor a trapo quemado. Le alegró mirar el gusanillo rojo, ondulante, pasar de uno a otro dedo. Después el roce de los labios duros, el áspero contacto de la lengua amoratada y el pellizcar varias veces la moneda, hasta sacarla.

A las nueve lo llamó el capitán.

—¿Y la ropa? ¿Y los zapatos? Conque borracho, ¿no?

A las cinco de la mañana cantaban los tambores: *Cuando la perica quiere que el perico vaya a misa, se levanta muy temprano y le plancha la camisa.*

El ruido de los tambores amordazaba el grito. Estaba desnudo, en el centro del patio, con las manos atadas a la espalda. Y el látigo silbando.

Ay mi perica dame la pata para ponerte las alpargatas.

Solo días más tarde, cuando las llagas comenzaron a cicatrizar, pudo leer lo escrito sobre la piedra achatada que habían dejado fuera, más allá de la letrina. Decía: "Pedro Siringo. Murió el 4 de enero de 1928".

Era un letrero burdo, trazado con pintura azul.

En mayo, con las primeras lluvias, desapareció.

Vecindad

La señora, *harina-guiso-azúcar* me ha tropezado a la orilla de la puerta y mientras se alzaba la falda para subir a la silla más próxima ha gritado, temblando de pavor:

—¡Uyuyuyuyyy!.. ¡Un ratón!

No sé por qué me temen las mujeres. Nunca he hecho nada malo, ni a los míos ni a los otros. No soy como "York", el perro. Jamás podría morder con tal furia a una persona que no me ha hecho daño. Vivo aquí, en la rinconera del comedor, con mi hembra y mi chico. Salgo de mi cueva cuando el hambre me empuja. Lo mismo hace el resto de mi familia. Al llenar la panza, volvemos a la casa y ahí nos estamos retozando o durmiendo. Nada más. Pero sabemos que nuestra presencia suscita gritos y aspavientos femeninos, y por ello, para no incomodarnos e incomodarlas, escurrimos el bulto a toda prisa.

Al principio, cuando llegué a esta casa, mi pobre humanidad se vio en serios apuros. La sirvienta solía blandir sobre mi cuerpo su pesada escoba. Un día trajeron un fiero gato negro y le hicieron olfatear cuidadosamente todo el espacio de la rinconera. Otro día colocaron aquella horrible trampa, manchada aun de sangre de muertos familiares.

Para la época de la trampa ya tenía la compañía de mi hembra. ¡Bella, mi hembra! Lisa y brillante como los huevos de zurcir medias. Nació en la

biblioteca de la parte alta. Allí creció. En una oportunidad bajó al comedor y se encontró conmigo. Naturalmente, no volvió a subir. Trabajé una semana para agrandar la cueva y acomodarla dignamente. Después nos llegó el chico.

A ella debo mis buenos modales. Mi educación. Como había nacido entre sabios textos de lenguaje y gordas enciclopedias, adquirió un vasto conocimiento de las personas y sus estados de ánimo. Tenía su propio código para enmarcar reacciones. No era cosa fácil su método. Conjunción de olores y sabores podían darnos un exacto cuadro emocional del intruso. Ejemplo: Cuando la señora salió de la cocina, sorprendiéndome, mi experiencia la clasificó inmediatamente en la fórmula: *harina-guiso-azúcar.* Así, en este orden, el señor podía ser por las mañanas *jabón-café-colonia;* por las tardes, *sudor-coñac-cigarro* y por las noches *aceite-anís-pantuflas.* No siempre era igual la estimación. A veces, el señor vociferaba y rompía floreros y tiraba almohadas, y entonces la ecuación temperamental nos daba *arena-hiel-carbones, o lumbre-terrón-hierro.* Era en esos momentos cuando la señora, *lechuga-esponja-brisa,* lloraba amargamente detrás de la ventana.

Ellos, como nosotros, eran tres. Los dos y el chico. Por cierto que el pequeño, *plumón-almendra-tallo,* desde antes de andar sobre sus pies, fue buen amigo nuestro, en especial, del ratoncito heredero. Le traía migas y nueces. Una vez nos dimos un banquete con dos tajadas de queso parmesano que él introdujo por la puerta de la cueva.

Ahora, salvo sorpresivos encuentros, la vida es apacible. Nuestro hijo corretea a lo largo del comedor y sabe buscarse su propio alimento. Es vivaz. Los sermones de la madre le han vuelto precavido. Sabe cuidarse del engaño de los trocitos de comida que dejan sobre alambres y resortes. No husmea en botellas vacías, pues le he contado la historia de mi abuelo y su espantosa muerte. El país de mi abuelo era un granero. Pero se hastiaba de comer maíz día tras día. En todo el vecindario ratonil se conocía esta aversión. Una vez, la familia del costal de la izquierda logró hacerse de un pedazo de tocino, maravillosamente rancio, y llevaron su parte al abuelo. Comió hasta reventar.

Pero desde entonces no quiso oír nombrar la palabra maíz. Y como su obsesión era el tocino, hacía peligrosas excursiones por los altos estantes, o se iba a medianoche por las cañerías, como una anguila cualquiera. Y acaeció que una madrugada su olfato dio con una botella vacía. Una botella donde antes hubo manteca de cerdo. Forcejeó hasta introducirse y allí se deleitó lamiendo los residuos. Y allí quedó. Lo encontraron después en el basurero, azuloso de sol, embotellado como una lombriz de laboratorio.

Ha llegado el señor. La señora, con lujo de detalles, relata el desagrado habido en nuestro encontronazo. El hombre, *vinagre-ron-madera,* responde:

—Sabes que las minucias de casa me fastidian.

Ella, *mermelada-tul-hoja,* volvió la espalda y salió.

Momentos después el hombre entró en el baño. Oímos manipular las llaves de la ducha, luego un portazo y el hombre hablando a gritos:

—¡No hay agua! ¡Maldita sea!

Rápidamente se hizo de sus ropas, tomó el sombrero y caminó a la calle.

Ella, *trébol-lirio-espiga,* sollozó largamente detrás de la ventana.

Cuando el pequeño regresó de la escuela, *creyón-papa-bombones,* la madre estaba ausente. El pequeño rebuscó en la alacena y se apropió de una rodaja de pan y de unas uvas secas. Al terminar de comer juntó las sobras para nuestro hijo. Jugaron toda la tarde. Para hacerlo, el niño tiene que andar a gatas. El roce de sus piernas en el piso, el calor reinante, la falta de agua en casa, le saturan de un agradable olor a ratoncito. Mientras los chicos se divierten, nosotros vamos de paseo por bosques de cacerolas y paquetes. En la cocina nos encontramos con la rata vieja, la bruja cascarrabias que hace tiempo no veíamos. No la miramos. Olímpicamente ignoramos su presencia. Ella sigue nuestros movimientos con los ojos alfilerados de rencor. Como mi hembra encontró un higo y yo un pedazo de diario con manchitas de chocolate, optamos por regresar. Tenemos que rehuir las miradas de "York" que, repentinamente, con la lengua afuera destilando baba, anda por ahí en busca de algo. Su horrible cuerpo peludo es una masa de calor y rabia. Registra

los rincones, manotea sobre la porcelana del lavabo, muerde las esquineras del mantel. En un instante, cuando se descuida, mi hembra y yo corremos puerta afuera. "York" no nos ve salir, pero la rata vieja, atemorizada, también quiso escapar y el comedor se puebla de ladridos. Pero estamos a salvo. Nuestro chico tiembla de susto metido entre las patas de su madre. El otro se ha quedado frente a "York", indeciso. Vemos al perrazo tras el olor de rata, empujando sillas, revolviendo cortinas. El odio y el calor le afilan el blancor de los colmillos. Se acerca a la rinconera. La nariz húmeda se asoma a nuestra cueva. Entonces el chico, *mamila-musgo-grano,* toma un espantamoscas y camina hacia "York".

—"York", vamos "York", ¡sal, fuera!

"York" no le oye. Ha descubierto nuestro olor y quiere derrumbar la pared para matarnos. El chico descarga dos golpes sobre el lomo peludo y "York" voltea y le mira.

—¡"York", al patio, vamos!

Vuelve a pegar y "York", gruñe, molesto. Pega otra vez y "York" salta sobre él y le muerde sin piedad. No le destroza hasta matarlo porque en ese momento regresa la señora, alarmada. "York" huye y la señora, *compás-péndulo-gota,* lleva al niño a su lecho y le venda la herida.

Por la noche, cuando el señor llega, la señora le abraza, le besa y empieza a decir:

—Sabes que "York", esta tarde...

Pero el hombre, *erupto-lima-piedra,* le interrumpe.

—Te he dicho que no quiero saber nada de tonterías hogareñas.

—Pero es que "York"...

—¡Basta! ¿Hay agua en el baño?

—No, yo salí a...

—¡Maldita sea!

La puerta de la calle se cierra violentamente tras sus pasos.

No regresó en toda la noche. La señora, *pavesa-humo-espina,* caminaba su angustia, del comedor al cuarto, del cuarto a la sala, de la sala a la luz de la ventana. Al quinto día murió "York". Después vino otro hombre, no el señor, otro, *armario-formol-suela,* que fue hasta el lecho del chico y dijo, moviento la cabeza:

—Ya no hay tiempo. La vacuna de nada servirá.

La señora, *pañuelo-nudo-lágrima,* murmuró:

—¿No hay esperanza?

Y el hombre, *pestaña-yodo-muro,* mirando al suelo:

—Demasiado tarde, señora.

Ella le acompañó al portal. Nosotros nos deslizamos hasta el cuarto. Mi hijo susurró al mirar al amigo que tanto olía como él:

—Padre, ¿es *durazno-esperma-hielo?*

Comprendí todo cuanto quería decir y comenté:

—Podría ser, también, *sudario-nardo-sueño...*

Pero terció mi hembra y agregó:

—Yo creo que es *cerrojo-tierra-vuelo...*

Días después, mi hembra, el chico y yo, nos fuimos de la casa. Mudamos nuestro nido a una bodega. Mi hijo ya ha aprendido a roer avellanas...

Paredón

Fue al otro día de regresar del frente, ¿recuerdas, Rosalín? Yo –tamborilear de sangre en las mejillas, nudo de aire entre las manos torpes– te hablé de montar piso, al terminar la guerra, y organizar nuestro hogar, nuestra vida. ¿Recuerdas?

Venía de Toledo. Aún estaba en mí el hedor de las trincheras. Hedor a vino podrido. Hedor a orines, a hojarasca mojada, a cubil. Cobriza, mi tez. Fuertes mis pasos. Decía palabrotas sin respetar lugar. Era otro hombre. Otro que a veces hasta llegaba a preguntarse: ¿Pero, eres tú, en verdad, Antonio Ortega?

Año y medio de horror, Rosalín.

Fui herido en el asedio del Alcázar. Estuve un mes en el hospital de emergencia. La generosidad de mi coronel me llevó a teniente de milicias. ¡Gran Dios, yo de teniente, Rosalín!..

Eran duras las garras del invierno. El frío se escurría sigiloso en los portales, aullaba en los traspatios, rasguñaba insaciable la sombra de los claustros. Una astilla de dolor surgía en el propio corazón del hueso. Igual en Teruel. Igual en Oviedo. Igual en toda España. Para los civiles de Madrid, frío y temor, sombra arisca velando las pupilas. Para los niños de Madrid, agrietado dolor sobre los rostros. Esto, desde el 36.

No me alisté en aquella oportunidad. Egoísta, sordo al clamor popular, adopté una cómoda actitud apolítica. Solo pensaba en recibirme de abogado y miré pasar las cosas. Después, ¿recuerdas, Rosalín?, una tarde me mostraste el despacho donde el comando leal te nombraba enfermera en el frente de Madrid y entonces... entonces sentí vergüenza de mi traje ciudadano, de mis medias de seda, de mis camisas limpias, y busqué un fusil y me marché a Toledo.

Año y medio de horror, Rosalín. Luego, el regreso, en comisión. No avisé fecha de llegada y te sorprendí en el descansillo, cuando volvías de compras. ¿Compras? Pero ¡si habías cambiado tus pendientes de oro por dos patatas arrugadas y un puñado de arroz! Suerte que mi mochila de teniente permisado guardaba un tarro de mantequilla, y mi paga reciente permitía adquirir, en los mercados del hambre, dos arenques ahumados, unos gramos de pan, y aquel trozo de chorizo, del tamaño de mi dedo anular, ¿recuerdas?, que hube de pagar al precio de un par de medias de nylon, o, si nos remontamos al año 30, por el valor de un ternerillo, como aquél, con cara de mocoso sollozante, que una vez nos vendieran en la estanzuela de Pujol...

Aderezamos la mesa y comimos a oscuras. Aviones alemanes incursionaban en la alta bruma. Allá, por los suburbios, se alzaban angustiantes las ramas del incendio. Era, de repente, la torre de una iglesia, vuelta de pronto capuchón de humo. O las vértebras de un puente –roto abanico gris sobre las aguas. O la calle mutila, sin rumbos que ofrecer a la prisa de los pasos. Entre nosotros –tu madre, tú y yo danzaba la penumbra, medrosa, mientras iba la muerte silbando por los aires.

Gradualmente se alejó el estruendo. Los reflectores cesaron de arañar las nubes. El pulso de Madrid tornó al sosiego.

Más tarde reímos todos, cuando yo relataba anécdotas del frente.

Esa noche me hablaste de tu ascenso. Eras sargento auxiliar. Dijiste: "Mi teniente: debe usted sus reverencias a Rosal Fernández de la Huerta, sargento auxiliar del ejército del centro...". Y, al decirlo, ensayabas un gracioso mohín de ferocidad.

Fue en ese instante cuando tu madre cortó su reír, pues yo te oprimí contra mi pecho y largamente te besé los labios, ¿recuerdas?

Por la madrugada hubo otro ataque aéreo. Yo sentía el retumbar lejano de nuestra artillería y tu leve respiración, junto a mi rostro. ¿Cómo hiciste, Rosalín, para escurrirte hasta el desván, donde tu madre me buscó acomodo?

Aquella mañana, al llegar a la Calle de Los Toreros, nos despedimos. Te pasé mi anillo, herencia de mi madre. Aún siento entre mis manos el calor de tus manos. Tus manos, donde podía acunarse el sueño de una alondra. O mi esperanza. Tus lindas manos, Rosalín, tus manos...

Estabas pesarosa. No quería verte triste y dije:

—Ni abatimiento, ni temor ni pena, ¿entendido?

Tú alzaste el puño a la altura de tus lágrimas, al nivel de tu voz de tallo de ciprés:

—¡No pasarán!

—Ya volveré.

—Te espero.

Recuerdo que era domingo. La horda nacionalista cercaba ya a Madrid. A mitad de jornada, de Madrid a Toledo, me apresaron. Una semana en la cárcel de Ávila, otra en Villalón. Luego, a Burgos.

Aún siento entre mis manos el eco de tu piel. El calor de tus manos. Tus lindas manos, Rosalín, tus manos...

Después –cuando dejaron de ensuciar las nubes los cazas italianos y enmudeció el rugir de los bombarderos alemanes– comprendí que todo había concluido.

Chiquitinas, tus manos. Buenas para sembrar girasoles. Buenas para acallar sollozos, tus lindas manos, Rosalín, tus manos...

A la vuelta de tu casa había una vieja encina; frente a ella, una fonda, "El Caracol". Uno pedía un jarro de vino y el gruñón de don Pepe a la par le obsequiaba una ración de langostinos fritos, ¿recuerdas? A don Pepe lo trajeron una noche, malherido. Ayer fue fusilado. Fusilan al amanecer. Cada mañana,

una veintena o más, va al paredón. Cuando el alba se trepa a los manzanos la muerte viene a recoger sus frutos. Pero es más que la muerte el esperar. Es como daga de sangre, matando sin matar. Como grito en el aire detenido.

Ha llegado otro grupo de los nuestros. Ya no se encuentra dónde poner los pies. Mañana serán tres los turnos ante el pelotón. Y el cura confesor, en tres momentos, dirá las mismas frases:

—¡Morid en paz con Dios, hijos del Diablo!

Y el alba agitará banderas blancas sobre las verdes torres del manzano.

Cálido este anochecer. Los franceses del Quinto Regimiento se han sacado las guerreras y hurgan las costuras donde los piojos tienen su escondite. Les imita Santiago, el calabrés. Villaverde, el pedagogo andaluz, posee un juego de naipes y se complace en hacer solitarios durante horas y horas. Don Renato, en cambio, duerme recostado a un pretil. Don Renato fue alcalce municipal en un pueblo valenciano. Combatió en el Ebro. Lo hicieron capitán. Cuando no duerme se le oye el vozarrón dominando todos los ruidos circundantes:

—Pues yo le digo a usted que si hubiéramos contado con buenos aviones...

Analiza los descalabros habidos y concluye:

—En cuanto al cabrón de Deladier, ¡me cago en su mare!

Cerrado de negror este anochecer. Los vascos corean una canción. El canto regional habla de abedules y codornices y naranjos florecidos.

—Pues yo le digo a usted...

Se acercan dos guardias a fisgonear.

Don Renato habla de Chamberlain, del apaciguamiento, de la "no intervención". Los guardias sacan en vilo a don Renato. Uno se le cuela por la espalda y le sujeta los brazos; el otro hace maza con la carabina y golpea sobre el cráneo, sobre la nuca, sobre el rostro, hasta quedar rendido. El otro suelta presa y don Renato cae al suelo como un fardo. Le dan de patadas al cuerpo inerte. Luego se enjugan el sudor y marchan. A la madrugada, alguien tropieza el bulto rígido y comenta:

—El camarada alcalde se fue sin despedirse...

Martillean los segundos y todos esperamos que de pronto, desde el oscuro pozo de su muerte, don Renato repita su estribillo: "Pues yo le digo a usted...".

Un reflejo ambarino se mece en el manzano. Entran los guardias, el sargento, el oficial con su carpeta amarilla bajo el brazo.

Afuera está formado el pelotón.

El oficial abre la carpeta y lee nombres:

—¡Sebastián del Río!

Sobre los torsos, los guardias azuzan la furia de las cachiporras. Muerde el dolor las carnes.

Latiguea en histérico falsete la voz del tenientillo:

—¡Alonso Samaniego!

—¡Carlos Pérez Martínez!

Pérez Martínez, el aviador de Soria, estrecha en mudo abrazo al compañero más próximo y pasa lentamente al otro lado.

—¡Paco Villaverde!

Le empujan. Cae. Sangra. Le hacen incorporar a golpes secos. Un manotazo que rasga la guerrera hace volar los naipes y un fugaz pavorreal dobla sus oros en el tapete del amanecer.

—¡Santiago Muzzotti!

—¡Antonio Ortega!

Yo, Rosalín, al oír mi nombre, me pregunto: ¿Pero, eres tú, en verdad, Antonio Ortega?

Somos veinte. Vamos al patio de baldosas rojas. Hay un foso. Un foso para bañar caballos. O para amontonar cadáveres. Está vacío. Es como un gran ataúd de negra boca hambrienta. Cintajos sanguinolientos resbalan por los bordes.

—¡Viva la República! —grita alguien, allá adelante.

Sé que es Samaniego, el escritor de Murcia. Escribió una novela. *El Sarmiento de Sal.* Llegó hace un mes. Está en primera fila. Es el segundo de la primera fila.

El oficial empuña el sable y alza el brazo. Los fusiles sesgan hacia nosotros los hocicos negros. Cuando el oficial deje caer el brazo habrá un violento parpadear de humo.

El sable viste brillos de pez agonizante.

Yo, Rosalín...

Yo miro a las alturas del manzano, donde el alba –espumoso sayal, calzas de niebla– suelta al aire sus húmedos pañuelos...

De: Cuentos en tono menor
(1969)

El venado

Noche de tinta y almohadón de grillos para las huellas del cazador.

Noche de triturado carbón y ala de cuervo.

El río duerme, allá abajo, en lecho de hojas brillosas, como crestas de lagartos.

Eran dos cazadores. Hablaban en ese tono quedo de los velatorios.

—Había una vez un venado blanco, grande, con ojos de candela y patas chispeantes de negro esmeril...

—¿El venado encantado?

—Dicen. Aparecía en los claros del monte, repentinamente, ofreciendo el costado a la mira del rifle. Uno podía apuntar y disparar con la certeza del que va a herir; veía abrirse en un parpadear la flor del estampido, y luego, en lugar del cuerpo sangrante, solo se encontraba un tronco podrido, punteado de balazos; o una de esas plantas resinosas que al desgajarse, parece que llorasen la muerte de sus ramas...

Noche de cabellera de guaricha. Los árboles dialogan en el aletear de los pájaros insomnes y acuchillan los brumosos espacios en los roncos graznidos de los buhos.

Habrá de colmarse de blanda oscuridad la gruta de la raíz y será como una borrosa moneda el portal de la casa de la ardilla.

Sucederá así cuando los pies del cazador muerdan el territorio de la alta noche.

Cuando la lechuza enfile vuelo hacia los caseríos, a picotear el ombligo los recién nacidos.

—¿Será un venado infernal?

—Así es su semejanza. Corre sobre el viento, sin pisar, y va borrando los caminos que llevan al refugio del cazador, y siembra un temblor de alerta al ojo de los pozos, para que no roce animal alguno los abrevaderos sospechosos de muerte...

Eran dos sombras. A una se le vio ascender al veladero y quedarse allí, cabalgando sobre el brazo frío del árbol. Otra acurrucóse tras la joroba de unos matojos.

Dentro de su sombra, el de la atalaya pensaba en la ira de los váquiros. En el rebaño arisco que gusta tatuar con círculos de surcos la piel de los remansos. El cazador incauto puede derribar de un escopetazo a la primera pieza a su alcance. Sabe que la bestia sacudirá su dolor, ruidosamente, sobre las chamizas quebradas, y la verá agonizar con las fauces abiertas y la pelambre erizada de estertores. Pero, en tanto, el resto de la manada tragará a grandes sorbos el aire de la altura, hasta dar con el olor del hombre y el árbol que lo oculta, y, entonces, el váquiro mayor hará la señal mordiendo la húmeda corteza, y al instante, todos a una clavarán los colmillos, rabiosamente, y el árbol caerá y faltará carne de cazador para tanta dentellada voraz.

El otro se figuraba una hora de muerte soporosa, cuando sopla su vaho la serpiente y los sentidos parecen ir entre ráfagas de aceite y humo, y la cabeza empieza a pendulear, torpemente, y luego no hay sino una mojada garganta y un deslizarse hacia la oscuridad, como piedra en fango pegajoso, como puñal en carne de tapir.

—¡Maldición! Olvidé la cantimplora...

Apenas latía el corazón del musgo. Por algún recodo vagaba un armadillo, olisqueando los terrenos semiocultos bajo los alfileres de la hierba. La voz

había crecido pareja a la estatura del matojo, mientras el hombre miraba pasar junto a su frente la luz de los cocuyos peregrinos. Ahora, la hormiga de la sed empezó a caminarle bajo la lengua y sentía sobre los labios las secas telarañas que le pintaba el aire.

¡Noche de metal ahumado!

Ni un retazo de luna. Ni un croar. Abajo estaba el río, andando sin andar, adormilado.

*

Parecía reptar bajo los mogotes anochecidos. Iba como filtrándose entre las zarzas, barranca abajo; asentando los pies quedamente sobre la hojarasca, para no espantar el silencio.

Arriba estaba el aire molinero, triturando sus últimas espigas.

Oía cercano el runrunear del río, entre los juncos. La mariposa sin color del agua aleteaba junto a su rostro y espacia por el cauce un olor a vino derramado, a palma podrida, a níspero zocato, a miel rancia.

Primero la madrugada llegará a la copa del árbol. El otro la presentía, plumosa, tenue. Habrá de caer como un claro velo sobre los ojos y mostrar los senderos que hoy nacieron al bosque, las flores que han vestido la rama alta del árbol, la piedra que rodó por la hondonada y allí quedó sembrada, como una fruta azul.

Y el tronco podrido punteado de balazos. El pardo tronco que bien podría imitar la quietud del caimán, amodorrado bajo el sol del día por venir.

Era la segunda vez que el venado brujo entorpecía el lance. Intuyó su llegada y disparó. Oyó el alarido. Y el vuelo de las aves madrugadoras. Y el golpe seco, más tarde, de un cuerpo sobre el agua.

—¡Perrerías del diablo!...

Entonces empezó a bajar, junto a la madrugada, de los brazos del árbol.

Cuando el grifo del sol bañó el camino, solo hubo, sobre la arena, la huella de un cazador, alejándose.

Jesús, José y María

Al llegar a la cuesta, el asno apresuró la marcha. María buscó acomodo en la montura y miró hacia el hombre. El polvo y el sudor pintaban duros rasgos en el rostro de José. La barba ensortijada parecía ahora un atado de hierbas resecas, María bostezó y el ruido leve al aspirar hizo que el hombre la mirase.

—¿Cansada?

—No.

—¿Sueño, entonces?

—No. No siento sueño.

El hombre cambió de una a otra mano el rugoso bordón. El asno había terminado de subir y ya en la meseta condicionó el trotecillo el hilo del camino.

—Sí —murmuró el hombre—. Debes estar cansada. Hemos dejado atrás un pueblo y tres aldeas. También un río.

María comentó:

—Suerte tuvimos de encontrar el río. Estaba sedienta. También tú. Y este –palmoteó sobre el lomo del asno–, este no hubiera resistido mi carga, así como estaba... ¿Observaste cuánta agua bebió? Bueno, ahora es noche y el aire es fresco. Esta mañana casi me ahogo con tanto polvo y tanto sol.

—El pueblo no está lejos.

En los ojos de María hubo un parpadear de inquietud:

—¿Encontraremos posada? En el otro pueblo y en las aldeas por donde pasamos, no encontramos.

José no respondió. Registró en el interior de una bolsa de fibras y sacó un trozo de pan. Mordió un pedazo. Miró a María –blanda de luna, húmeda de frío– Ella sintió el masticar del hombre, y preguntó sin mirarle:

—¿Qué comes? Parece que comieras hojas secas, o cortezas de árboles. ¿Qué comes, José?

—Estoy comiendo pan. ¿Recuerdas, cuando salimos, al hombre que cargaba la ovejita?

—¿La ovejita con la pata quebrada?

—Sí. Ese. El mismo que me dijo: "¡Qué bonita correa, señor! ¿La cortó usted?"

—Ah...

—Comprendí que sería feliz llevándola y se la di: Al despedirnos, él me dijo: "¿Quiere una de mis ovejas?". Pero no podíamos llevar también una oveja con nosotros al lugar que vamos, y le respondí: "Mucho agradezco señor, su ofrecimiento, pero he aquí a María, mi mujer, que pronto tendrá un hijo, y piénsela cuidando a un tiempo a su niño y al asno y a la oveja". Y él, sin desmayar en su empeño por retribuirme el regalo respondió: "Entonces les daré un pedazo de queso y un pan". Queso de oveja y pan de pastor, ¿quieres?

En ese instante el asno tropezó un pedrusco y María estuvo a punto de caer. José alzó el bordón para castigar al animal, pero María –plumón de brisa, rama de rocío– había mirado y el hombre apagó su ira y solo fustigó, con palabras:

—¡Vamos, burrito, vamos!

Adelante bajo la claridad lunar, emergían las primeras casucha del pueblo.

Y por todas las calles deambuló José en busca de albergue.

En todos los sitios le negaron posada. Y sucedió que en la casa del viejo Tobías había festejos por la boda de su hija.

Cuando llegó José y suplicóle cobijo, el viejo se enterneció y ofreció a los forasteros la parte trasera de la casa. Y era aquel lugar donde amontonaban los

toneles inútiles, las sillas rotas y el pienso de las bestias. Y en el pesebre nació el niño. Y el niño se llamó Jesús.

Era ya neblina de madrugada cuando uno de los invitados salió al patio y oyó el llanto del niño. Y llevó la nueva a los que festejaban. Y todos desfilaron ante el niño. Y todos preguntaban su nombre. Y hubo una mujer que obsequió a María con un racimo de uvas y otra que trajo carne de cabra asada para José. Y cuando todos regresaron a la fiesta y María quiso dormir, llegaron tres hombres: rubio, uno; moreno, el otro, y negro el tercero.

Dijo el negro:

—Toma, para tu niño.

Dio a María un pomo de ungüentos olorosos.

Dijo el moreno:

—Toma, para tu niño.

Dio a María un pájaro de siete colores.

Entonces el blanco llamó aparte a José y le dijo:

—Tú vienes de un pueblo lejano. Yo voy hacia un pueblo lejano. Tú no posees ni una mísera de plata para dar lecho limpio a tu mujer. Yo te daré oro.

–¿Oro? —balbuceó José— ¿Me darás oro?

—Sí. Te daré oro reluciente. Oro que nunca has tocado con tus manos.

José miraba al blanco –los ojos de añil, el cabello amarillo, el pecho de gladiador–.

—¿En verdad me darás oro? —preguntó de nuevo.

—Ya lo has oído.

Jesús, el niño, lloraba junto a la lumbre del amanecer. El hombre blanco sonreía en la bruma. José preguntó, una vez más:

—Y... ¿a cambio de qué me darás tu oro?

La sonrisa del blanco llenaba toda su faz.

—He dicho que voy hacia un pueblo lejano. He caminado durante días. Mis pies ya no resisten. Yo te doy mi oro y tú me das tu asno...

En los brazos de María goteaba el llanto del niño. "Es el frío del amanecer" –pensó José–. El hombre blanco se impacientaba. José miró a María –gacela de ámbar, tamborín de miel– y dijo de repente:

—Trato hecho.

—Toma tu oro.

La pieza brillaba en sus manos como un pequeño sol. Y en una de sus caras había un ave con el cuello torcido. Y José observó: "Es un ave de presa".

El blanco montó sobre el asno y los otros le siguieron. Sobre el pesebre correteaba al alba.

Una semana después, José Calcurián y María Cumare llegaron a Cabimas. Y era Cabimas lugar donde reuníanse mercaderes de extrañas latitudes. Y uno de ellos, un sirio jorobado, trocó el dólar oro por monedas de plata. Y, en las manos de José y de María, eran las piezas como pequeñas lunas, donde un potrillo blanco corría sin descansar. Y entraron a la tienda de un mercader árabe y compraron a Jesús un venado de estambre y cuatro camisitas de seda artificial...

La noche es rosa íngrima

En el traspatio hubo un agitar de ramas cuando el viento anunció la proximidad de la lluvia. Un agitar como de alas de grandes aves asustadas por el saetazo. Y luego se deshilacliaron ondulantes las cortinas del frío. Entonces llegaron ellos –la enfermera y el muchacho de la chaqueta de cuero– en busca de refugio. La lluvia venía en gruesos goterones y ella no quería arruinar el uniforme blanco ni él que se humedeciese su chaqueta de cuero. Junto a la ventana quedaba el tingladillo y allí deberían estar –estaban– cuando el llover arreció.

Desde la tiniebla del cuarto oía las roncas flautas del agua. La noche que se desmoronaba como un toro de estaño. Y las voces en briznas:

—No: ahora no. Mañana. Mañana por la tarde.

—¿Por qué mañana? Llueve y todo está oscuro.

—Pero él puede oír. Mejor mañana, a las siete.

A las siete ella le hacía tomar la tercera gragea. Mientras hurgaba presurosa en el estante de medicinas, atisbaba los borrados tapices del traspatio, por donde habría de aparecer, silbando distraídamente, el mozalbete de la chaqueta de cuero. Y cuando cruzaba el descampado y el amigo la asía del talle y la llevaba lejos, él quedaba como suspendido, como flotando en el aceitoso sopor de la penumbra. Fugazmente veía cómo la noche entintaba los almendros; el

viento y sus lebreles, rodeando el limonero; los alzados fantasmas que el humo de la tierra degollaba junto al brocal del pozo.

Pasada una hora –o dos, o más– el aire de una mano cerraba la ventana y las manchas difusas irrumpían en el cuarto para ovillarse, o formar trincheras en la alfombra, o alargar dedos azules para así trepar hasta el cuello de la columna cercana al recodo del comedor.

Por cierto que una noche –una noche lejana de un lejano verano– de la esponja de bruma surgieron dos veleros. Afuera estaban los lienzos opacos de la lluvia y las voces quedas:

—No, ahora no. Él puede oír...

—¿Crees que lo dirá, cuando el padre venga?

—No: él no habla al padre. Ni el padre a él. Pero no quiero ahora. Mañana...

Afuera llueve y el arbolado es un muñón de frío. Al fondo están los almendros. En una de las enramadas –la del centro, la que tiene el farol con las imágenes en colores– era donde el padre solía ir por las tardes, a leer, o a charlar con amigos. A veces lo llevaba hasta ellos y decía: "He aquí al heredero". Los otros comentaban: "Es un hermoso niño. ¿Será banquero como usted?". El padre respondía: "Quiero hacerle arquitecto. Pero el dirá, cuando crezca, si esto le agrada. Que si su madre viviera no opinaría así. Siempre quiso tener un hijo artista: poeta, músico, pintor...". Seis años medía el junco de su sangre. Seis años –risa, poma, manantial–: Pero surgió el tenaz letargo que entumeció sus piernas, esa baba vidriosa que le amarró el andar y al padre ya no le invitó a la enramada, y en su lugar, para hablarle y cuidarle, llegó a casa la enfermera.

El muchacho de la chaqueta de cuero apareció después.

Ahora oye corretear el viento. El viento y sus lebreles de ceniza, rodeando el limonero, e intuye que mañana la tierra tendrá olor a fruta podrida. Mañana, cuando el aire de una mano llegue hasta la ventana y el sol salte sobre las sábanas y serpentee sobre los frascos de medicinas, avivando el color de las aguas amargas. Aún no hará suyo el nuevo olor amanecido. Pero entra la enfermera, retoca el colorete de las mejillas, limpia los cristales de los anteojos ahumados,

y le hace tomar la primera gragea, la de las siete de las mañana, y coloca en sus sitios los cuadernos de estampas y los creyones, y alista la silla de ruedas para el paseo matinal. Y luego le empuja bajo los arcos de los árboles y, al llegar al banco de piedras rugosas, cerca de la fuente donde los sauces gimen, detiene el andar. Entonces, por uno de los senderos apunta el muchacho de la chaqueta de cuero y se alejan, tomados de la mano. Él les mira marchar. Oye el blando esfumar de las palabras y el caer de las hojas. Y pasa una hora –o dos, o más– y siente que el sudor estruja en las axilas áspera harina de raíz de abrojo. Será un olor a fruta podrida, a rosa triturada. Y cuando el sol empiece a calentar terrones grises, la hierba rala que entre ellos crece tendrá un suave olor de piel de grillo.

Sabe también que ella, para regresar, prefiere las calles concurridas, donde los hombres la miran largamente. Sabe que los jóvenes, los iguales al muchacho de la chaqueta de cuero, achispan la mirada para verla pasar. Que los ademanes parecen licuarse tras sus huellas. Pero las mujeres le miran a él. Solamente a él. Le observan mientras ella empuja la silla de ruedas como si fuese un tonel vacío y la silla bambolea entre codazos de peatones y bolsos de señoras, y las señoras se detienen para ver su cara delgaducha y sus ojos –siempre fijan la atención en los ojos– aturdidos de sol, hastiados de inmovilidad. El solo ansia llegar. Ser introducido en su mudo cuarto. Esperar que el reloj marque la una y tragar la segunda gragea. Y esperar, y seguir esperando hasta cuando ella vuelva con el jabón y las toallas. Es agradable el olor del polvillo que la muchacha usa después de la ducha. A él no le molesta la forma brusca de despojarle de sus ropas. Ni protesta por los tirones de las mangas, ni cuando hala de la camiseta y le pellizca. Se deja llevar al banquillo de madera y luego al interior del baño. Ella abre la ducha. El agua comienza a picotearle los hombros y los brazos y resbala en hilillos fugaces a los largo de las piernas inútiles. Ella se ha desvestido y entra en la bañera. La mira, blanca y leve, entre el fulgor del agua. Pero el frío ramaje que le azota hace doler los párpados, y cuando ella se viste de burbujas, cuando canta y su voz juega en la espuma,

él ha cerrado los ojos. Y otra vez el esperar. Febrilmente, ella se frota con la toalla y toma el envase reluciente y lo sacude en medio de los senos y sobre las piernas de vellos erizados y sobre las caderas aún humedecidas. Y se palmotea el torso empolvado y es ese el instante cuando llega hasta él la ráfaga plumosa y el calofrío de gozo que tanto le fatiga. Y entorna los ojos y una como arenilla tibia rebasa las pestañas. Y nace el musgo del sueño.

Ahora llueve y el agua retoza en los senderos y la noche desbanda mariposas oscuras.

Y el carbón de las voces:

—¿Entonces, cuando te bañas, él te mira?

—Sí. Me mira como lo haces tú, después de besarme. Como si no contara diez, sino veinte años.

—¡Mala cosa!

—Pero, ¿qué importa que mire? Es solo un niño, un inválido. ¿Qué importa?

—No quiero que otro –ni él– te mire así ¿oíste? No quiero.

—¿Tú solamente?

—Sí: yo, solamente.

En la noche naufragan cráneos de pedernal. El vela junto al muro del armario y es ahora más sombra, más temblor, más soledad. Las ruedas de la silla obedecen duramente cuando trata de guiarla. En el traspatio, las gotas de la lluvia brincan como habas negras. El quiere guiar la silla hasta el nivel de la ventana y mirar. Pero el borde de la alfombra hace desviar el rumbo, la rueda no logra subir otra pulgada y ha quedado entre la mesa y el armario –más sombra, más temblor, más soledad–. Afuera se derraman los odres de las nubes. Ellos –la muchacha y el mozo de la chaqueta de cuero– han callado. El trastea por ahí, aferrado a la orilla de la mesa, en busca de un salero, un tarro, una cuchara, algo para tirar al piso y despertar las voces de allá afuera y sacudir este silencio de sebo derretido que le araña las sienes.

Por la mesa va la mano ciega y la mano tropieza un peda- zo de pan mojado y el pan cae sobre el piso, sin sonar, fofo como buche de manteca. Pero

vuelven los dedos a trazar círculos y las uñas ya saben dónde está el vaso de aluminio, el cepillo de dientes, los frascos –el de la emulsión, el de granulado, el de las aguas amargas. Y este, azul, de tapa dorada, de las grageas.

Afuera se oyen caer pesados frutos húmedos. La lluvia se abre en ramas desmayadas y un relámpago breve rebota en el confín. Y vuelven las voces, maduras, sosegadas:

—Ya el trueno se alejó.

—Sí. Ya está aclarando el cielo.

El mozo abre su voz de pañuelo arrugado.

—Pero no te vayas todavía. Espera un poco...

—Bueno. No mucho: un poquito.

*

La noche es rosa íngrima. El aire alza en la altura delgados estandartes. Adentro hay espigar de oscuridad. Atosigante oscuridad que oprime el rostro. Mas, este sabor salitroso de la gragea. Como bicarbonato amasado con vinagre. O pasta de cal y mostaza. Nunca las había saboreado. Ella le hacía sacar la lengua y la ponía encima y el apuraba el agua azucarada y al segundo, al tercer trago la sentía bajar. Estas punzan el paladar. Como corteza y zumo de limón y arena. Como pluma quemada y moho de cobre y resina de cují.

Oye el rumor de ella:

—Bueno: ahora sí me voy.

Y el soplo del ruego:

—Espera...

Ya el índice adivina el nombre de la cosas. Las nombra, al rozarlas: allí, el anillo de la cafetera; allí, la ceja de la servilleta; allí, el hollejo muerto de la uva.

Bien conoce estos relieves, estos breves contornos, este triángulo de cartón que guarda las pastillas para la tos. Tantea y las siente arrimadas unas a otras, como frutillas en miel, como garbanzos mentolados. Mastica lentamente y la

saliva espesa arrastra el agrio sabor anterior. Pero los labios están resecos y la mano rebusca hasta asir el cuello de la botella del vino quinado. Bebe el vino viejo. Amargo, denso vino que resbala por la garganta, como hongo espinoso, como fleco enyesado.

Afuera, el mozo ha dicho: ¡"Adiós!".

—¡Adiós! —repite ella. Y se le oye marchar.

Debe ir bajo los álamos para llegar hasta la verja. Cuando abra la verja, sonará la campanilla. De la verja al vestíbulo caminará a saltitos, pues todo está enfangado y en el manto de lodo hay sapos de betún. O puede acontecer que el duende emerja de las charcas y hale de sus cabellos. Quizás grite su asombro. Pero llaves de frío habrán cerrado párpados y puertas y nadie acudirá al encuentro del grito.

*

Durante el día, el duende volvíase moscardón –verde moscardón zumbante– y de noche celaje de gemido, halo de mueca, reflejo acuoso de pavor y llanto. Cuando era día, el moscardón ocultaba su verde en el verdor del césped. Pero al toque de oración, a la última campanada, se escurría por las rendijas y desmadejaba aquel gruñir de zogado jabalí, aquel arrastrado lamento que rasguñaba el viento de las lámparas. La sombra era garra que golpeba postigos. Látigo de voz en las cortinas. Eco de pezuñas presurosas. Cuencas escarlatas. Piar de polluelos. Revuelo de zamuros. O túmulo llorante que le nacía a la columna cercana al recodo del comedor.

Esto lo contó ella en los días primeros de llegar a la casa, cuando la soledad huyó del cuarto cual bichejo asustado. Antes de aparecer el hombre y su silbido.

El aire viene y trae el latir de la campanilla. El aire va y tras él corre el badajín de cera. Regresa el aire y trae prisa de pasos. Y cuando el aire escapa, ya el talonear se acerca a la antepuerta. Pero hay nudos de sangre ciñendo las arterias.

Gajo de hiel, venablo de vinagre, arista de retama, garfio quemante que ahueca los tendones y agrieta los labios y da a los dedos lividez de fleco enyesado.

Fue entonces cuando salió la luna y el resplandor descubrió el humo de la tierra. El humo enhebró en espirales. Las espirales formaron velámenes. Y en la bahía lunar zarparon dos veleros.

De: Cuentos en tono menor
(1978)

Dulzor

Parecía que la vida se le hubiera escondido en los ojos, ranurando los párpados en un trazo azogado.

Eran sus ojos, chispa de espina ardida, lo único en vocear el eco de la sangre. Lo demás quedaba en transparencia. Los huesos como nudos, agarrotando la tensa piel. El cráneo igual a una calabaza ensebada. El tórax en remedo de costal raleado.

Algún testamentario de guitarra presta y frasco brindador, punteará antecedentes en las pulperías:

Juan Encarnación Tigrera tuvo una vez seis mujeres y a todas las fecundó.

Juan Encarnación Tigrera
tuvo un potrillo alazano una vega y un camión.

El mirar vaga en rojas punzaduras y se hace brasa blanda. Y quizás quede el intento de monólogo ("eso fue antes de Trina Pía") mientras chupas las palabras en un siseo de fuelle podrido.

En Trina Pía no pudo pintar hijo.
Trina Pía brinca-zanjones.
Trina Pía diente-pelado.
Trina Pía pelo-amarillo.

El reverso de Flora, la india que tenía en la vega. La sexta en orden de iniciación.

Llegó a pensar que Flora había sido un engendro de las aguas. Las aguas la trajeron a la vega una tarde tormentosa de invierno. La riada embestía contra lo que se opusiera a su paso, bramando a cada golpe de relámpago. El lomo oscuro bamboleaba animales ahogados, lacre de techumbres, arbustos descuajados. Flora emergió entre palmas flotantes, goteando brillos. Cuando afirmó tierra, caminó hacia la casa y sin decir palabra se acurrucó cerca del fogón. Él le brindó una manta y le trajo café, pero no logró sacarle una frase completa sobre lo que pudo haberle ocurrido, la causa de que las aguas la llevaran hasta allí. Girando días empezó a descubrir el ámbito casero, inventándose oficios. Como una sombra, sin hablar, iba de un lado para otro, aspando trapos, restregando frisos. Y se adueñó de la cocina y tomó posesión del último cuarto del corredor donde Juan Encarnación buscaría calor en otra tarde de tronante cielo.

En Flora pintó un varón. Y fue la número seis. Pero a los meses apuñó apetencias y las otras cinco quedaron solamente para saludar cuando el camión pasaba.

Eso fue antes de Trina Pía. Antes de avecindarse aquel prodigio rubio ("soy la nueva maestra federal") en el poblado vallero. Antes de establecer vínculos con la indagación pueril: "Usted es mi mayor proveedor de alumnos. Si sigue en su siembra de hijos habrá que fundar otro plantel. ¿Cuándo les da unas vacaciones a sus amigas?".

Otros detalles quedarán para el cantador orillero.

Juan Encarnación Tigrera tuvo una vez seis comadres y a todas las respetó.

Juan Encarnación Tigrera tuvo un pianito de mano, un violín y un saxofón

Trina Pía conquistó a las comadres y las encampanó. Trina Pía remonta-calles.

Trina Pía toca-ventanas.

Trina Pía manda-recados.

—Compadre, que dice la maestra que le lleve aliños.

—Compadre, que dice la maestra que le lleve azúcar.

—Compadre, que dice la maestra que le lleve arroz. Él, sin hacerse rogar, para allá y para acá con los encargos.

Y ella evidenciando necesidad de compañía. Hablando de su miedo a los fantasmas. Del temor a las sombras. De los ruidos nocturnos y el desvelo. Matizado como en otro lenguaje, con eses y suspensos y suspiros.

Fue en una de aquellas salidas apresuradas cuando Flora le advirtió:

—Sigue en eso, sigue, que te voy a amarrar...

Regresó a la medianoche. Quiso montarla y ella lo rechazó:

—¡Hiedes a mujer de la calle! ¡No me toques!

Y él, pisa-pasito, rumbo a la hamaca.

Con la pausa escolar, Trina Pía programó una verbena. Y las comadres se turnaron en el zaguán.

—Compadre, que dice la maestra que el domingo hay fiesta.

—Compadre, que dice la maestra que le preste el piano.

—Compadre, que dice la maestra que si no va a ir...

El viernes fue de friega y brocha para vestir al camión de verde y rojo, y letrear en el parachoques "tigre lindo". El sábado tocó cepillo y sol al casimir azul. El domingo, tempranero, cargó los instrumentos. Amagaba el adiós, rehuyendo la mirada, cuando sintió las palabras, como picotazos:

—Tigrito, tigrito, que te voy a amarrar...

Volvió con el clarear, borracho y perfumado. Tanteó la cabecera, bostezando. Pero su lado de cama lo ocupaba el niño.

Al esquivar de las noches contrastaba la solicitud diaria, el atender a su menor capricho. El cojín nuevo para la mecedora. El agua tibia de la bañera. El chocolate de la media tarde. Y la sorpresa constante de los guisos.

En el trajinar de un almuerzo le hizo probar una bebida empalagosa, olorosa a raudal y a flor de sierra. El paladeó, adivinador: "¿Tiene albahaca, tiene ajonjolí y está anisada".

Ella negó, sonriente, arrugando la nariz. Y él en su empeño: "Tiene jengibre, tiene nuez moscada, y su toque de quina". Y ella negando y él aventurando. Al fin rindió armas.

—¿Qué es?

—Un tónico.

Pero tenía que cubrir a medias su curiosidad y agregó: "Lleva miel y lechuga y otras yerbas...".

La tarde adensó velos.

Estaba en la cocina, en los previos de la cena, y lo oyó entrar. Y no le dio tiempo de volverse, ni a protestar la brusquedad del envión que la tiró en el piso, ni lo violento de su desnudez, ni cuando la poseyó, casi llorando.

Algún serenatero, si actuaba ante mujeres, adelagazaría el ovillo:

Juan Encarnación Tigrera tuvo una vez seis potrancas
y a todas las ensilló
Juan Encarnación Tigrera tuvo un gallito roquero, un turpial y un ruiseñor.

Ahora atendía a desgana el llamado de la calle. Se entretenía en la pajarera ideando trapecios, separando casales. O se acodaba a la vera de los canarios, pulsando valses, hasta que alguna nota era imitada o presumida, y entonces era el aleluyar instando: ¡Flora! ¡Flora!, para que atestiguase la novedad.

Alba y noche, enroscándose. Mayo orugando en las empalizadas. Y el polvo inflando oleajes. Y Trina Pía desdibujándose en el denso ondular.

El rigor cenital obligaba a abrir puertas y postigos para entrampar la brisa. Flora la vio pedalear pausadamente y recostar la bicicleta en el portal.

—Ahí te buscan —balbuceó, con voz extraña a ella, asustadiza.

—¿Quién?

—La jipucha esa.

El titubeó. Dejó caer las riendas que entretejía, se frotó las manos en la pechera y tomó por el pasadizo del corral.

—Dile que no estoy —ordenó secamente.

—Yo no le hablo. No quiero.

—¡Que no estoy, carajo! —y batió la puerta.

El sol mariposeaba en los almácigos. En los copitos del araguaney, mayo encintando oros.

Trina Pía malva-quemada.

Trina Pía corazón-solo.

Trina Pía pena-amarilla.

La bicicleta sorteó remolinos cenicientos y viró velozmente en la primera esquina.

—Parecía un marimacho, de pantalones y con un sombrero —comentó Flora.

—¿Un marimacho? ¡Cuás, cuás, cuás! —festejó él, como en un eco.

Hubo bizcochos para el chocolate. Y, como gala del mantel bordado, la sopera grande de los aniversarios.

Y el niño volvió a su cuna y él a su lado de cama.

El aislamiento, o el maliciar, atrajo a la tigrería. Un domingo, después de misa, se presentaron los hermanos, Juan Presentación, el cazador, el de los treinta perros venaderos, y Juan Anunciación, el contrabandista, el de los siete cuchillos en el cinturón, y los otros Juanes, los hijos, de caras idénticas, como burilados por un mismo semen a dual calor de matriz.

Sin aludir la indolencia, ni comentar dejadez, plantearon dar batida a la cosecha y se pautó la cesión, ya establecidas las obligaciones.

—Tú negocias los frutos —dijo a su segundo—. Llévate el alazán.

—Tú haces las entregas —le dijo al menor—. Llévate el camión.

—Y ustedes —a los unos y todos— bajarán la carga y harán la limpia para la otra siembra.

Los despidió bajo la ceja del alero y regresó a la mecedora, sin hacer memoria de su deserción.

Algún trovero, ya mediando gallos, hará el recuento:

Juan Encarnación Tigrera tuvo una vez seis alcobas y a todas las frecuentó.

Juan Encarnación Tigrera, tuvo un barquito de loza, un timón y un caracol.

A topecitos le embargaba aquella lasitud que le baldaba toda acción de brega. A topecitos el renunciamiento a lo que le ofrecía el mundo exterior; el quedarse entre sábanas y dejar que el sol acentuara blancores en las verdes colinas: el estar en el cuarto rehaciendo figuras en las vetas del armario, en el encolado de los listones, o en las torceduras del encortinado, el mirarse los pies en busca de un lunar o un juanete que nunca abotonó.

—Hoy no salgo —decía. El sur presagia lluvia. Aprovecharé para hacer las cuentas.

Pero ni llovía ni la diestra hacía un guarismo. Hurgaba en los cajones y volvía a la sala con un candado mohoso y lo aceitaba. O encontraba un libro apelillado y le pulía las tapas o le cortaba un forro. Candado y libro quedarían por ahí en tanto él iba en andas del sopor deleitoso que lo posaba en la mecedora.

Abandonó las botas de faena y el chancletear lo ubicaba en el espacio techado, en su fuero de sombra. De la vitrina al surtidor, donde lavaba los adornos –el barquito malayo, el molino holandés, el timón de fantasía. Del surtidor a la pequeña tapia de los helechos, con el caracol todavía mojado. De la tapia a la cocina, a mirar a Flora, y luego a su nido de mimbre.

Bogaba en su manso mar, una mañana, cuado llegó una de las comadres, como siempre, a pedir una papas o un poco de maíz. Hecha la provisión la mujer agradeció, tartamudeando. Y la mitad del zaguán se santiguó.

Había empezado a secarse por las piernas y las rodillas se afilaban, como horquetas blancuzcas. Después asomaron las costillas. El pelo fue cayendo, tal como un sarro, a cada espumarada de jabón. Y un como buche de sangre se le escondió en los ojos.

El bastón le ayudó en el ahorro de palabras. Daba dos golpes fuertes en el enmosaicado: Flo-ra, y ella venía. Dos espaciados y dos breves: –Da-me-ca-fé. Cuatro seguidos: ¿Dón-de-an-das?

Un mediodía llamó: ¡Toc-toc! y mandó abrir las jaulas.

A vuelo torpe y con norte incierto, los plumaflores mancharon los tejados. Y fue así como el arrendajo aleteó en el altar de la capilla, cegando cirios. Y el turpial signó una equis en el salón de la escuela. Y los canarios, valseando libertades, ennublaron los apamates de la calle central.

Y el rumor sacudió sus mil cabezas y acicateó a las mujeres que se plantaron frente a la casa.

Eran seis: cinco morenas y una de pelo amarillo. Cinco donde había pintado y una donde no pintó. La rubia hablaba a gritos y las otras coreaban.

—¡Que se vaya del pueblo!

—¡Que se vaya!

—¡Que muera la bruja!

—¡Que muera!

Una piedra rebotó en la ventana. La punta de una vara desportilló el farol y los cristales lagrimearon en el dintel.

El bastón trasmitió en golpes enérgicos: ¡Cie-rra-la-puer-ta!

Cinco de las mujeres retrocedieron al verla avanzar. La otra, la de la vara en ristre, le lanzó un salivazo y, sin cerciorarse de haber dado en el blanco, corrió tras las que iban acortando aceras.

Afuera, la polvareda fingía sonar de lluvia, o engolaba ladridos o acompasaba un redoblar lejano.

Compartieron el chocolate leyéndose los labios. El carraspeó, para halar la voz, fatigosamente.

—Esas volverán. Quién sabe qué pasará...

Ella sopló el interrogante:

—¿Me vas a botar?

Enlazaron las preguntas, en leve acoso.

—¿Dónde vive tu gente?

—¿Mi gente? Entre montes y monte, por allá arriba.

Nunca habló de parientes. Ni él le preguntó. Surgió, a retazos, la visión del rancherío en el codo fluvial. Las frecuentes crecidas. Aquella cuando aboyó aferrada a la tronconera que la arrojaría sobre el pedregal; cuando caminó y caminó buscando una angostura mientras el río se hacía más torrentoso; y cuando llegó a la casa, tiritando de frío, y se acurrucó cerca del fogón.

—Esta noche te vas. Se van –corrigió– y apartó el platillo, cortando apelación.

Pero quedaba algo por decir. Ambos lo sabían y lo dijeron. Ella levantando las tazas y la jarra, alineando las sillas. Él como embelesado con las uñas, o haciendo como si atornillase la empuñadura del bastón. Ella en claros metales, él en débil murmullo.

—Y te quedas solo. Así como estás...

—Tú me amarraste los ánimos.

—De madrugada siento cómo te ahogas, cómo ardes...

—Tú me dañaste la sangre.

—No duermes. Tomando y tomando agua, escurriendo las ollas y la cafetera, comiéndote las frutas de los pájaros...

—Tú mataste mi voluntad.

—...y hasta la cogiste por beberte el jarabe del niño.

—¿El tónico?

—Sí. El que preparé cuando le comenzaron a salir los dientes.

Se atenuó la rojez de los ojos. Se disipó el morado que le surcaba el ceño. La faz entizó rasgos de buitre de cartón.

—Ya oscureció —susurró, como en excusa por irse a la sala.

En el esguince de la despedida, el besarle los labios era como besar cuero asoleado o costra de árbol.

El violín le cantaba a un río extranjero, un río azul, mientras ella baquiaba en las veredas, hasta encontrar el suyo, el familiar, sonando ranas.

Algún parrandero segregado dirá por los barrancos:

Juan Encarnación Tigrera tuvo una vez seis almohadas y a todas las ablandó.

Juan Encarnación Tigrera tuvo un baulito de cedro, y un atril y un velador.

Granaron días opacos. La hojarasca serpeó en el corredor. Las comadres menudearon en sus incursiones sigilosas. Alguna se enredaba en quehaceres domésticos, o se arrimaba a platicar. La más pedigüeña le habló de la maestra. La había visto orar, fustigando el aire con haces de ramas. La espió ante el candelero, desdibujada por el humo azufroso, obstinada en la cantinela:

—*Que su mano no toque, que su boca no hable a ninguna mujer.*

—*Que venga a mí su mano, que venga a mí su boca.*

—*Que venga a mí queriendo*

—*Que venga a mí rogando.*

—*Que venga, que venga, que venga...*

Zumbaban las palabras como ventisca en escollo de sal.

Se iban al aparecer los gatos de la noche con sus tripas de luz. En la repisa del atril le dejaban unos huevos cocidos o un pan con manteca.

También los hermanos rondaban como gatos, pero sin encandilar, uno tras el otro, por los portillos. Juan Presentación, el cazador, y Juan Anunciación, el contrabandista, cargaron en una sola entrada con el velador de las escrituras y las cuentas por cobrar, y el baulito de las prendas y las estatuillas africanas.

La tarde antes del epílogo la pedigüeña prometió volver a ras de aura para hacer un barrido de punta a punta.

Pero se le adelantaron las hormigas, ondeando pétalos, tamborileando cáscaras. Ascendieron a la mecedora por la ram- pla del chanclo hasta los escarpados de la pierna, ya predios de melaza, y avanzaron por la flora inguinal, buscando el farallón de las costillas, despegando cerosos bulbos axilares, relevando grupos para atalayar la nuca y rodear la nuez y trepar al mentón y llegar al empalagoso oasis de la lengua.

Era una pieza dócil de tuétanos de almíbar. Un cuartel sin defensa, con garitas de azúcar. Una torre de hojaldre.

La comadre danzaba con la escoba, parloteando.

Vino a saber que el ánima del hombre había escapado cuando el piquete escalador coronó el lagrimal.

Piedras pintadas

Desde el recodo se dominan, en todos sus detalles, las dos bocas del túnel. Acá, el discurrir de las aguas obligó a curvar el embaulado y ha quedado esta especie de torrecilla desde la que se puede vigilar a gusto el ojo del puente, allá, donde el pantano minimiza cascadas y emboza podredumbres, y el ancho sesgo que desnuda el cauce, hacia el tramo soleado que corta el edificio residencial.

A mitad del recodo está la saliente pétrea, angulada, hendida en un costado por las crestas que sirven de escalones, y los orificios, quizás previstos para el remate del encabillado, donde se articula el espigón de cedro, movible a capricho, que viene a ser el último peldaño para la entrada a esta madriguera, buhardilla o garita, que de todas estas formas la han denominado sus habitantes circunstanciales.

En su oportunidad, lo de madriguera se ajustó cabalmente. Fue cuando la persecución de Jobo Kiro; cuando los presillados lo acorralaron en la calleja barriobajera, y él salvó tenderetes, cajas de lustrabotas, trompas de motos, serpenteó astutamente por la acera empinada, se escurrió como una cucaracha por el boquete de una tapia y enfiló a grandes zancadas por el túnel.

Pero los presillados husmearon la estrategia y tomaron posición en las arcadas y luego avanzaron en pos de presa, fustigados por los silbatos. Jobo Kiro oyó el taconear de sus perseguidores, cerrando espacio, y ratoneó por la hendidura,

aferrándose al torso dentado, hasta lograr estribo e impulsar el cuerpo hacia el primer pretil y monear nuevamente, entre desgarrones de piel, sobre la otra joroba, y dar un coletazo de lagarto al llegar a la abertura que deja el tope de la columna, bajo el estriado cascarón del puente.

Abajo, casi engarfiaron los revólveres. El sargento Piña enfrentó al cabo Pérez, y acusó, indignado:

—¡Se te fue el pájaro, cabo Pérez!

—¡Se te voló a ti, sargento Piña!

Se observaron brevemente, confusos. Luego, uno habló al otro, pero, en verdad, para que los demás oyesen:

—Lo teníamos ensotadito. Siete contra uno, y no cumplimos.

—Otro día será —sentenciaron a dúo.

Los acompañantes del sargento Piña, dos indios cazurros, y los que seguían al cabo Pérez, un torvo trío de zambos, caminaron tras sus jefes, aborregados.

Ya en la calle, el sargento Piña ordenó a los suyos:

—Váyanse al comando, hasta segunda orden.

El cabo Pérez inquirió:

—¿Y nosotros?

—Ellos, también al comando. Usted y yo tenemos que hablar.

Y hablaron en la pensión, en la mesa del fondo que señaló el sargento.

—Creo que el hombre es brujo, cabo Pérez.

—Brujo y con resabios, mi sargento.

Entre bocado y bocado el sargento Piña contó el caso del cuatrero aquel, que cuando estaba rodeado y sin aparente esperanza de escapatoria, se esfumaba en las narices mismas de la tropa.

—Se transformaba en perro o en zamuro, en zorro o en paloma. Pero, en una de esas ocasiones, uno de los soldados tiró a una garza roja, y atinó, y la garza cayó bajo unos ceibos, y cuando el soldadito fue a buscarla, para quitarle las plumas de la cola, que usaba para adornar la cartuchera, en su lugar se encontró al cuatrero, pasado de banda a banda por el plomazo.

El cabo Pérez habló de aquella vez, mañana de lunes, cuando súbitamente apareció, junto al fogón de su casa, una vieja desgreñada, con un diente amarillento que le pisaba la encía y una voz taladrante que hacia escalofriar, y alargó una cuchara de palo y pidió una brasa; pero la madre conocía de estas apariciones de los lunes; sabía que dar una brasa, esa mañana, traería ruina al hogar, y como poseía la contra para ahuyentar el daño, entrecruzó los dedos y dijo a la vieja: "La leña aún no ha dado brasas. Pero venga mañana por sal".

—Y al solo oír esto la horrible vieja se convirtió en lechuza y se fue volando, volando y dando chillidos.

—Las brujas no quieren sal.

—Ni los brujos quieren cruz.

Sorbieron los cafés y pagaron "mitad tú, mitad yo", pero no se levantaron de la mesa. El cabo Pérez hacía bolitas con las migas dispersas sobre el plástico de la mesa. El sargento Piña, embobado, miraba el remolinear de moscas bajo el ventilador.

El cabo Pérez dijo en un bostezo:

—Se hace una cruz en la punta de la bala, con una limita...

—O se hace la cruz con pavesa de vela de promesa —enmendó el sargento Piña.

—Y ya no puede volar.

—Ni nadar ni correr.

—Otro día será —dualizaron, y salieron.

Acá, bajo la comba húmeda del túnel, el agua trenza brillos. Allá, donde el sol restalla, se hacen blandas las plantas sumergidas y el torrente embetuna las ramas engrifadas

Abajo, por el sendero de campánulas, apunta el chico rubio. Arriba, Jobo Kiro lo mira huronear y calcula: "Deben ser las cinco de la tarde. El regresa siempre a esta hora".

Conoce las andanzas del muchacho; sabe de su vagar por estos lados, y se dice: "Dentro de poco él se irá a su casa y al ensombrecer podré bajar".

El rubio buscó acomodo en una peña y otra vez, que ya sería la cuarta o la quinta, abrió la mochila y revisó complacido el botín. En el fondo anidaban las piedras jaspeadas, como huevos de extrañas aves insulares; la hoja de navaja, cuyo mango sólo lucía un retazo de nácar; la cadena ennegrecida y su fleco de dogal; el ovillo y el anzuelo; y la moneda de cobre, encajada entre la espuela ulcerada de óxido y aquel tapón de vidrio en forma de copete de paují.

Al hacer inventario de lo hallado, el pensamiento reanudó los puntos de la ruta vespertina y los encuentros con las cosas que apanzaban la mochila. De todo aquello, lo que hoy más le agradaba, era la moneda.

Estaba sepultada en el fango del río, en uno de esos lomos verdeantes que moldean las crecidas, cambiantes de contornos y por ello rebeldes a la inmovilidad que enraízan las breñas invasoras del verano. Cuando el obstáculo le punzó los talones, hizo cuenco con las manos para atrapar lo que le había molestado, pensando quizás en una de esas lajas adelgazadas a cuerpo de medalla que los ríos suelen burilar y pulir pacientemente y un día cualquiera arrojan en la primera en senada. Trabó los dedos para tamizar el lodo y las hojas podridas, y la moneda asomó con un fulgor de ojo de batracio. Palma al sol vio una leyenda indescifrable que le anillaba un lado, y por el otro, muy claro, el perfil de una mujer, de una linda mujer, tocada con un gorro que se ladeaba sobre la oreja oculta. Por ahí cerca, encontró los restos de una hoguera y se aprovisionó de buena ceniza, la de fino polvo, y retornó a la orilla y frotó tenazmente hasta ver cómo el disco se nimbaba con una amarillez de girasol mojado.

Cuando alumbró el plañir de las cigarras y cada ramazón izó bulbos de silbos, se terció la mochila y emprendió el regreso.

Fue cuando Jobo Kiro lo llamó:

—¡Catire, pssst, catire!

El remiró en rededor, sorprendido. Jobo Kiro insistió:

—Estoy aquí, arriba. Necesito un favor.

Había cambiado de idea al verse los zapatos entierrados, el pantalón rasgado de la rodilla al talón, la camisa con lamparones de barro rojizo.

—Acércate y óyeme.

El rubio midió sus pasos, cauteloso. Ahora veía el medio cuerpo del hombre, asomando como una rata peluda, y la sonrisa adulona bajo los bigotes chorreados.

—Abre el morral para que atajes esto —ordenó.

A él le pareció divertida esta situación. Parsimoniosamente ensanchó la mochila y la alzó a la altura del mentón.

—Anda, pues, zúmbalo.

El saco pendulante engulló un atado. Arriba campaneó la voz:

Vas a "La Rosa", la cafetería de la plaza...

—Sí, ya sé, la de los españoles.

—...*y* buscas a Juanjo, el gallego.

—¿El mesonero calvo?

Exacto. Y le entregas eso. Le dices que se lo manda Jobo Kiro. Que venga esta noche a la madriguera. Que me traiga ropa y comida, ¿oíste?

Más tarde daría el recado como si fuese un gramófono: "Que te manda esto; que vayas esta noche; que le lleves ropa".

—Que tenga paciencia —rezongó Juanjo.

Y desató el pañuelo y examinó el contenido: tres relojes, dos pulseras, un encendedor, cuatro sortijas, una cadenita con su cruz.

—Bien. Ve allá y dile que tenga paciencia.

—Él dijo que fueras tú —recordó el chico.

El otro se hizo el desentendido. Oprimió el encendedor hasta hacerlo chispear, apiló los relojes, alineó las pulseras, y volvió al tema:

—Aún no ha oscurecido. Irás hasta la madriguera con la comida. La pones en la parte más alta del muro, para evitar que los perros se aprovechen, y te regresas en volandas, sin dar explicaciones.

Confundió en una malla de sisal una pera y un pan, un trozo de pernil y unos cambures, y agregó una esquelita. Cuando doblaba la hoja, el rubio deletreó "paciencia" en el último párrafo.

Acá, el río agita aletas de trapos espejeantes. Allá, afuera, todo es un zambullir de ranas y estrellas.

Devoró la provisión a fuertes dentelladas, como con rabia, y trató de dormir. La noche juntó agujas sobre el doce.

—Juanjo no me dejará en la estacada —gruñó—. Tempranito iré a verle.

No hubo ración solar para su frente.

Lo mataron dos balas rayadas en cruz, en el dintel del alba.

El *aymemuero* se quedó en gemido cuando las manos se atenazaron a las bridas del aire, poco antes de cabalgar su sangre por el río.

Jobo Kiro le decían sus iguales del hampa. Él se llamaba simplemente Job. Job Quiroz.

Era peatón de calle real solo en domingos.

Una de esas mañanas se sintió el amago de las lluvias. Primero fue en la crin de la montaña, luego en la piel del valle. Después hizo presencia en los tejados, tintineando en las pérgolas, como granos de arroz.

Entonces se abombaron las anguilas cloacales y el agua borró todos los tramos transitables en los predios del rubio.

Capeaba el ocio agrupando las piedras por pintas o tamaños, o haciendo sumas de las piezas logradas. A la postre desechó las de trazos innobles –sonajas de vertientes, semillas de colinas, pústulas de rocas– y armó con el resto una airosa pirámide atigrada.

Otra mañana, cuando el sol entizó el morro del puente, el río arreó hacia el mar sus turbios elefantes.

Había ido a "La Rosa", a comprar cotufas, y Juanjo se le acercó.

—Desearía que fueras a la buhardilla, tú sabes dónde, y recojas un paquetito que olvidé.

Él no dijo sí, ni no. Alargó el medio real para pagar el cucurucho y Juanjo rechazó el ademán.

—Allá no hay nadie. Me traes el paquetito y ya estarás invitado a cotufas todo el tiempo que quieras.

Disfrutó de la invitación solo dos días; en la tarde del segundo, Juanjo le enteró:

—Al amanecer me marcho a Orense. Ya tu país no me cuadra. Puedes hacer lo que te venga en gana con la buhardilla.

Y le palmeó, juguetón, como en adiós.

El que vino a suplirle también era gallego. Usaba delantal hasta el tobillo y atendía a los pedidos pestañeando y uniendo las bastas cejas en un grueso cordón acarbonado. Su llegada coincidió con la invasión de presillados a la zona frontera del liceo.

—¿Qué ocurre? —preguntó a los parroquianos, intrigado por el ir y venir de camiones con hombres armados.

—El gobierno, que viene a pelear con los estudiantes —le informó el cliente del té con limón.

—Los estudiantes que hostigan al gobierno —dijo la señora del café con leche.

—¡Santo Dios! —chilló él.

En la plaza agusanaron los presillados azules esgrimiendo bastones, lanzabombas, revólveres. Por la avenida flanquearon los de cascos blancos. Un presillado beige pasó raudo en un jeep.

—Ahora rodearán el liceo y vendrá el primer round —eportó el de la tortilla con jamón.

La explosión de una bomba así lo confirmó. El alto viento sacudió estampidos y el gas volcó en la vía sus grises avispones chupadores de lágrimas. Un rosetón de humo desdibujó un portal. Volaban las pedradas, como pájaros pardos.

La gente huía en tropel. Hubo un instante en que la marejada embistió hacia "La Rosa".

—Señores, vamos a cerrar –parpadeó el gallego, al tiempo de soltarse el delantal.

Prensaba las persianas cuando descubrió al rubio, encuadrilado en la butaca.

—¡Chaval, lárgate a casa! —tronó.

Y lo empujó a la salida y él se encontró de pronto en medio del tumulto, zarandeado por el alocado rebaño que esca paba a la carga de los presillados.

Fue allí donde conoció a la muchacha de los bluejeans.

Como una corza blanca destacaba en la esquina, atenta al ondular del torbellino.

La tenía en la mirada cuando el mocetón de suéter vinotinto saltó a mitad de calle con algo para lanzar –un taco de madera, una botella– que rebotó sobre la espalda del presillado, y este, bufante, se disparó hacia el claro donde estaba ella, con la ponzoña del bastón en alto, presto a castigar.

La turba se raleó en senda expectante. El rubio endureció músculos y adelantó la pierna de arrancada cuando la vio venir velozmente, y emprendió carrera en momentos en que la muchacha pasaba como un dardo, y en dos cimbradas se le aparejó.

—Corre conmigo, corre —acicateó.

Desrizaban la brisa a todo nervio.

—¡Al puente, corre, al puente! —alfileró la voz.

El empeño del perseguidor empezó a ceder trecho. La mano apagó bríos. Ya no era el bastón serpiente tensa ni aguijón quemante.

La arcada fue columpio y tobogán y umbral del túnel.

Cuando los vio alejarse, ya en siluetas, el presillado se abofeteó el sudor, furiosamente.

Acá, limo ocre, agua verde. Afuera el sol tamborero, dándole al cuero del río.

No pararon hasta llegar al recodo.

—Esta es mi garita. Ven...

Largo rato acezaron, abrazados. Ella había resbalado en uno de los peldaños y él la subió de un halón, y así quedaron, uno ceñido al otro, compartiendo calores.

En el trance de bajar, su corazón acrecentó latidos, pues tuvo que sostenerla por piernas y caderas, para que no resbalase otra vez.

La animó a conocer su museo de rarezas y de ir luego a "La Rosa", y ella se entalló los bluejeans, se le colgó del brazo y le dijo que sí, que cómo no, que iría encantada. Hombro a hombro, el mirar descifraba rasgos: "Parece un pollito con ese pelusero amarillo. Tiene cara de muchacho peleón. Debe contar mis años, pero, si quiere confrontarlos, me quitaré seis meses, y él quedará en trece, y obligado a cuidarme, ya que soy menor".

Madre y abuela se sorprendieron al verle aparecer con la muchacha. Siempre se presentaba a casa con los más inquietantes trofeos –una iguana, un erizo, un ratón blanco– pero nunca había ocurrido que lo hiciese con animal tan bello y tan sumiso.

Inició la muestra con la moneda de cobre, y ella alisó su brillo, y dijo:

—Esta mujer simboliza la libertad.

—Creí que era una santa —comentó él.

—Es igual –concilió la muchacha. La libertad es sagrada.

A la nidada de trompos siguió la cesta con los caracoles; a los caracoles el sartal de hebillas; a las hebillas, los zarcillos de lámparas. Todo iba entre nubes, hasta llegar el turno al tapete con las mariposas.

—No, no debemos destruir la gracia ni el color —murmuró, en remedo de enojo—. Desde hoy, ¿me entiendes? —y le daba tironcitos de la manga—,respetarás la vida de las mariposas, ¡catire malo!

El reproche le hizo enrojecer y nerviosamente derrumbó la pirámide y barajó las piedras.

—Toma las que quieras. Las más bonitas...

Mientras ella escogía, él pellizcó seis reales a la taza de las limosnas.

Ocuparon la mesa de la izquierda, junto al ventanal, a orilla misma del atardecer, gemelas sus sombras en la soledad de "La Rosa".

Ella ensayó figuras con las piedras –la listada de añil, la de franja dorada, la del lunar violeta– recitando lo imaginado como si diera una lección: "Este es un dolmen, ¿ves?, y esta es una T, que también puede ser un avión o un pez, y esta es la Z del Zorro, el de la película"...

Él la dejaba hacer, fascinado: "En cuanto termine de jugar con eso –se prometió– le preguntaré cómo se llama y dónde vive".

A medio sonreír y pestañeando el gallego se disponía a anotar el pedido cuando el asombro le agrandó los ojos. El lápiz signó un surco breve en el mantel al caer de sus manos.

—¡Santo Dios! —clamó, tratando de oponerse al ventarrón azul.

Era como una tromba de agresivos metales.

El que venía adelante afiló el índice sobre la frente a la muchacha:

—¡Esta es la terrorista, mi sargento!

—¡Todavía carga las piedras, cabo Pérez! —alborotó el segundo.

Ni caracoles ni hebillas. Ni zarcillos colorados, ni trompo de punta roma.

¡Malhaya lista de añil!

¡Malhaya franja dorada!

¡Malhaya lunar violeta!

El rubio intentó incorporarse y un puño amenazante lo aherrojó a la silla. Ella balbuceó algo, dijo alguna palabra entrecortada que nadie oyó en el turbión llameante de las voces.

Una garra velluda se enganchó a los bluejeans. Otra arañó la blusa. La rancidez de un codo se le hundió entre los senos.

—La cazamos ensotadita, mi sargento...

—Y con pertrecho y todo, cabo Pérez.

Logró clavar los dientes a una diestra nudosa de uñas le empurpuró los labios.

Y un aletazo

El forcejar ahogó ruego y sollozo.

No hubo temblor floral para su grito.

La arrastraron dos zambos sin horóscopo, bajo un leve flamear crepuscular.

El *aymimadre* se volvió alarido cuando el bastón le mancilló el costado, poco antes de ser soplo de arena su pelo en la calzada.

Bien sonaba llamarla corza blanca. O, pura y simplemente, mariposa.

Rioladeros

Hacia este lado hay barrancón tajado por ventiscas y pasos, siete son los vecinos. Un día sin nombre, cuando siluetearon sobre el pedregal, bajo el musgo de la carpa, el hombre de las barbas, la mujer y el niño –o la niña– se sumó la decena. Pero siguieron siendo siete y tres, aún a distancia de grito o de silbido, segregados por la bruma y el rumor del río.

La vecindad se eslabona en la hondonada, a la vera del rancho de Luz Mandamiento. El techo de Emiro Key enrosca alambres y cuerdas en el tinglado de Prisca Mora; el caballete de Tirso Ruano comparte aleros con los parales de Aminta Sota y, en tabique ladero, el chaflán donde amugran la hamaca de Abdón Verano y el catre de Poncio Ortiz.

Según Emiro Key, los tres del pedregal sombrearon con la rasgadura de la madrugada. Pero Prisca Mora asegura que esa gente llegó zorro-zorrito, a la medianoche. Luz Mandamiento ajusta las versiones, quita a uno y pone a la otra, y rechaza lo que afirma Aminta Sota en cuanto a que vio asentarse a los extraños cuando rayaba el alba.

—Cada vez que Aminta se va en ronda de plazas —rezonga— regresa Sota de Copas.

De seis a seis, Luz Mandamiento ejerce jefatura grupal. Desvela la mañana y ya Luz Mandamiento tironea de la cobija de Poncio Ortiz, o arpegia cabulleras en la hamaca tropera.

En martes y en viernes, Luz Mandamiento carga sus macutos y nortea hacia el mercado, donde trajina entre camiones proveedores para atrapar todo lo que por el suelo ruede, sean tomates o rábanos, plátanos o repollos, o granos variopintos. Cuando la tarde nace, retorna a la ribera, dando voces:

—¡Vamos, dormilones, a trabajar!

O se libera del doble peso y campanea en una paila y anuncia en tono cabildero:

—¡Todos, a sesión plenaria!

La sesión es a mesa redonda. Las mujeres agrupan los granos en riguroso orden familiar ("este garbanzo con su garbanza, esta lenteja con su lentejo"), destrenzan las cebollas o rapan berenjenas. Los hombres deshojan las lechugas, cortan los tubérculos o despellejan alguna pata de res.

Lavadas las verduras, Luz Mandamiento, índice en alto, ordena a Aminta Sota:

—Aminta, cumple con tu deber de Sota de Bastos.

Y Aminta hace mutis sin chispar, a recoger ramas secas, tablas asoleadas y cuanto pueda dar cuerpo de llama.

A ras de anochecida se oirá otra vez la voz, un menos cabildante y un más tórtola:

—Arrímense, que esto se enfría...

Sobre el pedregal el humo esboza una palmera gris. El hombre de las barbas se vertebra a un atril y serpentea los dedos en el iris de un mapa. La lámpara oscila como una calabaza madura y la sombra de la mujer danza en el río. Cerca del brasero, la niña –o el niño– menguando el resplandor con una vara. La noché roe los vientos de la carpa.

Insiste Abdón Verano en que los tres de enfrente arribaron a intervalos furtivos, antes de ser patente la estampa vecinal, a clavar las estacas, o a sembrar

el mástil. Y estuvieron a la caza de una hora de nadie para abombar el hongo nebuloso. Poncio Ortiz no pica en acertijos, y gruñe asperezas:

—¡Son fango de otros ríos!

Se le reprocha el juicio apresurado, y él no cede:

—¡Chinches de otros largueros!

O sin motivar referencia, por manía de gruñir:

—¡Ratas de otras orillas!

Y mira con rencor la parda carpa.

Ayer, Aminta Sota hizo jueves de miércoles. En el retorno, con el día naciente, varió de ruta tres calles más allá para llegarse hasta el pedregal. Llevaba de regalo lo que pudo encontrar a tales horas –un mazo de gladiolos, unas roscas de anís– y fue de tumbo en tumbo a presentarse, a decir, simplemente, "yo soy de los vecinos de la otra ribera, para servir a ustedes". Pero no le alumbraron las palabras. Allí solo encontró piedras mohosas y lagartijas asustadas por el crujir de sus plantas. Ni lampo de ceniza, ni surco de mástil, ni pañuelo olvidado.

—Se marcharon... —balbuce luego, rumbo al cuarto.

Parecía levitar. Luz Mandamiento la sermoneó:

—Hoy eres doble copa, Aminta Sota —y la obligó a girar como un pelele, mostrándole el pedregal.

—El aguardiente te volvió cegata. ¡Míralos!

El sol desdibujaba dromedarios. El hombre estaba en el pretil, leyendo. Junto a la lumbre, la mujer, bordando. Y el niño y el barquito –o el barquito y la niña– retoñándole al río.

Esa noche soñó con brujas y demonios. Y despertó con la promesa en los labios: "Reuniré dinero y dejaré esta vida, antes de que me lleve el diablo".

No renunció al halago de calles y amoríos. Pero dejó de ser Sota de Copas.

Desde aquí se ve el horno, manchando el claro que bifurca el río, y a Tirso Ruano entre vidriados tiestos y tártagos de almagre.

Moldea pacientemente las panzas de las ánforas, y el barro, que es su amigo, se hace cuello de garza o ramo blando cuando oprimen sus dedos. Después el fuego lamerá las formas, hasta volver, cobrizas y sonantes, cazuelas y pimpinas. El donó la vajilla a la plenaria, y el florero a la mesa, y el tarro y la tinaja al tinajero. Si ha teñido la noche y Tirso Ruano no aparece, Luz Mandamiento se sube a una banqueta y lo descubre allá, velando hornadas, encapado de brillos arcillosos.

—Tirso está asando cántaros —comenta—. Vendrá en la mañanita.

El horno, en ese instante, es quelonio escarlata.

A veces llueve y ánforas y pocilios sorben sobras de nubes y Tirso Ruano escurre las aguas mal venidas, y se lamenta:

—¡Hasta el cielo me hace competencia!

O es día canicular y no hubo compradores, y él tira el cargamento bajo su caballete, y explota:

—¡Maldito sea el que inventó los plásticos!

Es un decir. Esta noche, o mañana, el horno de Tirso Ruano empollará alcancías.

Aun cuando la provisión hierve en la olla, el rescoldo recuenta lo que hervirá entre horas y las manos se afanan separando granos o mutilando una que otra acuosa madurez.

A criterio de Abdón Verano, el hombre y la mujer son promesantes y andan de río en río pagando lo ofrecido. Es la costumbre ante los avatares, cuando muerde el miedo y el negro viento doblega las cosechas, o viene la artera plaga en siega parvularia.

—El hombre debe llamarse Abraham —opina Emiro Key—. El de las Escrituras tenía las barbas idénticas, como plata ondulada. Debe ser amolador o carpintero.

—La mujer es de aguja y dedal —agrega Prisca Mora— y debe llamarse María. Casi todas las mujeres nos llamamos María: María Prisca, María Aminta, María de la Santa Luz...

—¿Y la niña? —indaga Luz Mandamiento. ¿Cómo se llamará la niña?

—Es un niño —asegura Abdón Verano— así lo vistan de raso y terciopelo. Lo he comprobado en momentos en que el padre está erguido y él le mide la sombra, como en codicia de ganarle altura... Debe llamarse David.

Tal cual queda aceptado. Desde hoy en adelante, Abraham, María y David, son los nuevos vecinos.

Cuando el sapo de pana no tragó más monedas y el ojo se le saltó, Aminta le selló la ranura con una cruz de cera, y se compró una gallina de yeso.

Cuando la gallina de yeso largó la cola y el copete se le cuarteó, Aminta le ató las alas con papel engomado, y se compró un cochinito de loza.

Cuando el cochinito de loza dejó de sonar y el lomo se le arrugó, Aminta le cubrió el callo con esperma, y se compró un melón de hojalata.

Cuando el melón llegó a los cinco kilos y se enfermó de grietas, Aminta lo pespunteó con charol, y se compró un arcón de tres candados.

Cuando el arcón se negó a cerrar y los candados no engancharon, Aminta dijo a su espejo:

—¡Al fin llegaste a ser Sota de Oros!

Esa noche, en el hondón del sueño, vio un niño nacarado,como azahar de abril.

Y despertó con la promesa en los labios: "Me compraré un marido y pariré un David".

Siguió sin torcer rumbo, como el río. Pero abrevando apremios, en busca de la exacta semilla de su vientre.

Abraham copa el espacio de la carpa. Se despereza y la carpa se infla y las estacas gimen. Y María se hace espiga a su costado.

Abraham inicia una ronda fugaz fuera del marco humoso y adentro todo parece derrumbarse, y ella empequeñece y se marchita, titila como candil cansado hasta que la sombra anuncia calor de proximidad, y María aviva su llama, y los ruidos familiares –la ropa sacudida, el cuchillo que afila, la astilla que se

hiende– manan junto al reflejo y los olores a hogaza tibia, a perejil mojado, a manteca regada.

David tendría que prolongarse cinco veces para nivelar a Abraham.

A visual de alfarero, Tirso Ruano sostiene que los nuevos vecinos no son de este país.

—Hay una trípode en lugar de topias, y una marmita atada a la cadena, donde debería estar el tejo peleando con la brasa. Además esos platos como panderos y la jarra con figura de gaviota...

—¡Perros sin amo! —sentencia Poncio Ortiz.

En el anafe están los cuatro hierros, que Prisca Mora turna con rutina rural. La plancha aploma levemente en el jubón de organdí de Aminta Sota, o hace chillar humedades en el arisco dril de Abdón Verano.

Oye el calificativo que escupe Poncio Ortiz y suelta hierro y cogedor y le replica:

—¡Ellos no son animales, señor mío!

Toma aliento y encara a los dos hombres:

—Abraham, María y David son nuestros prójimos.

Se recuerda en el patio del mercado, en espera del chofer que se la trajo del pueblo paramero. "Esta noche te quedas conmigo –le había dicho– y mañana tendrás oficio fácil. Aguárdame, mientras descargo".

Aguardaba, aturdida por el ajetreo circundante, cuando vio a Luz Mandamiento con sus macutos, recogiendo granos.

—¿Quiere que la ayude, señora? —propuso tímidamente.

Luz Mandamiento la observó de arriba a abajo y pensó: "Debe tener quince años escasos, y está como atarantada la criatura".

—¿Qué haces aquí, muchacha, como perro sin amo? —inquirió.

Ella le habló de su escapada y de lo que pensaba hacer.

Era historia gemela a la de Luz Mandamiento, en tiempo no lejano, pero, en aquella ocasión, Luz Mandamiento no se topó en la vía con otra Luz Mandamiento.

—¡Ven, ayúdame! —le dijo a golpe de mandato.

Le pasó un macuto y abrió marcha, y Prisca Mora persiguió sus huellas, como el perro casero tras su amo de siempre.

El viento ladra, a lo lejos.

Hoy se juega el color que vestirá Emiro Key a su regreso.

Culmina el mes y Emiro Key se esfuma. A la media semana, entre primera y segunda plenaria, vuelve a la vecindad, con nueva muda, azul, marrón o gris, y el viejo bolso con las botellas de ron y los tabacos.

Correrán días y días y Emiro Key permanecerá de botón aojalado y tabaco mordido, de la mesa a su cuarto, de su cuarto a la mesa, pendulando el hastío.

Se apuesta a real por persona, a color por pareja, y se amañan combinaciones.

—Aminta y yo nos quedamos con el azul —anuncia Poncio.

—Tirso el azul y yo el marrón —indica Prisca Mora.

—Abdón el gris y yo el azul —dice Luz Mandamiento.

Hay relevo de vigías, atentos a su aparición, allá en lo alto. Y Emiro Key se presenta de punta en gris, y Aminta y Poncio Ortiz dan un grito de triunfo y se alzan y se besan como si hubieran obtenido un millón de libras esterlinas.

Hoy es viernes plenario y quinto día del mes.

A las seis, Luz Mandamiento dejará la olla en el centro de la mesa y rociará el fogón para no malgastar cabos de leña. Ensombrece a pizcas cuando Abdón Verano divisa a Emiro Key.

—¡Ahí viene! –exclama, y los apostadores se electrizan.

—¿Marrón-madera?

—¿Azul-laguna?

—¿Gris-pólvora?

Abdón Verano corre a su encuentro, a confirmar la pinta.

Y ninguno de los jugadores ha acertado. Nadie apostó al negro.

Se oye el huronear, allá adentro, y el quejido del jergón, cuando se acuesta.

Luz Mandamiento aparta el plato del recién llegado y prende en la rinconera la vela de las ánimas, mientras recita un descanse en paz.

Iza pendones la aurora y aún la llama débil inmola mariposas.

Emiro Key encuadrila el baúl y se va cuesta arriba, a pulso tardo, como si no quisiera coronar la loma.

Ya en la plaza se sabía –de almendro y cedro, de ciprés a ceibo– que Aminta Sota compraría marido, y los pretendientes alargaron corro, desde el macizo de las trinitarias hasta la estatua del cabalgador.

Llegó en rojo ferial, el abanico en la diestra, como un cetro, y en el banco del recodo, el suyo, el de los compromisos fugaces en las noches, tasó promesas y leyó intenciones.

El primero fue un herrero. El segundo un aviador. El tercero, un carbonero.

Y el abanico, como alón y ala.

—¡No, que tu fragua es voraz y me puede tragar!

—¡No, que tú vas entre cirros y me harás angustiar!

—¡No, que el carbón se hace brasa!...

El cuarto fue un pordiosero. El quinto un enterrador. El sexto, un palafrenero.

—¡No, que el amor no se ruega de portal en portal!

—¡No, que tus golpes de azada me harán desvelar!

—¡No, que la brida quema!...

El séptimo fue un plomero. El octavo un cazador. El noveno, un zapatero.

—¡No, que los grifos abiertos me harán tiritar!

—¡No, que las aves heridas me causan pesar!

—¡No, que seré viuda de lunes!...

Los soldaditos verdearon a la izquierda. Los marineros blanquearon a la derecha. El rumano batió la pandereta, y Maruka, la osa, bailó un lánguido vals. El hindú sorbedor de gasolina estornudó jirones de banderas. Pero el abanico siguió diciendo no, como rabo de perro cuando dice sí.

Arauco Aluspre apareció por la vereda de los urinarios, en cruce de tarde a noche. Desplegó la capa y faroleó el sotillo, y se adornó en naturales con la

fuente. Después trapeó la sombra y remató en verónica ceñida. Y en desplante, de poder a poder, le dijo:

—Cuando sea figura del torero mundo, te llevaré en carroza por todas las europas.

Bajaba el barrancón, banderillando tábanos, como arco de sangre.

Siguieron siendo siete y tres, salvo borrón sutil de remolino, o fustigar el polvo, uncidos a la urdimbre transparente del río.

Hoy no hubo sesión y el tedio cunde.

—La mujer borda manteles —cuenta Abdón Verano, y Poncio Ortiz le oye como quien oye llover.

—El hombre es tallador de piezas de ajedrez —recalca Abdón Verano. Un día hace las reinas y en otro los alfiles. Usa una navaja de muelles y un torno de pedal.

—¿Y Judith? —pellizca Poncio Ortiz.

—Será David...

—Bueno, David.

—David, escucha lo que tu madre aconseja y aprende lo que su padre ejecuta.

Luz Mandamiento tiende ropas al sol, y se vuelve.

—Todo es un espejismo —afirma—. Ellos no existen.

Los hombres miran hacia el pedregal, recelosos.

Hoy no hubo plenaria y solo se servirá sopa de arroz.

fue como un espejismo. Una mañana, Prisca Mora alborotó a los que se le habían retrasado y los enfrentó al pedregal –blanco de sol veranero– que parecía haber sido barrido y fregado instantes antes.

Temblaba, como vellón quemado, atropellando las palabras.

—¡Ahorita se fueron! Ahoritica... El río se encrespo y as aguas suspendieron la carpa, y la carpa cabeceó y empezó a navegar. Abraham balanceaba, aferrado al timón...

—¿Y los otros? —tantearon las voces.

—María halaba las cuerdas y la carpa se redondeaba como un enorme cisne...

Pincelaba en el aire los gestos, los detalles.

—David movía las manos, haciendo adioses, y nos lanzaba cosas: flores, figurillas...

Lentamente, los siete se alejaron de la orilla, mientras Luz Mandamiento reiteraba:

—Todo es un espejismo. Ellos no existen.

Poncio Ortiz, quien venía de último, vaciló un momento y luego se decidió a embolsillar el alfil y la reina que el azar le donaba.

Al oriente del limo, la dama de abedul y el crisantemo.

Y otra mañana fue Aminta Sota, dejada de hombre, en haz de ayes.

—¡Se llevó la gargantilla, la perla y el prendedor!

Le secaban las mejillas. Le enjugaban el sudor. Y ella lloraba y lloraba.

—¡Se llevó la pulserita con el signo de escorpión!

Le acariciaban las manos. Le ponían gotas de olor. Y ella lloraba y lloraba.

—¡Se llevó los diez mil pesos que guardaba en el arcón!

Le refrescaban las sienes. La frotaban con loción. Y ella lloraba y lloraba.

En un arrebato descolgó el capote y el fingido acero, para tirarlos al río, y Luz Mandamiento, ya lágrima, ya risa, le cortó el paso.

—¡Aminta, Sota de Espadas! —la motejó, abrazándola.

Arriba, en el azul, rasaban las primeras golondrinas.

De: Cuentos en tono menor
(1984)

Juan Herbolario

Hecho el emplasto en la piedra de moler, Juan Herbolario redondeó con los dedos la fibra pegajosa y envolvió las porciones en hojas de maíz, mientras el paciente lo miraba actuar, en respetuoso silencio.

—Aquí tiene la cura. Vaya a su casa y se coloca esto en el orificio. Hágalo al momento de dormir, durante tres noches. El mal de almorranas desaparecerá y quizás nunca más vuelva a molestarlo.

El próximo turno tocó a la mujer del albañil.

—Un pocillo de este bebedizo, en ayunas, le quitará el dolor de vientre.

Después vendrían otros con sus variados padeceres, hasta rayar el cenit, cuando Juan Herbolario dejaría la mecedora de esterilla para irse al río a darse zambullidas. Retornaba al anochecer, con la misma explicación a Eloísa, su mujer:

—Hoy aprendí muchas cosas en el libro del campo.

El Jobal es uno de los cuatro caseríos que proveen de frutos menores a este municipio oriental, pero las alabanzas de propios y extraños a los aguacates de morada piel; a los mangos con sabor a manzana; a las piñas de gracia cónica, que son la novedad de sus laderas, no alcanzan el fervor que se le tiene a la figura de Juan Herbolario.

Y esto es como una espina en el codo del presidente comunal. Los forasteros indagan en la oficina y él responde:

—¿Ustedes preguntan por el yerbatero? Búsquenlo en El Jobal y le advierten que en cualquier amanecida lo traeré amarrado con un ramal de fique.

Un día lo mandó a buscar, pero no lo llevaron amarrado. Lo encontró arropado hasta el cuello, en un temblor que hacía crujir las varillas del catre.

—¿Cuándo lo atacó esa fiebre?

—Hace una quincena. Hágame un remedio que me estoy debilitando.

—Espéreme, ya regreso.

A la otra esquina el boticario estaba en pleno fregado del portal. Juan Herbolario abonó el pedido y volvió al lado del enfermo.

—Tómese cuatro pastillas de sol a sol, hasta terminar las papeletas y recuerde que el paludismo se corta con quinina y con con agüitas de arroz.

Aún cuando eran cambiantes sus recomendaciones, centraba sus consejos en limones, cebollas y ajos.

El caldo ácido se lo aplicó a Pedro Guaica, el desflorador profesional del poblado. El hombre caracoleó su caballo en el tierreo y lo instó a salir.

—Juan Herbolario, deseo hablarle de un asunto muy personal.

Bajó de la montura, le palmeó la espalda y sopló la confidencia:

—Tengo veintitrés niñas en mi haber y quiero completar las dos docenas. Esta presa la tengo asegurada. Dentro de poco cumplirá quince años. Es la muchacha más linda del contorno, y sabe leer y escribir. Si me da un varón, tal vez yo le conceda mi apellido; lo he tratado con la viuda de Nicolás Carupe, usted sabe, la vieja borracha; le llevo todos los días su botellita, y me dijo que sí, que le avisara para tenerme preparada a la mocita.

—¿Usted ha hablado con la niña?

—Ni una palabra. Pero ella debe obedecer a su mamá.

Juan Herbolario lo medía de arriba a abajo. Pedro Guaica concluyó su perorata. Quería estar en plenitud física en la anhelada fecha. Pagaría a precio de oro el fortalecimiento.

—Tómese el zumo de diez limones en cada comida. Pídale a Eloísa un frasco de jarabe alcanforado. Olvídese del donativo y de las señas en mi casa.

El jobal es elogiado por sus ocumos chinos; por las naranjas de carne rosadita; por los apios alisados como queso de bola; pero el mayor prestigio está en la veneración que se le rinde a Juan Herbolario.

Nunca alarga manos para recibir pagos de agradecimiento. El hombre o la mujer le ofrecen monedas y él dice, como asqueado:

—Eso es con Eloísa.

Ayer, antes de ir al campo, habló con ella.

—Traeremos a Luisa Lina para acá. Yo la cristiané con las primeras aguas. La memoria del compadre Carupe no debe ser mancillada. Entera a las beatas que la cuidan que en las noches debe estar a mi custodia.

El domingo se presentó un mensajero del gobernador general, que requería su comparecencia en el término de un día. El vehículo oficial rezongaba afuera.

—¿En qué puedo ser útil? —preguntó al llegar.

—Siento como si un animal me mordiera las tripas. Quíteme tal molestia y será gratificado.

—Desayune, almuerce y cene con ensalada de llantén y cebolla encarnada.

—Pero esa vaina no da cagajón, Juan Herbolario.

—Ayúdese con sopas de berros y verduras molidas.

—¿Sin pizca de carne?

—Siempre que sea blanca, en todas las piezas que le da la mar.

La úlcera que martirizaba al mandamás ya no causó mordiscos. Un mes después volvió a buscarlo el mensajero.

—Aquí estoy, a su mandar, señor jefe.

—Pídame lo que quiera. Su boca sea la medida.

—¿Lo que se me ocurra?

—Ya lo he dicho: hable.

—Le pido un dispensario, con su médico y todo, para El Jobal.

Lo instalaron frente a la capilla. El recién borlado estrenó allí pasantía rural. Pero los jobaleros mantuvieron fidelidad a los mandatos de Juan Herbolario.

A Iván Tabaré le medicaron un depurativo contra el salpullido y agotó la dosis, sin sanar. Él le indicó a Eloísa que asara un ají dulce, saturado con yerbamora, y frotara la espalda de Tabaré, y la mancha escarlata se esfumó.

A Joaquín Maguey le recetaron unas grageas para rebajar aquella inflada panza, y esto no resultó. Juan Herbolario le dio a tomar una infusión de tallos de tártago y el barrigudo estuvo defecando lombrices y lombrices y se desinfló para siempre.

A Lucha Garirapa la internaron en una clínica de la capital, con la tensión al máximo, y la dejaron igualita. Juan Herbolario la puso a tragar ajos y ahora Lucha no sufre de sofocos.

El Jobal tiene nombradía por sus anones almibarados; por el aroma de sus chirimoyas; por sus uvas de parra con brillo de esmeralda; pero el brote telúrico se nimba con la estampa de Juan Herbolario.

Pasada media etapa de ingestión crítica, Pedro Guaica quiso probar potencia en el burdel. Concertó cama con la indiecita de las crenchas, pero la penca viril desatendió el estímulo; recurrió a la catira, y el don genital tampoco despertó; compró un litro de ron y se engarzó con la negra que tañía fama de maníaca sexual y de nada valieron pellizcos ni apretones. Salió del cuarto con la cabeza gacha mientras el puterío lo rechiflaba:

—¡Se acabó tu candela, Pedro Guaica!

—¡Córtate el atributo, Pedro Guaica!

—Vete a tejer gules, Pedro Guaica!

Lo encontraron ahorcado en el cují del patio. El indicio surgió del caballo ensillado, realengo por la plaza. El órgano desflorador, morado como una berenjena, le dio respuesta póstuma.

Vinieron las lluvias y el río se hizo atronador. Era peligroso desafiar las encrespadas torrenteras y Juan Herbolario se refugió en su hamaca y entre mecida y mecida charlaba con Eloísa, y una tarde se extendió en palabras.

—Este caserón es mucho techo para nosotros dos. El salón de atrás no tiene utilidad. Pediremos a los amigos que nos regalen bancos y mesitas para crear una escuela.

Luisa Lina será la maestra, y tú, que has ayudado a bien parir a tantas campesinas, reclutarás a los ahijaos.

Y llegaron los asientos y tras estos los tímidos alumnos. Lina seguía la doctrina del padrino.

—Cebolla empieza por ce:

Ce, de, e, efe, ge...

Ajo se escribe sin hache:

Hache, i, jota, ka...

Esta innovación didáctica deslumbró al joven inspector escolar enviado por la superioridad para el registro del plantel. Le gustó el método y le agradó Luisa Lina.

—Mañana traeré un buen lote de cuadernos.

Hacía puntual entrega.

—Mañana vendré con creyones.

Comenzó a tutearla:

—Mañana te regalo el pizarrón.

Conversaba largo y tendido con Juan Herbolario. En la última tenida le confió su proyecto.

—Ya son treinta los niños, y llegarán más. Podríamos darle a este centro categoría de escuela graduada. Yo me encargo del segundo y el tercero y Luisa de los pequeñitos.

No concluía así lo proyectado. Juan Herbolario presentía el final.

—Esto significa que debo radicarme aquí, y...

—Prosiga, no se turbe.

—...quiero casarme con la novel educadora. Consulté con la viuda y me recomendó pedir permiso a usted.

Aprobó en tres bajaditas de mentón. El amador corrió a dar la noticia y no oyó el monologar:

—Me veré muy raro, ante el juez y ante el cura, encorbatado por primera vez...

El Jobal es renombrado por sus habas hostiales; por sus brevas de fragante tersura; por sus ciruelas acarameladas; pero el mayor orgullo de este predio es la frondosa bondad de Juan Herbolario.

Regía pausa de lluvia esa mañana. Aderezó una compota de lechugas con esencia de cola y se la dio a comer al abuelo Cajure, el de los prolongados insomnios. Y no hubo parloteo de sobremesa porque el abuelo comenzó a parpadear un sueño atrasado de muchas madrugadas. Después exprimió en el colador el haz de barbas de jojotos y raspaduras de algarrobo para la purgación del negro Calazán y batió la tisana con miel que curaría la tosferina del morochito de Leonor Guarapo.

Anidado en la hamaca, atenuando el cansancio, prendió diálogo usual con Eloísa. Fue un tópico distinto, nunca referido.

—Cuando me llegue el momento de dejarte, entiérrame en una urna de madera verde, para que la tierra asimile más rápido mis restos. Me sepultas en medio del campo, con un araguaney de cabecera, y me cubres la tumba con hijos de tomillo y yerbabuena.

Ella lo dejaba desmadejar frases y frases, atada a sus quehaceres, sin embargo, cuando hizo mención a la urna y a sus siembras, levantó la aguja zurcidora, interrumpiéndolo:

—No tienes fiebre, Juan, pero deliras.

—No deliro, Eloísa. Es mi voluntad.

La colgadura hacía vaivén de oleaje. Juan Herbolario trató de dormitar, pero sonó un tuntún y se despabiló. Era el mayor de los Tremaría. La madre se convulsionaba desde ayer pinchada por dolores que le cruzaban las caderas y roga a a Juan Herbolario que fuese a verla.

—Puede ser un cólico. Haré un preparado para calmar los espasmos.

—Ella tiene fe en usted. Pide que vaya. Afuera tengo la yegua rabiatada.

Magín Tremaría había quedado como jefe de hogar desde que Aníbal marchó con las guerrillas y Rubén se alistó en el contingente cazador de guerrilleros. Conocía los polos de enfrentamiento y por ello escogió la ruta más larga para subir a la montaña, sin atravesar el bosque de tupida arboleda, ni el valle que limitaba El Jobal.

Juan Herbolario trenzó raíces para una cataplasma. Le hizo beber unas cucharadas de quién sabe qué alquimia de sus manos y la madre Tremaria entró como desmayada en piélago de paz.

—Creo que va a diluviar. Trotaré el rumbo más corto —dijo al partir.

Salvadas las arcadas de samanes, apuntó a la llanada cuando los goterones manchaban la hojarasca, y taloneó al galope:

—¡Vuela, yegüita, vuela, que viene el chaparrón!

Aníbal, que dominaba el risco, trasmitió a su segundo:

—Allá va uno en estampida. Debe ser un rastreador que acopia delaciones, ¿qué hago?

—Apúntale y túmbalo —recalcaron abajo.

En la estribación frontera, el teniente clavó sus binoculares sobre el jinete, y ordenó al cabo Rubén:

—Ese aprisado es un eslabón de montoneros. Apunta al cuerpo y lo recogeremos para interrogarlo.

Adensaba la tempestad y Juan Herbolario latigueaba en la voz:

—¡Vuela, yegüita, vuela!

Las dos balas restallaron a un tiempo. Una rozó cerca de la grupa; la otra sacó chispas al pico de la silla y se hundió en la blandura del estómago y el cabalgador hipó una maldición.

Se desplomó a la luz del portón, como un costal de granos, y Eloísa lo arrastró hasta la cama, ya sin los alientos del adiós.

El Jobal se engalana con los lilas más puros de sus apamates; con los rojos gallitos del bucaral que el viento desmelena; pero no hay matiz comparable con el flamear amarillo de sus araguaneyes.

Se adentra el paseador con el amanecer, consulta identidad con la floresta y un olor a tomillo y yerbabuena lo guiará hasta la soberbia majestad que prodiga sombra al reposo de Juan Herbolario.

Es el de mayor altura. El primero que sorbe la tibieza solar. El que abruma de pájaros el leve tul del aire.

El de penachos de oro.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

Preprensa e impresión
Fundación Imprenta de la Cultura

ISBN
978-980-440-209-8
Depósito Legal
DC2023000908

Caracas, Venezuela, julio de 2023

La presente edición de

Cuentos en tono menor

se realizó

durante el mes

de julio de 2023,

ciclo bicentenario

de la Batalla de Carabobo

y de la Independencia

de Venezuela

La edición

consta de

10.000 ejemplares

En Carabobo nacimos "Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia". Con estas palabras, Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó "el equilibro del universo". Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la "mayor suma de felicidad posible", de la "igualdad establecida y practicada" y de "moral y luces" para todas y todos; la República sin esclavizadas ni esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.

200
BATALLA DE CARABOBO

Cuentos en tono menor Las narraciones de Oscar Guaramato se caracterizan por una intensidad dramática y un lenguaje de trazos poéticos, que remarcan el contraste entre la benignidad de la naturaleza y la cotidianidad citadina. En la presente antología hallamos cuentos como "Biografía de un escarabajo", donde la voluntad por vivir del insecto choca con la pulsión de destrucción de los seres humanos. "Por el río de la calle" es un breve compendio de estampas donde se presentan momentos de personajes al parecer anodinos; un transeúnte que se encariña con un perro callejero, un parroquiano que espera una llamada en la esquina de un bar o un mendigo en su búsqueda diaria por la sobrevivencia, encierran experiencias profundas que el autor logra plasmar en estos breves pasajes narrativos. "La niña vegetal" es un relato donde el conservadurismo cristiano se contrapone con la pulsión sexual, avivada por elementos mágicos que perviven en la realidad a la par de los albores amenazantes del progreso. En "Vecindad", un ratón de casa narra su cotidianidad y es testigo de la vida de los dueños de casa, cuyos momentos privados hacen cuestionar lo que percibimos como "animalidad" o "civilidad"; planteando interesantes juegos de palabras para describir el carácter y los humores de los personajes humanos. Por último, "El venado" plantea los sucesos alrededor de una cacería, donde el cazador, sumergido y solitario en la naturaleza "para no espantar el silencio" cae en cuenta que en ese mundo irrumpe lo inexplicable, a pesar de la pericia humana.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

ISBN: 978-980-440-209-8